

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

**CATALOGO
DE
PUBLICACIONES**

1979-1985



Textos: Carlos Moncada

Fotos: Memo Moreno

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

CATALOGO
DE
PUBLICACIONES



HERMOSILLO, SONORA

INDICE

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora		El Quijote de la Revolución	
<i>Horacio Sobarzo</i>	6	Vida y obra de Adolfo de la Huerta	
General Alvaro Obregón, aspectos de su vida		<i>Carlos Moncada</i>	30
<i>José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y</i>		Crónicas biográficas	
<i>Juan de Dios Robledo</i>	8	<i>Horacio Sobarzo</i>	32
Ocho mil kilómetros en campaña (fragmentos)		El viejo Guaymas	
<i>Alvaro Obregón</i>	10	<i>Alfonso Iberri</i>	34
Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional		La Cohetera, Mi Barrio	
<i>Miguel R. Palacios y Ana Maria León de Palacios</i>	12	<i>Agustín A. Zamora</i>	36
Plutarco Elías Calles, estadista y patriota		La sierra y el viento	
<i>Juan Antonio Ruibal Corella</i>	14	<i>Gerardo Cornejo</i>	38
Crónica del Constituyente		Los tiempos de Salvador Alvarado	
<i>Juan de Dios Bojórquez</i>	16	<i>Juan Antonio Ruibal Corella</i>	40
Sonora, génesis de su soberanía		Las guerras con las tribus yaqui y mayo. Tomos I - II	
<i>Armando Quijada Hernández</i>	18	<i>Francisco P. Troncoso</i>	42
Memorias de don Adolfo de la Huerta		Misiones del norte de Sonora	
<i>Roberto Guzmán Esparza</i>	20	<i>Arthur Woodward</i>	46
Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta		Sonora y sus casas de moneda. Álamos y Hermosillo	
<i>Charles W. Polzer</i>	22	<i>Alberto Francisco Pradeau</i>	48
Obras Históricas		Sonora	
<i>Ramón Corral</i>	24	<i>Jorge Russek</i>	50
Jesús García, Héroe de Nacozari		Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses	
<i>Cuauhtémoc L. Terán</i>	26	<i>Francisco R. Almada</i>	52
La Revolución en Sonora		Perfiles de Sonora	
<i>Antonio G. Rivera</i>	28	<i>Palemón Zavala</i>	54

Descripción de la Provincia de Sonora. Libros I - II		Diario de las exploraciones en Sonora/Luz de tierra incógnita	
<i>Ignacio Pfefferkorn</i>	56	<i>Juan Mateo Mange</i>	78
El solar de los silencios		Páginas para la historia de Sonora. Triunfos de nuestra	
<i>Gerardo Cornejo</i>	60	Santa Fe. Tomos I - II	
Apuntes históricos sonorenses		<i>Andrés Pérez de Rivas</i>	80
<i>Roberto Acosta</i>	62	Cuentos y leyendas	
30 años en esto		<i>Enriqueta de Parodi</i>	84
<i>Carlos Moncada</i>	64	Noticias estadísticas del Estado de Sonora	
Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900)		<i>José Francisco Velasco</i>	86
<i>Manuel R. Uruchurtu</i>	66	Crónicas de la Guerra del Yaqui	
Crónicas, cuentos y leyendas		<i>Manuel Barbás, Fortunato Hernández</i>	88
<i>Gilberto Escobosa Gámez</i>	68	Itinerario	
La guerra apache en Sonora		<i>Armida de la Vara</i>	90
<i>Louis Lejeune</i>	70	Poesía sonorenses contemporánea, 1930-1985	
Vocabulario sonorenses		<i>Alonso Vidal</i>	92
<i>Horacio Sobarzo</i>	72	Rápida ojeada al Estado de Sonora (1835)	
Temas sonorenses a través de los Simposios de Historia		<i>Ignacio Zúñiga</i>	94
<i>Varios autores</i>	74	Crónica de la Pimería Alta Favores celestiales	
Historia del Estado de Sonora		<i>Eusebio Francisco Kino</i>	96
<i>Eduardo W. Villa</i>	76		

PRESENTACIÓN

El presente Catálogo de publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora 1979-1985, sintetiza parte importante de los esfuerzos de un programa cultural tendiente a rescatar las raíces históricas del pueblo sonorense, con el propósito de que las nuevas generaciones conozcan el origen y desarrollo de una sociedad en permanente movimiento.

Ciertamente, la tarea editorial en Sonora registra algunas iniciativas en este sentido que, si bien no determinaron una línea de continuidad y propósitos, ello no desmerece lo valioso de sus frutos ni el mérito de sus intentos.

Es ahora, con la perspectiva que da una labor concreta y definida en cuanto a objetivos y metas, concebida desde sus mismos orígenes como una estrategia de recuperación y difusión de nuestros valores, que podemos apreciar de manera objetiva los resultados de este esfuerzo: 51 títulos fueron dados a la luz para su divulgación colectiva, teniendo siempre en mente a un receptor fundamental: el pueblo sonorense.

El programa editorial y los principios que lo sustentaron quedan como evidencia y testimonio en la propia naturaleza de las obras contenidas en este Catálogo. Historia regional, crónica biográfica, monografías, narraciones y ensayos, poesía, cuento e imaginación literaria en torno a lo que nos es común, fueron temas recogidos con un espíritu selectivo y, por tanto, necesariamente limitado respecto de múltiples alternativas y posibilidades.

No obstante, estamos seguros de que se entrega una obra de nítida huella en el espacio de nuestro desarrollo cultural, y cuya mayor satisfacción será haber contribuido a despertar una conciencia más clara y más cierta de nuestro pasado histórico, y de las grandes posibilidades de la imaginación creativa del pueblo sonorense.

Queda, pues, como testimonio de un esfuerzo para rescatar nuestra memoria colectiva.

Hermosillo, Son., agosto de 1985

CRONICA DE LA AVENTURA DE RAOUSSET BOULBON EN SONORA

HORACIO SOBARZO

Este hermoso libro, con el que inauguró el gobierno del doctor Samuel Ocaña García su programa editorial 1979-1985, se escribió con motivo del centenario de la gloriosa defensa de la integridad territorial sonorenses, con la batalla de Guaymas, el 13 de julio de 1854.

Sobarzo es un escritor de estilo brillante que, a diferencia de sus contemporáneos, casi todos cautivos, todavía, en las finas redes de un romanticismo a ultranza, adjetiva con mesura y enjuicia con equilibrio. No obstante, de cuando en cuando lo seduce el ambiente épico de aquel tiempo, los gestos gallardos de los últimos caballeros, y el cronista cede la pluma al literato. Pero ¿qué otro camino tomar cuando se encuentran constancias de la actitud con que el conde caminaba hacia el patíbulo ("Su faz, pálida, denotaba tris-

teza"), o cuando se tiene a la vista el texto de la carta que, con los últimos alientos de vida, escribió el francés al general José María Yáñez?

"General (reza el escrito): es para mí un deber el expresaros cuán reconocido estoy a los buenos procederes de que habéis usado conmigo. Os doy las gracias a nombre de mi familia y por el honor de mi nombre. No tengo tampoco sino elogios para los oficiales del ejército mexicano, con quienes me he hallado en relaciones durante mi prisión, y después de mi sentencia, me es satisfactorio pagar este homenaje a su cortesanía. No obstante las circunstancias fatales que me han armado contra vos, creed, general, que abrigo, respecto de vuestro carácter, sentimientos de aprecio cuya expresión solemne y sincera os dirijo".

Ni por un momento se crea, sin embargo, que Sobarzo justifica las intenciones ilícitas de Raousset-Boulbon; ni siquiera atenúa su culpa; pero, leal al lector y a la historia, no niega los aspectos positivos de su personalidad y la fuerza de las circunstancias personales que alimentaron su ambición, todo lo cual da como resultado un retrato muy humano del conde.

Por otra parte, no se limita a relatar la acción de guerra que, por sí misma, sólo abarcó unas horas —intensas, ciertamente, y con crecido número de muertos y heridos—; se remonta a los antecedentes históricos y las circunstancias sociológicas que hacían concentrarse, en aquellos años, al norte de Sonora, a centenares de aventureros europeos que veían en nuestra tierra una presa fácil. Les inspiraba esta creencia el conocimiento de las divisiones internas y la debilidad de los gobiernos federales, así como el deseo de expansión de las grandes potencias de la época.

Tampoco oculta Sobarzo los errores cometidos por algunos militares sonorenses ni la reprobable indiferencia con que se permitió la primera incursión de Raousset-Boulbon en el Estado, que lo motivó para autodenominarse "el vencedor de Hermosillo". Pero, como buen escritor, utiliza estas verdades para lograr un estupendo contrapunto al describir el heroísmo y la abnegación con que se responde en Guaymas al ataque abierto, insolente del francés.

La narración muestra a veces caminos colaterales que permiten apreciar características psicológicas de conocidos personajes: el anhelo de desquite y la ambición de poder de don Manuel María Gándara —ambición que, sin embargo, no lo lleva a traicionar a

la patria—; la astucia de serpiente de Santa Anna cuando estudia las reacciones del conde y juega con su impaciencia en prolongadas infructuosas negociaciones; y la ingratitud del dictador cuando, incapaz de entender el gesto formidable de Yáñez —el perdón a los soldados franceses capturados—, niega el justo premio a su proeza.

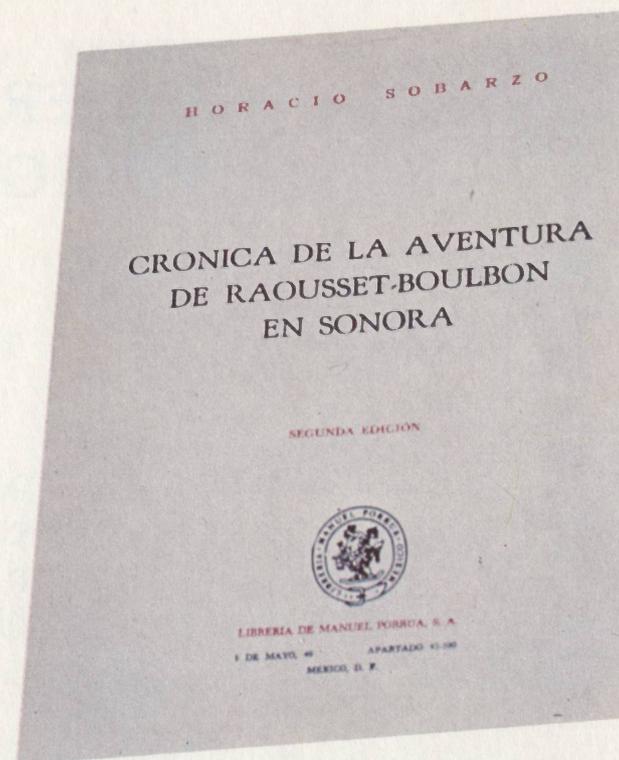
Es Yáñez, finalmente, el personaje deslumbrante del drama. Medido en sus arengas, paciente en los parlamentos, serio en la preparación de los planes firme en la ejecución, aparece sirviendo una pieza de artillería en la hora más difícil del ataque, a la vista de todo el mundo, expuesto al peligro de balas y bayonetas.

Hemos hablado de historia párrafos atrás. No lo es ésta, dice con modestia el autor, sino una crónica que intenta la apología de los héroes del puerto. Logra plenamente su objetivo y, en cierto sentido, lo rebasa: cuando, en el breve Proemio, nos sobresalta al pedir que reflexionemos en lo que habría sucedido si no se conjura la amenaza “no sólo formulada por la ambición de Raousset, sino por fuerzas más poderosas”; y él mismo nos da la respuesta inquietante: “Una avalancha incontenible del norte habría arrollado todo a su paso”

1a. edición, 1954

2a. edición, 1980

Prólogo de Alejandro Sobarzo Loaisa
222 pp.



EL AUTOR

Nació en Magdalena en 1896. Abogado postulante, oficial mayor y secretario del Supremo Tribunal de Justicia del Estado; secretario general de Gobierno, sustituyó al titular del Poder Ejecutivo durante varias licencias. Se cuenta entre los investigadores sonorenses más destacados por sus contribuciones históricas y lingüísticas.

GENERAL ALVARO OBREGON

Aspectos de su vida

JOSE RUBEN ROMERO
JUAN DE DIOS BOJORQUEZ
DR. ATL
Y JUAN DE DIOS ROBLEDO

Valiosos testimonios de cuatro hombres que conocieron al general Obregón y escribieron, con él, páginas históricas, son las que forman este libro.

El connotado escritor y diplomático michoacano José Rubén Romero abre la serie de cuatro ensayos con el que lleva el nombre del prócer. Traza su retrato físico y moral con pinceladas seguras y colores precisos, desde los tiempos de su juventud en Huatabampo hasta la detonación alevé que cortó la existencia del sonorensé.

“Los blancos, los de su raza, le dieron esa campechanería nortéña y ese espíritu de protección que sienten unos hacia otros, que tanto y tan injustamente se les censura. Peor sería que se degollaran entre sí, siguiendo el ejemplo que les damos los hijos de

ciertas regiones de la República.” escribe el novelista michoacano, y agrega:

“El espectáculo de la campiña y del río, del cielo y de la montaña lo hicieron romántico, le enseñaron a amar lo bello como a un poeta, y a pesar de que nunca pudo adquirir refinadas formas de expresión, su pensamiento aprisionó todos los pájaros de la inquietud, y su alma, el alma fiel de todos los paisajes”.

“El Espíritu Revolucionario de Obregón” se titula el ensayo del ingeniero Bojórquez, diputado federal constituyente. La ideología del caudillo, nos ilustra, se fue reafirmando en el curso de la lucha, lo que inclinó su gobierno hacia “el mejoramiento colectivo de los campesinos y de los obreros de México”.

Como todos los que conocieron a Obregón, no escapó a la fascinación de su personalidad:

“Después de cada victoria, en las plazas tomadas al enemigo, pronunciaba discursos alentadores. A las marciales dianas de tambores y cornetas, seguía un mitin de propaganda revolucionaria.

Palabra fácil. Figura imponente y activa. Ideas brillantes. Y sobre todo, la pasión del convencido, el calor apostólico de quien predica una buena nueva. Leídos sus discursos no convencen ni sugestionan como cuando se le oían. La idea era brillante, pero el ropaje que la cubría no era digno de la concepción. Lo escuché muchas veces hablar ante auditorios que le fueron hostiles, terminando sus discursos en medio de aclamaciones delirantes y de un entusiasmo sin límites, hasta convertir a sus enemigos en buenos propagandistas de los ideales de la revolución.”

Se ocupa Juan de Dios Robledo —“Obregón, militar”— del genio innato del de Siquisiva en el campo de batalla, de la intuición no cultivada con estudios de estrategia, que le permitió llegar a la cima sin conocer la derrota e igualar, superar a veces, acciones clásicas de la historia militar. Robledo también da valiosos trazos al retrato de Obregón. Y sobre *Ocho mil kilómetros en campaña*, opina que “tiene un altó valor histórico y es, además, el mejor relato militar que se ha escrito sobre campañas ocurridas en México”.

Cierra el volumen con “Obregón y el principio de la renovación social”, el doctor Atl —Gerardo Murillo—, el indomable revolucionario y gran pintor, presente en los días revueltos de 1914, cuando la evacuación de la ciudad de México, relata la alianza de Obregón

y otros líderes jóvenes para impulsar una auténtica revolución social después del triunfo de las armas.

Para ello se integró una confederación *sui generis*, que pugñó por llevar adelante sus ideas progresistas contra los elementos reaccionarios tímidos que se movían alrededor de Carranza.

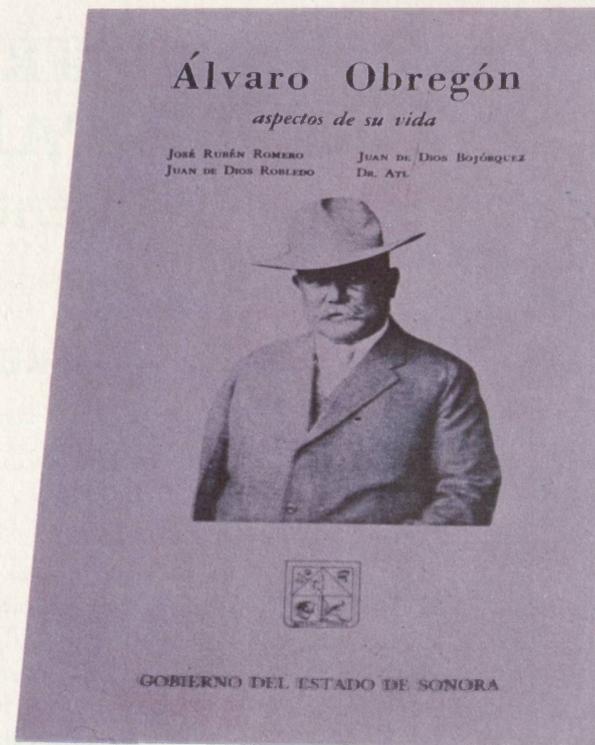
"Hablando un día en Trinidad con el general Obregón —recuerda el doctor Atl—, me dijo:

"Todo lo que hemos hecho hasta aquí, en lo que se relaciona con las reformas sociales, es vago, y lo considero incongruente, con excepción de la labor de la Confederación y de la participación de los estudiantes y los obreros en nuestro movimiento. Al participar los obreros y los estudiantes en nuestra lucha armada, adquieren automáticamente derechos que antes no tenían. Pero necesitamos ir más lejos —agregó con voz grave— es necesario coordinar todos los esfuerzos hacia un solo fin. Desgraciadamente, esto no lo podemos hacer ahora y no podrá ser factible sino después de que hayamos triunfado y que se organice un gobierno suficientemente fuerte para garantizar los derechos de los trabajadores, de los intelectuales y de todos los ciudadanos del país."

"Estas ideas cristalizaron en el manifiesto que el general lanzó en Nogales, postulándose presidente de la República, y en la campaña electoral que le siguió."

1ª edición, 1980, 114 pp.

2ª edición, 1984, 174 pp.



LOS AUTORES

Los cuatro ensayistas que concurren a este volumen son de sobra conocidos, y en el curso de la reseña se ha incluido información relativa. Quizá se deba destacar el nombre de José Rubén Romero, literato de méritos personalísimos que llegó a ser rector de la Universidad Nicolaíta.

OCHO MIL KILOMETROS EN CAMPAÑA (Fragmentos)

ALVARO OBREGON

Con motivo del "Año del caudillo de la Revolución Mexicana Alvaro Obregón" (1980), el Gobierno del Estado publicó estos fragmentos de la monumental obra del hijo de Huatabampo.

Desde luego, fueron escogidas las páginas relativas a su actuación en Sonora: su decisión originaria de lanzarse a la lucha, el modesto equipo y el número y la indole de los individuos que formaron sus fuerzas en los comienzos de su carrera, las batallas de Ojitos y San Joaquín, las de Nogales, Cananea, Santa Rosa y Santa María, los sitios de Ortiz y Guaymas; asimismo, las cuestiones políticas relacionadas con los acontecimientos de armas, como la muy discutida de la reacción del gobernador Maytorena ante la usurpación huerista y su licencia ("renuncia y huida", dice el soldado-escritor, para quien no parece haber términos medios) y sustitución por el señor Ignacio L. Pesqueira.

Como lo señala en breve proemio el gran revolucionario, "este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad controla cada uno de sus capítulos". Pero no la verdad, valor aceptado de antemano cuando se sabe que el relator de los aconte-

cimientos es el protagonista central, sorprende en esta obra, sino el estilo sobrio y vigoroso, así como la amenidad del relato, características nada frecuentes en el soldado que ha tenido escaso tiempo para entregarse a prácticas literarias.

El volumen incluye el ensayo "Alvaro Obregón, estadista", del historiador Manuel González Ramírez. De entrada, señala éste la disciplina como una de las raras virtudes que poseía el general Obregón, además de la ventaja —sobre Madero y Carranza, que condicionaron sus actos al pasado— de mirar al porvenir —cualidad de estadista, añadimos nosotros—. Por esto, desde el manifiesto de Nogales, previó que los problemas fundamentales del país eran el moral, el político y el hacendario, y todas sus acciones se encaminaron a prescindir de los revolucionarios corrompidos, asegurar la democracia mediante la institución del sufragio y sanear la economía nacional.

Analiza González Ramírez los logros de Obregón en la Presidencia: el control de los jefes militares que mantenían al país en la angustia de posibles sublevaciones, el impulso a la educación y el florecimiento de la cultura. El caudillo, además, reactivó la economía con la inversión de capitales y se mantuvo fiel a la idea de que "el poder civil era equilibrador entre los factores de la producción".

El presidente se ocupó, asimismo, del problema agrario y buscó fórmulas equitativas para el sistema tributario. En fin, "con arrojo despejó los obstáculos que había levantado el antiguo régimen para evitar que los cambios sociales tuvieran lugar".

Este libro, ilustrado con fotografías de hombres del pasado que aún influyen en nuestro porvenir —Madero, Carranza, los generales Orozco, Téllez, Ángeles, Ojeda, Hill, Diéguez, los jefes yaquis y sus huestes—, alcanzó un éxito tan rápido como contundente entre los sonorenses, ávidos de conocer su historia, sobre todo cuando las fuentes son de primera mano. En consecuencia, pronto fue necesario lanzar la segunda edición, recibida con idéntico beneplácito.

La primera ofrece, en su portada, una fotografía en la que aparecen, en primer plano, el general Obregón y el teniente coronel Fructuoso Méndez; tras ellos, los jefes yaquis Ochoa, Mori y Espinosa, representantes del núcleo indígena que tanto hizo por la causa revolucionaria.

La clara inteligencia que hizo famoso a Obregón y su chispeante y carismática gracia de narrador sin duda se aliaron para hacer de

Ocho mil kilómetros en campaña una lectura de fácil y agradable asimilación, pese a que los partes militares, en cuya sobriedad y detalle apoya los hechos relatados, suelen oponer la aridez a aquellas nada frecuentes características.

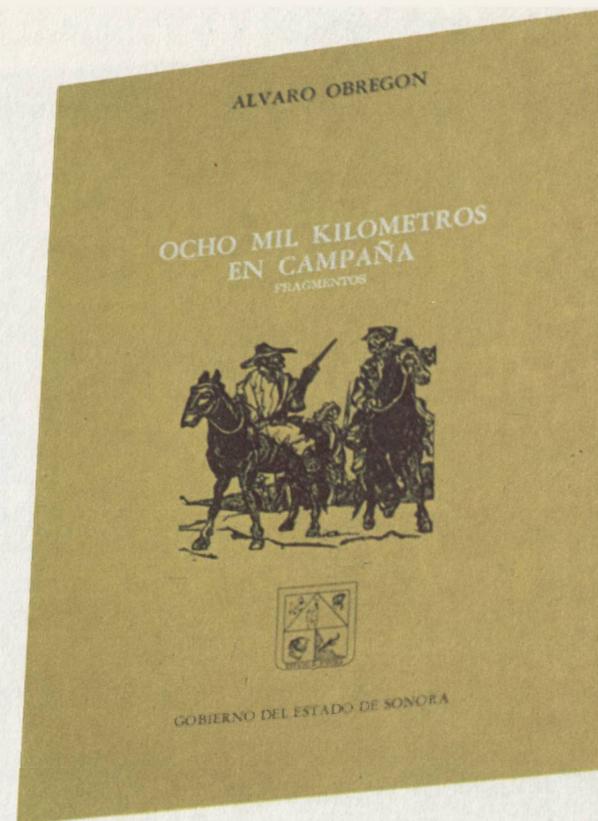
Se ha especulado en el sentido de que el Manco de Celaya pudo haber hecho otras aportaciones valiosas a la literatura de la Revolución, si las tareas de gobierno, primero, y su trágico destino, después, le hubieran permitido emprender la tarea. Pero es difícil asegurar nada frente a los hechos consumados.

“En esta obra he querido consignar los hechos de índole puramente militar —dice el general, en el remate del Proemio— desarrollados, unos bajo mi dirección, y otros dentro de la órbita de mi mando y al cuidado directo de jefes a mis órdenes; sin hacer historia de todos los demás sucesos de distinta índole, que en la misma época se desarrollaban en los estados de que hago mérito, y relacionados con autoridades o empleados civiles, cuya labor, en muchos casos, fue de igual o mayor valimiento que la llevada a cabo por nosotros, los hombres de armas.”

1ª edición. 1980. 148 pp.

2ª edición. 1984. 160 pp.

“Alvaro Obregón, estadista”, prólogo de Manuel González Ramírez.



EL AUTOR

Nació en Siquisiva, municipio de Navojoa, el 19 de febrero de 1880. Fue maestro de escuela y se dedicó a la agricultura. Era presidente municipal de Huatabampo en 1912, cuando inició su brillante carrera militar en la que jamás conoció la derrota. Presidente de la República de 1920 a 1924, fue reelegido para ocupar el cargo, previas las reformas constitucionales, para el periodo 1928-1934, pero lo asesinaron el 17 de julio del primero de dichos años. Sus restos descansan en Huatabampo, donde pasó sus años de niñez y juventud.

ALVARO OBREGON, CAUDILLO E IDEOLOGO DE LA RECONSTRUCCION NACIONAL

MIGUEL R. PALACIOS
Y ANA MARIA LEON DE PALACIOS

Al cumplirse el primer centenario del natalicio del general Alvaro Obregón, el Gobierno del Estado convocó a un certamen para premiar la mejor obra sobre la vida y obra del caudillo. Resultó ganadora la que el lector tiene en sus manos, fruto de la investigación realizada por los esposos Palacios, quienes se ven en las solapas del libro acompañados por el hijo del guerrero invicto, don Alvaro Obregón Tapia, y, en una segunda fotografía, con el diplomado y el cheque, premio de su esfuerzo.

De acuerdo con la línea impuesta por los editores a las obras de este tipo, la presente se encuentra ilustrada con numerosas fotografías de personajes y situaciones de la época, que apuntalan los textos con oportunidad, así como una reproducción de la cabeza y nota principal del periódico *Orientación*, que se publicaba en Hermosillo, y que da cuenta del alzamiento unificado de las fuerzas armadas establecidas en Sonora en torno al Plan de Agua Prieta.

Los autores ofrecen una exposición de hechos fundamentados siempre en una muy aceptable bibliografía, con estilo sencillo y desprovisto de alardes que pudieran interrumpir la línea cronológica que han trazado previamente, desde los inicios de la revolución maderista, en 1910, hasta el asesinato del prócer, en 1928.

Se trata, pues, de un esquema con características didácticas, de acuerdo con el cual asoma el rostro del caudillo casi desde las primeras páginas, conviviendo con los indígenas mayos cuyo trato "influiría posteriormente en la formación de su personalidad".

Seguimos su trayectoria calendario en mano, a través de su fugaz encuentro con el general Victoriano Huerta, entonces al servicio de la causa maderista, y de su triunfo contra el orozquismo, que le ganó el grado de coronel.

Si hasta allí los acontecimientos políticos hubieran seguido cauces institucionales, el hombre de Siquisiva se habría quedado, quizá, en sus campos de cultivo, o acaso hubiera continuado su carrera política con lentitud, a partir de la presidencia municipal de Huatabampo. Pero el brutal asesinato de Madero arranca del retiro al coronel y lo lanza a una lucha que, aunque él no lo preveía entonces, sólo detendría una descarga de pistola disparada a traición.

Los autores nos llevan de la mano, con relato ordenado y metódico, a lo largo de toda la costa del Pacífico, por los lugares que sirvieron de escenario a los triunfos ininterrumpidos del que llegó pronto a general de división: Culiacán, Mazatlán, Tepic, Colima, Guadalajara, etcétera, hasta concluir con la entrada triunfal a la ciudad de México, que en su oportunidad —siempre soldado fiel y disciplinado— entregó al Primer Jefe Venustiano Carranza.

Aniquilada la División del Norte en las memorables batallas de Celaya, Trinidad y León, el caudillo ocupa breve tiempo la Secretaría de Guerra y Marina y, considerando que su misión está cumplida, vuelve a Sonora. Pero alentaba ya en él el político ansioso de servir a la Patria en otras trincheras. Tampoco en ellas conocería la derrota. Elegido por voto mayoritario para gobernar a la Nación, después de la desaparición de Carranza, inicia para México lo que el matrimonio Palacios llama "etapa constructiva de la Revolución".

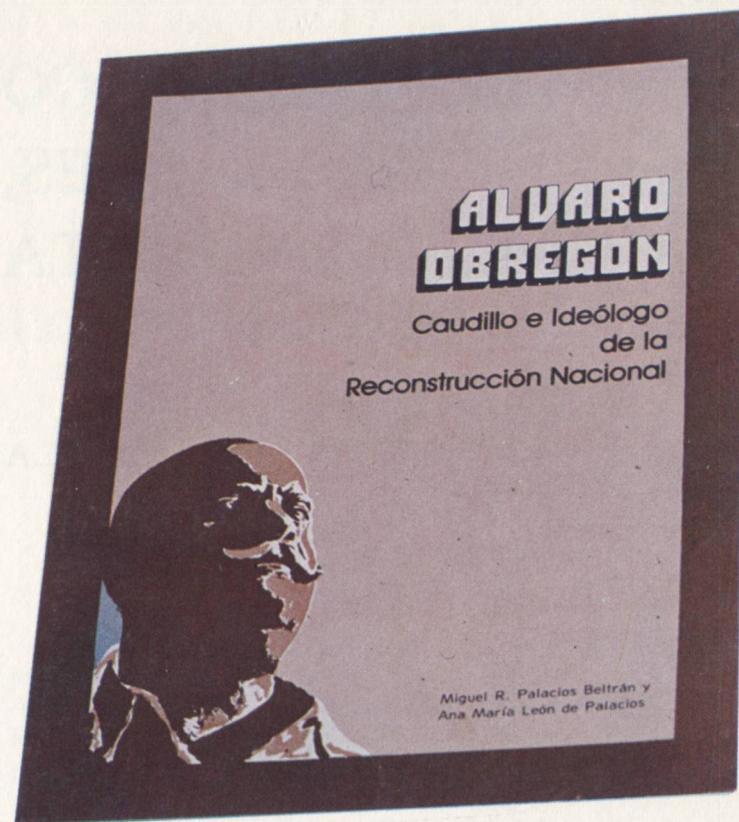
En estos capítulos, el libro se ocupa de examinar la política hacendaria de Obregón, la recuperación económica, el movimiento obrero, los avances en materia laboral, el formidable impulso que imparte el presidente a la educación y la cultura en general —es la época del

renacimiento universitario, de los intelectuales, de los grandes muralistas mexicanos— y la controvertida fase de la política exterior con los llamados “tratados de Bucareli”.

Por el mismo apacible sendero, desemboca la obra en la rebelión delahuertista, el retiro parcial de Obregón de la escena política y la reelección, en 1928, que no pudo concretarse en el ejercicio del poder ante las balas asesinas.

Los Palacios resumen en un Epílogo los aspectos sobresalientes de la vida del caudillo que “podrá ser discutida, sometida al debate y a la crítica apasionada, sobre todo por los sectores retardatarios que siempre se mantienen apostados, en espera de ocupar posiciones de privilegio, mas al fin de cuentas, la perspectiva de la imagen de Obregón, situada en la dimensión histórica del contexto nacional, dejará en su haber un saldo favorable en su vida como patriota, revolucionario, militar y estadista”.

1ª edición, 1980. 178 pp.



LOS AUTORES

Los esposos licenciados Miguel R. Palacios Beltrán y Ana María León de Palacios residen en la ciudad de México. Han conquistado otras distinciones importantes en concursos sobre la historia de la Revolución Mexicana. Desde hace mucho tiempo se dedican a realizar investigaciones conjuntas de esa época patria.

PLUTARCO ELIAS CALLES, ESTADISTA Y PATRIOTA

JUAN ANTONIO RUIBAL CORELLA

Apoyado en una sólida bibliografía y en su conocimiento de la historia de Sonora, el acucioso investigador Juan Antonio Ruibal Corella escribió esta obra, que mereció el segundo lugar en el certamen nacional convocado por el Instituto Nacional de Administración Pública en 1975.

Los cinco capítulos que forman el libro constituyen una admirable síntesis de la vida política de Calles, iniciada en modestos niveles en Guaymas, donde era un modesto profesor de primaria, y concluida como presidente de la República y... algo más: creador del Partido Nacional Revolucionario y jefe máximo de la política mexicana hasta siete años después de haber terminado su periodo constitucional.

"Un maestro en la Revolución", el capítulo inicial, traza el marco histórico en el que dio sus primeros pasos, ya con seguridad y reciedumbre, cualidades propias de su carácter.

En el siguiente, "El gobernador de Sonora", Ruibal Corella nos relata las acciones militares del joven revolucionario, el conflicto con

el gobernador Maytorena que muestra ya el duro metal de que está hecho Calles y su orientación social como gobernante.

En el tercero, el antiguo maestro se halla "En la antesala de la historia". Se convierte en el primer gobernador de Sonora elegido al amparo de la Constitución de 1917; pasa luego a ocupar la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo en el gobierno de Carranza y, cuando éste rompe con Obregón, toma con decisión partido por el segundo, y concurre a la firma del Plan de Agua Prieta que lleva al general Obregón a la Presidencia.

El capítulo cuarto, "El Presidente de la República", es un análisis de la obra administrativa de Calles, de acuerdo con sus programas caminero y ferrocarrilero, de irrigación, agrario, crediticio, financiero y educativo.

Aunque corresponden a la misma época, el autor dedica un capítulo especial, el quinto, a los graves conflictos que tuvo que arrostrar el presidente: la cuestión petrolera, la guerra cristera, el asesinato de Obregón y la sucesión política. En relación con este último problema, incluye como Apéndice de la obra el memorable mensaje que Calles dirigió a la nación el 1º de septiembre de 1928, dentro de su último informe de gobierno, para asentar que no aspiraba ya a un nuevo periodo presidencial —aunque la Constitución, recién reformada para abrir el camino al general Obregón, se lo permitía— y que debía dejarse atrás el tiempo de los caudillos.

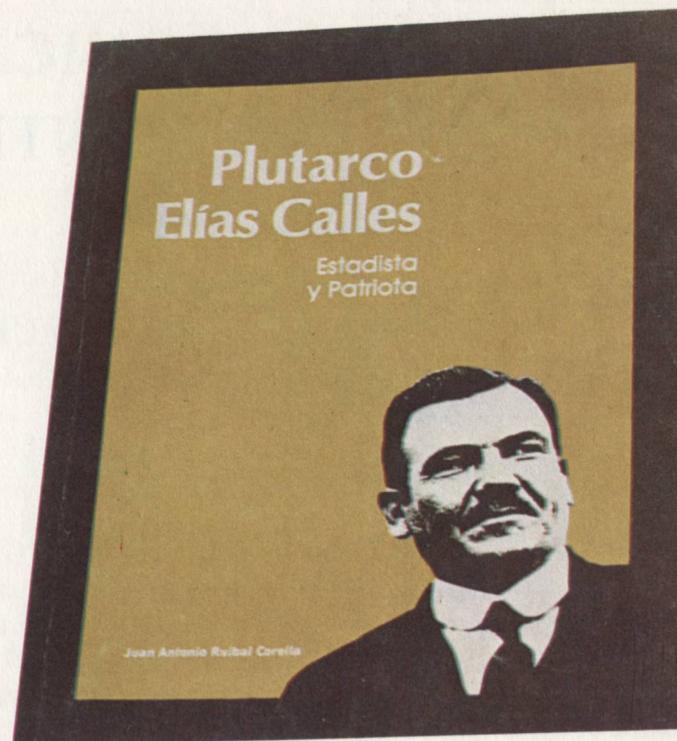
Desde luego, el capítulo postrero es el más apasionante de todos, especialmente porque el autor no se limita a la exposición de hechos sino, además, emite juicios, algunos notoriamente incisivos; así cuando informa que Calles había dado órdenes de incendiar los campos petroleros de la Huasteca si los norteamericanos atacaban el territorio nacional, "cualquier semejanza con la situación actual en el Medio Oriente, es mera coincidencia...", reflexiona Ruibal Corella, en un expresivo paréntesis.

Tampoco rehúye cuestionar a Calles, cuando es necesario. Así, reconoce que el antiguo comisario de Agua Prieta "tiene responsabilidad solidaria en este sensible yerro", esto es, en la reforma constitucional que permitió la reelección de Obregón, pues "en última instancia, el Presidente de la República tiene en nuestro país influencia y poder más que suficientes para neutralizar un movimiento de esta índole o bien, la facultad de ejercitar el derecho de veto".

Ruibal se duele de que la intención de Plutarco Elías Calles, al crear el PNR, haya sido enturbiada por graves defectos, "entre ellos, quizá el más notorio, es la falta de democratización en la selección de candidatos, que a veces produce resultados desastrosos", y piensa que podría comenzar a subsanarse esa falla "en la elección más modesta, pero que es quizá la que en última instancia siente más próxima el ciudadano común y corriente: las elecciones de presidentes municipales y regidores".

Esta edición, con aciertos tipográficos notables, de cómodo formato y amenizada con fotografías históricas de excelente impresión, debiera ser conocida principalmente por los jóvenes, que a menudo desconocen los altos méritos del estadista, y por los orientadores de la opinión pública —comunicadores, líderes, dirigentes de la iniciativa privada—. Es cierto, como lo afirma el autor en el Epílogo, en el que consigna el rompimiento con Cárdenas, que "la verdadera personalidad de don Plutarco Elías Calles, resulta muy difícil de captar para el investigador, porque los juicios son tan exagerados que su figura ha sido ensalzada hasta la ignominia por sus panegiristas, o bien escarnecida hasta la virulencia por sus enemigos". Pero es cierto también que este libro se encuentra en el nada frecuente y elogioso justo medio.

1ª edición, 1981, 130 pp.



EL AUTOR

Originario de Hermosillo, es licenciado en derecho y notario público. Fundador de la Sociedad Sonorense de Historia, A.C., ha sido presidente y organizador de los diez simposios, que hasta 1985 se han efectuado anualmente, sin interrupción. Ha publicado varias obras bajo el sello de Porrúa y ganado varios concursos de historia en diversas entidades federativas.

CRONICA DEL CONSTITUYENTE

JUAN DE DIOS BOJORQUEZ

Los magníficos varones que en 1917 se reunieron en Querétaro —abogados, militares, dirigentes campesinos, maestros—, para dar al país la Constitución General, han quedado plasmados en estas páginas, no estáticos, ni solemnes, ni inmóviles, sino vigorosos como entonces, orgullosamente agresivos, rudos, verticales.

Juan de Dios Bojórquez, oriundo de San Miguel de Horcasitas, fue diputado constituyente por Sonora, junto con Luis G. Monzón, Flavio A. Bórquez y Ramón Ross. Estuvo allí, codo a codo con los Mújica, los Jara, los Baca Calderón, los Ramos Praslow, los Manjarrez, los Palavicini, y participó con ellos de la intensa labor y las discusiones que preludivieron el nacimiento de la Carta Magna.

Y no sólo captó —era ya, no en vano, un periodista entrenado en la aprehensión de esencias y detalles, además de ingeniero agrónomo conoedor de la República— los ángulos fundamentales de los debates, sino también los aspectos humanos de los diputados, los instantes de arrebató que hacían relucir las pistolas, y los de buen humor, que relajaban el ambiente y propiciaban la amistad.

Obra escrita 27 años después de las asambleas, cuando “ya todos los constituyentes, como nos vamos haciendo viejos y cada vez somos menos, tenemos igual cariño y simpatía para los que estuvieron muy a la izquierda o demasiado a la derecha”, dice el ingeniero Bojórquez si bien, al fin de cuentas, no se decide a olvidar del todo, porque “es bueno —eso sí— recordar la forma en que estuvimos divididos en Querétaro, para impedir que los más retrasados ayer, pretendan ser ahora los radicales o se escuden con nuestra obra, para decir que ellos hicieron lo que de avanzado tiene nuestra Constitución, en materia social” (p. 138).

Esta segunda edición reintegra a Sonora una obra valiosa que había sido especialmente leída en el centro del país, con un prólogo de Luis Antonio Bojórquez, hijo del distinguido sonorensé, periodista y diputado federal él mismo (1976-79) por la misma región de la entidad que lo fue su padre.

Se encuentra en las páginas postreras un artículo de singular importancia: “Las reformas a la Constitución”, en el que sostiene Bojórquez la tesis de que la norma de normas, aunque modificada y adicionada por las necesidades particulares del país, conserva su esencia revolucionaria, afirmación ésta que contraría las aseveraciones, que a la ligera se han hecho en diversas tribunas, en el sentido de que los cambios la han afectado en lo medular.

Da el autor señales claras de su predilección personal y política al añadir, también, las semblanzas de los constituyentes Heriberto Jara, Fernando M. Lizardi, Luis G. Monzón, Francisco J. Mújica y Luis Manuel Rojas.

Numerosos grabados de la época han dado a la posteridad los rostros de aquellos gigantes de la legislación, algunos carentes de los conocimientos técnicos suficientes pero, poseedores de un patriotismo a toda prueba que los condujo, a fuerza de perseverancia y desinterés, a puerto seguro.

Prosa ligera, asimilable, amena, la de Bojórquez, fogueado en la incesante lucha de la revolución y de la política, lo mismo que en la batalla de la pluma; es bien conocida su versatilidad literaria: orador, cuentista, ensayista, autor de crónicas, reportajes, novela. . .

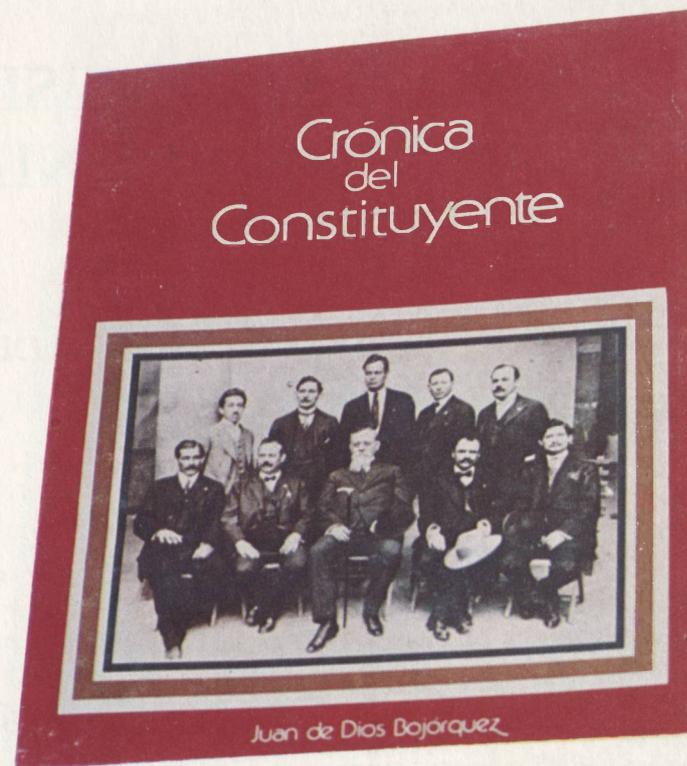
En la portada de este volumen aparece con quienes integraron el Bloque de Diputados del Noroeste: Carlos M. Esquerro, Flavio A. Bórquez, Luis G. Monzón, Andrés Magallón, Francisco Ramírez Villarreal, Cándido Avilés, Manuel P. Prieto, Ignacio Real, todos en

plena, vigorosa juventud, dueños de la visión excepcional que los llevó a colaborar en la erección del monumento legislativo.

Si el Constituyente de 1857 tuvo en Francisco Zarco su cronista amante del detalle, el de 1917 tiene en Bojórquez el suyo, cuidadoso de lo esencial. Aquél acometió una brava empresa literaria: la de consignar lo que, por falta de medios idóneos —grabaciones, taquígrafos— pudo perderse en el olvido; éste, con el material de los debates a su alcance, gracias a los adelantos modernos, acometió otra empresa no menos positiva: realzar lo trascendental y dejar constancia de los detalles humanos. En su pluma, los diputados están vivos, hablan, discuten, se enfurecen, rien. Nada como el relato de quien estuvo a su lado para dar movimiento a las fotografías estáticas y deslavadas.

Esta reedición fue un acierto literario, histórico y político y ningún lector amante de su patria podrá soslayarlo.

Edición de febrero de 1981. 440 pp.
Prólogo de Luis Antonio Bojórquez.



EL AUTOR

Diputado federal constituyente por Sonora, ocupó varios cargos administrativos además de los de elección popular. Fue diputado federal por segunda vez en 1920, regidor del Ayuntamiento de Hermosillo, embajador de México en Honduras, jefe de Estadística Nacional, jefe del Departamento del Trabajo en el gobierno del general Abelardo L. Rodríguez, secretario de Gobernación, director general de Turismo, director del Banco del Pequeño Comercio. Murió en 1967. Era senador por Sonora.

SONORA, GENESIS DE SU SOBERANIA

ARMANDO QUIJADA HERNANDEZ

El camino que el Estado de Sonora recorrió para asumir su soberanía, a partir de la consumación de la Independencia, es tan apasionante para el sociólogo, que busca los *porqués* de la integración de los pueblos a un territorio con el que se identifican y al que aman, como para el jurista, que desea conocer el proceso constitucional que siguió el nacimiento y desarrollo de esta entidad federativa; es apasionante, asimismo, para todo sonorenses, especialista o simple estudioso, que aspire a conocer su pasado.

A todos satisfará esta obra, sólidamente asentada en los documentos fundamentales de nuestra historia.

El profesor Armando Quijada Hernández encierra, en catorce capítulos, incluida la referencia documental, el fruto de sus investigaciones, enfocadas a los años de 1826 a 1831, "cuando con mayor frecuencia e intensidad se manifestaron las fuerzas políticas, cuya pugna originó la división del Estado de Occidente, y que en cierta forma eran las mismas que en el ámbito nacional caracterizaron aquella época", según se informa en la presentación de la obra.

En ese lapso se dio la batalla política de dos grupos: el de los diputados que pretendían mantener a Sonora y Sinaloa unidos en el

Estado de Occidente, y el de los que deseaban la separación, armados de razones que avivan el regionalismo del autor. Los últimos contaban con el apoyo de los principales ayuntamientos sonorenses y, de manera señalada, de los habitantes de Álamos, que al reclamar a los poderes del Estado que se les dejara "en libertad de elegir por medios justos, el lado que más se acomoda a sus costumbres, intereses y seguridad" (solicitud del 4 de abril de 1830), resolvieron formar parte de Sonora.

Los enemigos de la división lanzaron un manifiesto en el que rebaten las razones esgrimidas por los separatistas. Sostienen que la amenaza constante de los apaches sobre el norte y centro de Sonora se agudizaría, en cuanto esos indígenas supieran que ha mermado la fuerza del territorio en que se baten, como resultado de la división. El único argumento en contra cuya validez reconocían, pero sin considerarlo bastante fuerte, era el alejamiento de las poblaciones respecto de la sede del gobierno.

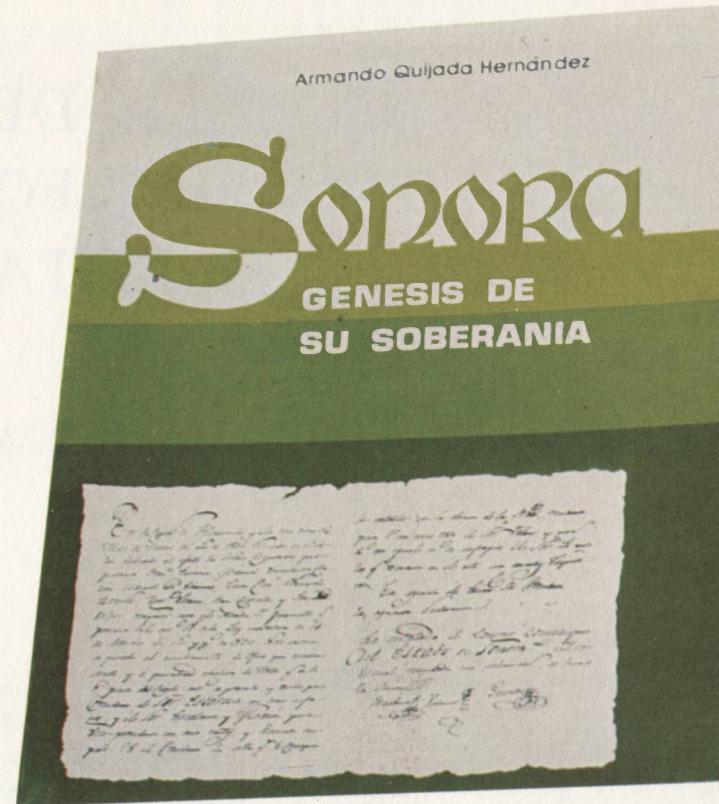
Naturalmente, el grupo contrario rebatió los razonamientos de sus rivales y, puesto que esencialmente se hacían descansar en el peligro de debilitar a los dos estados, una vez separados, expuso información fidedigna sobre las rentas de uno y otro, y enumeró las muchas riquezas naturales que poseía Sinaloa en sus campos agrícolas, sus costas y sus minas, suficientes para vivir y para progresar. "A Sonora y Sinaloa lo que les falta es orden y economía", indicaban, pero "hecha la división, todo es fácil de allanarse".

Esta batalla de manifiestos tenía por escenario el Congreso de la Unión. Pero en el terreno de los hechos, en el lado sonorenses germinaban las inquietudes que hacían temer, a los jefes militares, una sublevación.

Cuando los alamenses sintieron que la balanza se inclinaba en favor de los divisionistas, se dirigieron a los poderes del Estado de Occidente para manifestar su deseo ferviente de quedar al lado de Sonora "porque sus costumbres, intereses, genios y preocupaciones, se identifican mejor que con Sinaloa".

La obra da cuenta del decreto del presidente Anastasio Bustamante que dividió, en diciembre de 1830, al antiguo Estado de Occidente, así como la instalación del Congreso Constituyente del Estado de Sonora, el 13 de marzo de 1831.

Llama la atención, además del rigor de las investigaciones, ceñidas al objeto de su estudio específico, la habilidad del autor para lograr,



no obstante la riqueza de los materiales, una síntesis que, por ser tal, se recomienda para consulta y estudio en todas las instituciones educativas.

Tanto en la portada de este volumen, como en las páginas interiores, se reproduce el facsimil del Acta de Instalación del Congreso Constituyente, y otros documentos, así como fotografías antiguas de dos edificios que son piedras angulares de nuestra historia: el Palacio Municipal de Alamos y el Palacio de Gobierno de Hermosillo.

1ª edición, 1981. Presentación del autor. 108 pp.

EL AUTOR

Nació en Cumpas y se graduó en la Escuela Normal del Estado. Ha sido presidente de la Sociedad Sonorense de Historia y, en la actualidad, es director del Museo Regional de la Universidad de Sonora. Ha publicado numerosos trabajos en revistas especializadas. Su pasión la constituye la investigación del arte rupestre.

MEMORIAS DE DON ADOLFO DE LA HUERTA

ROBERTO GUZMAN ESPARZA

En 1957, dos años después del fallecimiento del que fue presidente interino de la República, aparecieron las *Memorias de don Adolfo de la Huerta* "según su propio dictado", se indica al abrir el volumen. Inmediatamente, se encendió la controversia. Aclaraciones a veces violentas de personajes aludidos en sus páginas, o amigos y antiguos colaboradores de quienes, mencionados, habían fallecido ya, irrumpieron en las ediciones de la prensa capitalina.

Como se sabe, don Adolfo renunció a la Secretaría de Hacienda en 1923 y aceptó la candidatura a la Presidencia por el Partido Cooperatista, frente a la del general Plutarco Elías Calles. A estas alturas, estaba desecho el triángulo sonorense que ambos integraban con el general Obregón, a quien don Adolfo intentó derrocar con una revuelta iniciada en Veracruz, dominada en corto tiempo por el Manco de Celaya. La derrota llevó al exilio a De la Huerta.

A su regreso a México, en el régimen del general Cárdenas, ocupó algunos cargos modestos, hasta su muerte, ocurrida en 1955.

Guzmán Esparza asegura, en el prólogo de la primera edición, que su intervención personal consistió en ordenar los textos y llenar, con sus comentarios, algunas lagunas, pues don Adolfo, por modestia, no quiso que sus *Memorias* se publicaran cuando vivía.

Entre los personajes que hicieron pública su inconformidad hacia el contenido de la obra figuró el licenciado Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores en el régimen de Obregón. En una larga serie de artículos publicados en un diario nacional, en el curso de 5 o 6 semanas, combatió las afirmaciones de don Adolfo en materia internacional.

Provocar el testimonio de los protagonistas de importantes hechos políticos fue una aportación adicional de este libro.

El Gobierno del Estado de Sonora acordó reeditarla al cumplirse cien años del nacimiento de De la Huerta, hijo ilustre del puerto de Guaymas, en un volumen profusamente ilustrado con fotografías de la época, proporcionadas por sus descendientes.

Aquí está plasmada la relación de su carrera política, desde los inicios de la Revolución hasta su exilio en los Estados Unidos. El lenguaje es sencillo; diríase que, en efecto, se trata de conversaciones sostenidas con la grabadora delante. Muestra De la Huerta una memoria excelente aunque, como no es historiador profesional, no se preocupa de aportar pruebas documentales, excepto el valor de su testimonio.

Está dividida la obra en cuatro partes: la primera, desde sus iniciales actividades revolucionarias, inspiradas por Madero y Flores Magón, junto a don José María Maytorena, hasta el cuartelazo de Victoriano Huerta; la segunda descubre la lucha que emprendió al lado de Carranza y su papel de eslabón entre los constitucionalistas de Coahuila y las nacientes fuerzas de Obregón y Calles en Sonora; el movimiento de 1920 concretado en el Plan de Agua Prieta y su ascenso a la Presidencia de la República, se abordan en la tercera parte; en la última, la aceptación de su candidatura, su fuga a Veracruz y el alzamiento que dirigió el general Guadalupe Sánchez, más algunos datos de figuras señeras revolucionarias y el artículo "Soñando", escrito en las postrimerias de su vida.

Entre los muchos apasionantes puntos de vista que a la historia entrega este libro, figura la afirmación de que fue él quien influyó para que Obregón ganara la Presidencia Municipal de Huatabampo

y limó asperezas, en determinado momento, entre el general Calles y Carranza.

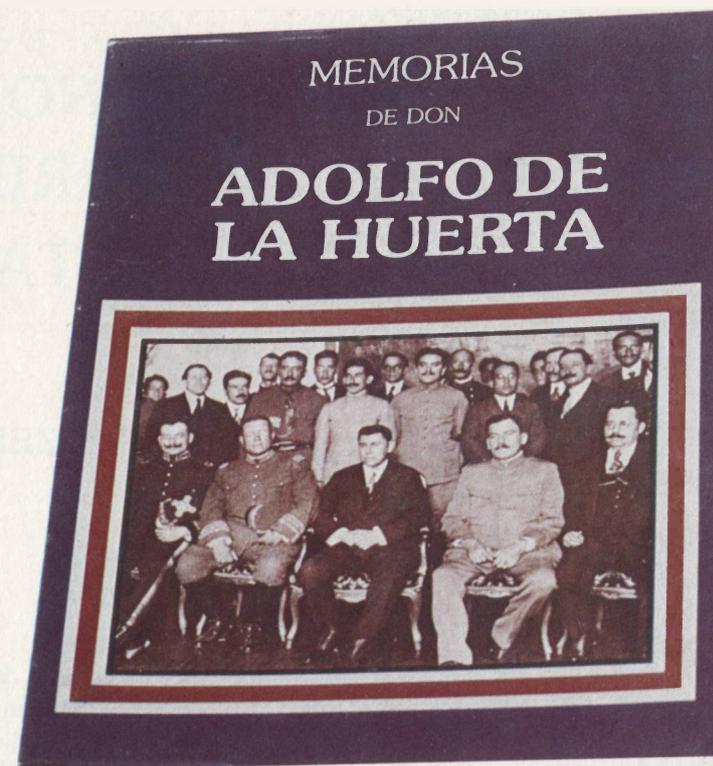
Son interesantes también la versión de que Carranza intentó cerrarle el paso a la gubernatura de Sonora en 1919 y, desde luego, la aseveración de que su salida de la Secretaría de Hacienda y su postulación, rechazada antes varias veces, públicamente, fueron provocadas por los debatidos pactos o tratados de Bucareli. Como se sabe éste es un tema que aún en la actualidad, provoca encendidos debates.

Por lo expuesto concluirá el lector que estas páginas, polémicas en 1955, lo siguen siendo ahora, y probablemente lo serán siempre, por la índole de los episodios que se relatan y la calidad de los hombres que los protagonizaron.

1ª edición, 1958.

2ª edición, 1981. 374 pp.

Prólogo, transcripción y comentarios
de Roberto E. Guzmán Esparza.



EL AUTOR

Adolfo de la Huerta nació en Guaymas el 26 de mayo de 1881. Fue diputado local, oficial mayor de Gobernación en el gobierno revolucionario de Carranza, cónsul en Nueva York, senador, gobernador provisional de Sonora y luego constitucional, Presidente de la República interino y secretario de Hacienda y Crédito Público de 1920 a 1923. Murió el 9 de julio de 1955.

EUSEBIO KINO, PADRE DE LA PIMERIA ALTA

CHARLES W. POLZER

Dentro de su sobriedad, ésta es una de las más hermosas ediciones de la serie, desde el punto de vista tipográfico y de impresión. Algunas fotografías, tan ilustrativas como artísticas, aparecen a color en la primera de las dos ediciones que en tres años alcanzó este libro. El texto de Polzer merece, con mucho, este marco. Al publicarlo en inglés, en 1978, advirtió que su "único propósito era dar a la gente una versión completa y moderna acerca del Padre Kino, uno de los hombres extraordinarios en la historia del noroeste de México".

Uno de los medios confesados de que se valió para ello fue la supresión de citas y términos eruditos que quizás hubieran sido vistos con temor por el gran público, al que desea el autor acercarse, o mejor dicho, acercar la figura venerada de Kino.

Pero se ha valido también de medios no confesados y, no obstante, evidentes; uno de ellos es la amenidad encantadora de su biografía, así como el amor con que se refiere a las misiones fundadas por el padre civilizador. Leamos, aquí y allá:

"Las grandes iglesias y las misiones se levantaron en el desierto porque la gente aprendió el valor de la cooperación, del sacrificio y de la dignidad."

"Todo lo que queda hoy en Dolores es el hermoso emplazamiento y algunos montículos bajos y erosionados y nos recuerdan la gloria desaparecida de la Madre Dolorosa de la Pimeria Alta."

"El conjunto de la misión (de los Remedios) se fue levantando en una lenta agonía. . ."

"Un silencio penetrante es roto de vez en cuando por voces de niños que juegan o por el paso de unos burros que trotan por las calles" (Tubutama).

Son muy importantes las páginas alusivas al descubrimiento de la tumba de Kino. El plano, dibujado por Donald Bufkin, enseña con elocuencia cuántos trabajos llevó la localización de los restos; se abrieron más de dos kilómetros de zanjas y se encontraron cimientos de edificios olvidados y huesos de seres humanos, pero no los que se deseaba. Polzer revive los afanes, el entusiasmo y la ansiedad con que desembocaron en el hallazgo, a las 4.45 de la tarde del 19 de mayo de 1966 (si bien el anuncio al público se hizo el 24 de mayo, una vez que se tuvo la certeza de que los restos eran los de Kino).

Los que tuvimos la fortuna, como periodistas, de seguir el curso de aquella investigación, tornamos a estremecernos con el brillante éxito de la investigación, como se estremecerán las generaciones del futuro al dar cuenta del presente texto. En aquella ocasión, todo Sonora, de hecho, no sólo los habitantes de Magdalena, permanecemos atentos, durante meses, al desarrollo de los trabajos. Aunque los comisionados para la tarea se conducían con una gran discreción, temblaban en el aire las incógnitas y, de alguna manera, intuimos que se iban despejando cada vez con más rapidez. Las sospechas del público aumentaron conforme crecía el número de especialistas que llegaban de los Estados Unidos y de la ciudad de México. Era evidente que venían a corroborar los avances del equipo permanente.

Cuando se dio la noticia al público, todos sentimos que habíamos encontrado algo que faltaba, no sólo a nuestra historia, sino a nuestra naturaleza íntima. Y la conmemoración oficial del hallazgo, con la presencia del gobernador Luis Encinas y altos funcionarios del Estado, fue un día de fiesta del que participó toda la entidad, ya que los detalles de la ceremonia se transmitieron en cadena de radiodifusoras.

Volvamos, sin embargo, a Polzer.

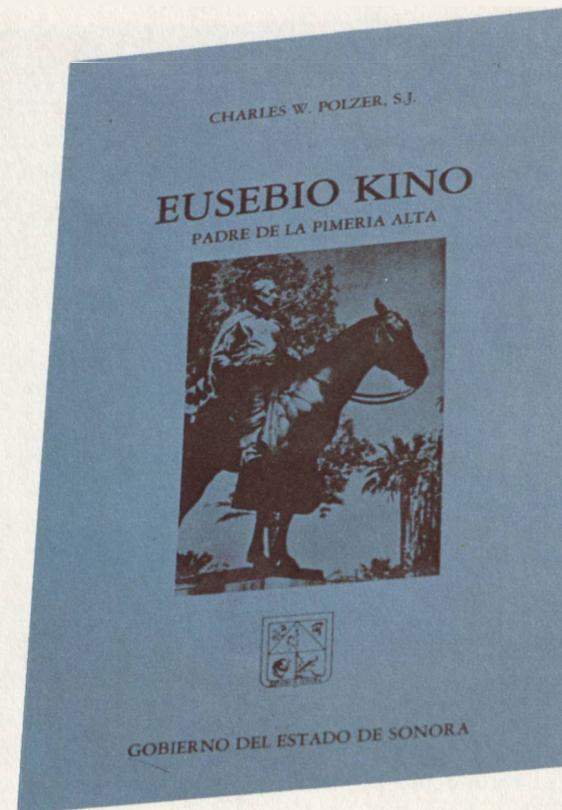
El culto sacerdote jesuita ofrece un concepto progresista de la historia. No sólo informa sobre los hechos; pone énfasis, además, en la visión audaz y realista de los misioneros y sugiere que no la hemos colmado aún los contemporáneos.

“Lo curioso de esta tierra —dice, y en el concepto abarca, creemos, a Arizona— no es que haya tenido una historia sino que la visión pretérita de su futuro aún no se haya cumplido.”

En 1984, el Gobierno del Estado publicó una segunda edición de esta obra, con nuevo formato y fotografías en blanco y negro: la de Kino —la de la estatua ecuestre que se halla en Tucson, idéntica a la de Hermosillo—, en la portada. Así se respondió a una petición formulada por instituciones y particulares, interesados en la difusión de la obra del gran civilizador.

1ª edición, 1981. (1ª edición en inglés, 1968). Traducción de José J. Romero, S.J. y J. Olvera.

2ª edición, 1984. 158 pp.



AUTOR

Charles W. Polzer: Acucioso investigador de toda la antigua Pimería Alta. Ha realizado importantes aportaciones a la historia de esta región; en los frecuentes intercambios culturales de Sonora y Arizona ha dado a conocer ensayos de gran penetración. La Sociedad Sonorense de Historia ha tenido el honor de tenerlo como invitado. Nació el 1o. de diciembre de 1930 en San Diego, California; doctorado en historia y antropología en la Universidad de Tucson; fundador de la Socciltwestern Mission Research Center de la que es actualmente secretario y tesorero.

OBRAS HISTORICAS

Reseña histórica del Estado de Sonora, 1856-1877

Biografía de José María Leyva —Cajeme—

RAMON CORRAL

No es frecuente que un hombre dedicado a la política se preocupe por dejar testimonio escrito de su tiempo y de sus contemporáneos, y menos que lo haga precisamente durante los años en que se halla ocupado en tareas de Estado. Generalmente los políticos esperan que otros consignen y estudien su época y guardan para sí sus propios juicios.

Una singular excepción a este caso fue el licenciado Ramón Corral, gobernador de Sonora durante varios años, quien analiza en la primera de las obras arriba enunciadas al general Ignacio Pesqueira, y en la segunda, al indomable jefe yaqui Cajeme.

Pese a su reconocida preparación académica y a su conocimiento del mundo cultural europeo, en Corral, el escritor, predomina el estilo directo del periodista que estuvo siempre en ejercicio y el lenguaje de quien, aunque en algún caso falte a la precisión, da color al sentimiento que desea expresar. "En marzo de 1860 —señala, por ejemplo— volvieron por la *millonésima* vez los yaquis y mayos a iniciar un alzamiento. . ."

Aunque Corral fue enemigo político del general Pesqueira, según lo relata en la biografía del primero el licenciado Manuel R. Uru-churtu —obra reseñada en este mismo catálogo—, su imparcialidad de historiador y su sentido de la justicia se imponen a la hora de plasmar juicios. Así, señala que "carece de toda prueba" la acusación

de que el general estaba en connivencia con los franceses cuando éstos, superiores en número, hicieron huir, en mayo de 1865, a los defensores de Guaymas, pues "lo más justo y razonable es atribuirlo a la sorpresa para la que no estaban preparadas unas tropas acabadas de organizar. . ."

Con igual serenidad defiende a Pesqueira del escándalo que cayó sobre su cabeza cuando el legado Tato —una fuerte cantidad donada por testamento, en Francia, al Municipio de Bacoachi —se esfumó misteriosamente, casi por completo, entre abogados, comisionistas y jueces de dudosa reputación. ". . .examinando parcialmente las cosas —escribe Corral— se ve que el gobernador Pesqueira no fue el que dispuso de aquel capital y creemos que él no aprovechó un solo peso en su distribución".

Es muy sólida la información que posee el licenciado Corral para fundamentar sus aseveraciones, de tal manera que se constituye en fuente de primera mano para conocer las acciones de guerra y los actos políticos de Pesqueira. En lo personal, nos apasiona asomarnos por sus ojos hacia el Pesqueira de carne y hueso, el ser humano cuya imagen se fue deteriorando ante el engolosinamiento de poder, porque las observaciones del historiador son válidas en cualquier época:

"Parece que comenzaba ya a cansarse del Gobierno y del despacho de los asuntos públicos, pero a pesar de eso insistía en conservar el puesto, parte por instigaciones de sus adictos y parte por la satisfacción de su amor propio, empeñado en no dejar ni una sospecha de que lo habían vencido sus enemigos políticos". Corren para esto los primeros meses de 1870, cuando los sonorenses comenzaban a ver, sobre la cabeza de Pesqueira, la sombría aureola del dictador.

No se ensaña con su antiguo rival y tampoco calla sus defectos. Pese a que los hechos que reseña son recientes, el juicio de Corral es, inclusive frente a muchos que se han omitido décadas después, muy equilibrado.

Por razones parecidas resulta interesante la biografía de Cajeme, en un más reducido número de páginas: Corral lo conoció y platicó con él, días antes de la muerte del jefe indio en el paredón de fusilamiento.

Ahora que los avances técnicos y profesionales del periodismo son tantos, uno siente envidia del licenciado Corral —también periodista, al fin de cuentas—, pues tuvo la oportunidad de entrevistar a Cajeme y escuchar su versión directa sobre su participación en la de-

fensa de Guaymas contra Raousset Boulbon, la organización hacendaria y militar que impuso a la tribu, las batallas que libró.

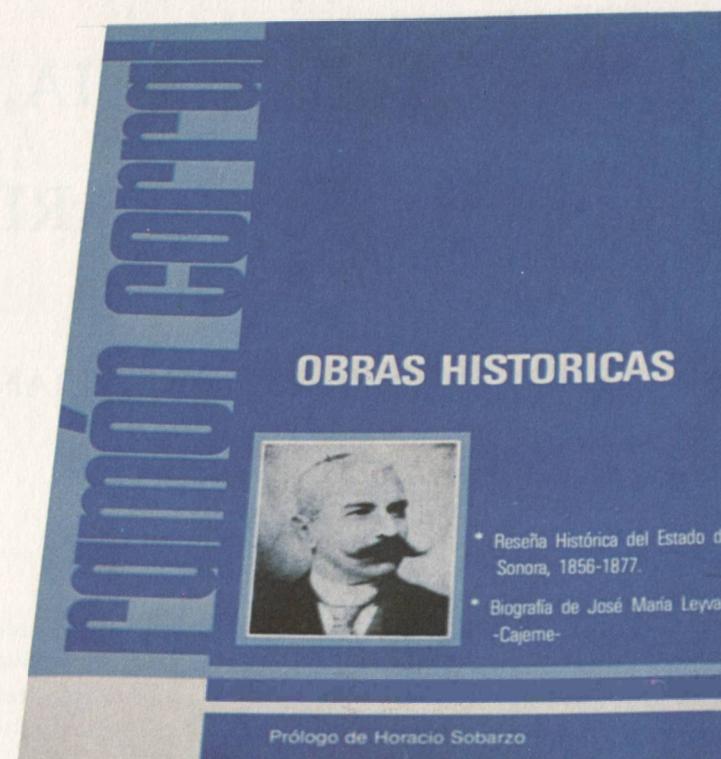
Creía encontrarme con un indio corpulento —recuerda Corral— silencioso y de expresión feroz en el semblante y no dejó de sorprenderme ver un hombre de mediana estatura, delgado sin ser flaco, con una sonrisa astuta en una boca desmesurada, de ceño simpático y blando y comunicativo como pocos indios”.

“Antes como antes, y ahora como ahora”, le decía Cajeme. La frase ha quedado plasmada, dicho sea de paso, y para concluir, en los murales pintados durante este sexenio en la planta baja del Palacio de Gobierno.

2ª edición. 1981. 186 pp.

Un ensayo del licenciado

Horacio Sobarzo sobre las obras de Corral, fechado en 1959, sirve de prólogo.



EL AUTOR

Nacido en Álamos, fue diputado local, secretario de Gobierno, diputado federal, gobernador interino y constitucional, gobernador del Distrito Federal, secretario de Gobernación y vicepresidente de la República. Estadista de lúcida visión política y social, renunció a la Vicepresidencia al mismo tiempo que el general Porfirio Díaz y se fue a París, donde falleció. Ejerció el periodismo con éxito.

JESUS GARCIA, HEROE DE NACOZARI

CUAUHTEMOC L. TERAN

La hazaña admirable de Jesús García será siempre veta inagotable para pensadores y poetas, pues nunca se logrará aplicar el adjetivo justo al grandioso gesto del héroe. Sin embargo, es un privilegio leer el relato de quien, además de amar a Nacozari, fue testigo presencial de los hechos registrados el 7 de noviembre de 1907.

Pero no se trata sólo del relato subjetivo de quien ha quedado impresionado para siempre por la magnitud del drama, sino también de un trabajo de investigación pues "mi propósito ha sido más bien formar un documental; reunir datos dispersos y presentarlos lo mejor posible en un solo volumen", según advierte en el prólogo el autor.

En la ejecución de dicho propósito, da cuenta del nacimiento de Nacozari que presentaba ya, para 1900, "la apariencia de un gran centro minero con todas las instalaciones básicas", así como de los hombres que dejaron su huella positiva en el avance de la comunidad: el doctor James Stuart Douglas, gerente general de The Moctezuma Cooper Co. y José B. Terán, comisario en el año de los sucesos reseñados.

Con el auxilio de mapas y apoyos históricos, Cuauhtémoc Terán fundamenta en el control de los apaches el progreso minero que dio a Nacozari su "edad de oro" en los primeros años del siglo que corre (la obra fue escrita años antes de la iniciación de los trabajos de La Caridad, que quizá obliguen a la revisión de aquel juicio). Al parecer, la cúspide de este auge se alcanzó al ponerse en marcha el llamado "proyecto Harriman", que contemplaba la construcción de una vía férrea de Nacozari a Tónichi, en la que miles de obreros fueron empleados.

Trazado con detalles el marco de la epopeya, el autor pasa a ocuparse de la familia García: don Francisco y doña Rosa, vecinos de Hermosillo cuando nació Jesús, y luego de Batuc, donde don Francisco falleció. La madre tomó la dirección de la numerosa familia, integrada por ocho hijos; y Jesús, ya en Nacozari, consiguió empleo como limpiador de máquinas en el tren de la mina; luego pasó a fogonero. Su dedicación y su interés por aprender lo convirtieron finalmente en maquinista, y aún le faltó escalar el siguiente peldaño para el que ya tenía merecimientos: maquinista del tren vía ancha Nacozari-Agua Prieta.

Parte muy valiosa de esta obra son las fotografías que ilustran el texto: panorámicas de Nacozari y de Pilares de Nacozari, la tripulación de Jesús, algunos rincones de la población que había adoptado a los García, los diversos monumentos al héroe y, sobre todo, un plano que explica con gran claridad lo que pudo haber pasado si el fuego descubierto a bordo del convoy hace estallar la dinamita en el corazón mismo del pueblo, junto a tanques enormes de gas; indica, asimismo, el sitio hasta donde fue conducido por la mano firme del héroe y estalló, finalmente, a una distancia suficiente para salvar docenas de vidas.

"Los cristales de los principales edificios y de muchas casas en el área central del poblado se hicieron trizas ante el impacto de la dinamita", cuenta el autor. "Fragmentos de rieles y trozos de materiales cayeron en la zona residencial de La Colonia, muy distante del lugar de la explosión". Dos señoritas que vieron la explosión quedaron ciegas y marcadas a consecuencia de las heridas. En el informe que el señor Douglas rindió al gobernador Luis E. Torres se habla cuando menos de once muertos y siete heridos hospitalizados, dos de ellos muy graves.

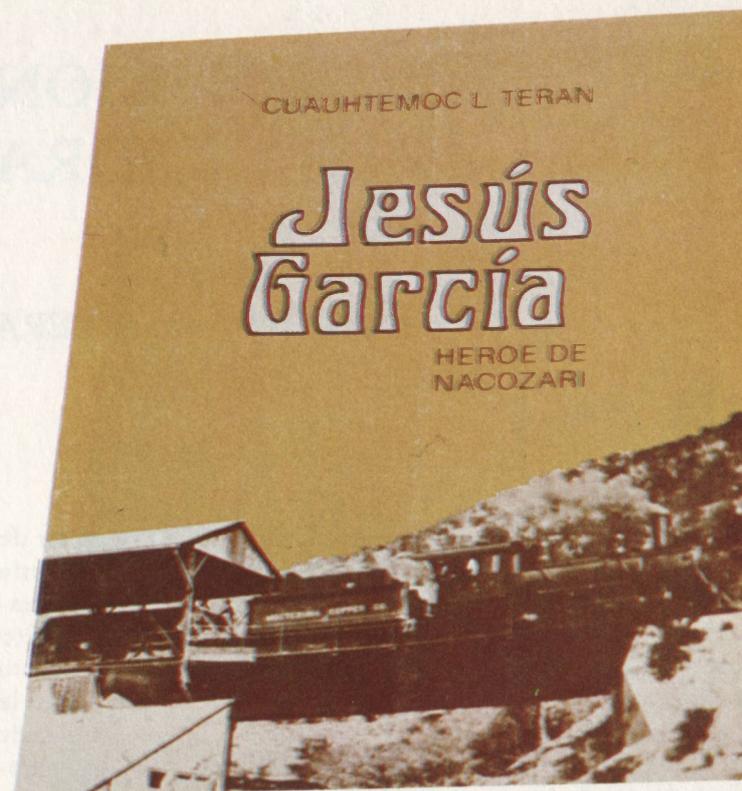
Terán sostiene que "no hubo en Jesús García vacilaciones ni des-

mayos, ni las circunstancias las admitían. . .". "Deber fue para él una misión inaplazable, un imperativo avasallador, un impulso incontenible y por eso alcanza la categoría sublime de mártir. . . Se consagró un héroe en un marco de grandiosa majestuosidad. Las montañas que circundan Nacozeni retumbaron al eco aterrador de la hecatombe y fueron atronando el espacio con vibraciones sucesivas —arrullos de epopeya que proclamaron al mundo el natalicio de un héroe y el albor de una leyenda".

Diversos documentos enriquecen la obra y dan fe del limpio afán con que el autor aspira a llevar a todos los espíritus la convicción de que el héroe debe ser reconocido universalmente como tal —meta plenamente alcanzada.

Además de discursos pronunciados durante la inauguración del monumento que se encuentra en el corazón de Nacozeni, y de numerosos pensamientos que rinden homenaje al mártir, se añade una antología poética donde hallamos nombres prestigiados en las letras sonorenses: David López Molina —originario de Batuc—, Alberto Macías, periodista y poeta, Gumersindo Esquer, poeta y educador, Julián S. González, político, periodista y literato, entre otros. También se incluye el himno que escribió el maestro Silvestre Rodríguez mientras velaban los restos de Jesús García.

2ª edición. 1981. conmemorativa del centenario del natalicio de Jesús García (1ª edición, en 1962). 130 pp. Fotos de la Colección Madero adicionales a las que contiene la obra original.



AUTOR

Funcionario de la Compañía Minera de Durango; servidor público, vecino distinguido de la región durante gran parte de su vida, cobró gran amor por esa zona de Sonora y especialmente la hazaña de Jesús García que se empeñó en dar a conocer a todo el país e inclusive más allá de éste.

LA REVOLUCION EN SONORA

ANTONIO G. RIVERA

Historia y testimonio hay en el relato de Antonio G. Rivera, actor de buen número de los acontecimientos revolucionarios que contiene este volumen. La primera parte precisa el papel de Sonora en la integración de la nacionalidad mexicana, traza en forma panorámica el marco político en que se desenvuelve la vida sonorenses y destaca con acento patriótico los episodios fundamentales de la historia del Estado en la defensa de la integridad del territorio nacional: el intento del conde Raousset de Boulbon por apoderarse de Guaymas en 1854, el frustrado asalto de Henry A. Crabb contra Caborca en 1857; la lucha contra el Imperio y las páginas iniciales de la Revolución suscritas en Cananea por los mártires de la huelga de 1906. Se recuerda, asimismo, a los liberales de Sonora y al gobierno del licenciado Ramón Corral, "superior a su época", según expresión del autor.

Aunque la finalidad de estos capítulos es construir el marco histórico en el que ha de darse el fenómeno revolucionario, su extensión —más de cien páginas— sugiere el pensamiento de que el título del libro debió ser más genérico. No obstante, se cumple a plenitud aquel objetivo.

La segunda parte se inicia con los precursores del maderismo y continúa con la postura del gobierno sonorenses ante la insurrección y

su decidida participación en las acciones de armas. Son especialmente inspiradas las páginas en las que renacen a la vista del lector los Talamante, Enrique Esqueda y otros próceres. Concluye esta fase de la obra con el rechazo del orozquismo en las fronteras de Sonora y su liquidación total, que se creía era ya el encauzamiento definitivo de la entidad por los senderos de la paz.

La tercera y última parte, la que vivió, y en ocasiones protagonizó Rivera, da paso a la Decena Trágica y la aportación sonorenses al avance del Ejército Constitucionalista; incluye la estancia del Primer Jefe en Hermosillo y los choques de obregonistas y maytoenistas; termina con el choque de Carranza contra el gobierno de don Adolfo de la Huerta y el rompimiento de los aliados de ayer.

El libro de Antonio G. Rivera tiene, como pilares de profundos y sólidos cimientos, en primer término, su calidad de testigo en el desarrollo de los acontecimientos fundamentales; en segundo, la sólida documentación que intercala en el curso de su relato de manera tan natural, que no resta fluidez a la narración general.

Su estilo es claro y, a veces, cuando el distinguido político alcanza la cresta de los acontecimientos citados, grandilocuente.

A fuer de hombre recto, trata de examinar los conflictos a través de cristales de imparcialidad, pero no en vano es juez, y fue parte interesada en su momento, y profesó amistad y afecto a determinados adalides —su lealtad a De la Huerta, por ejemplo, es admirable—; en esos casos, su palabra se llena de pasión para dar contundencia a sus conclusiones.

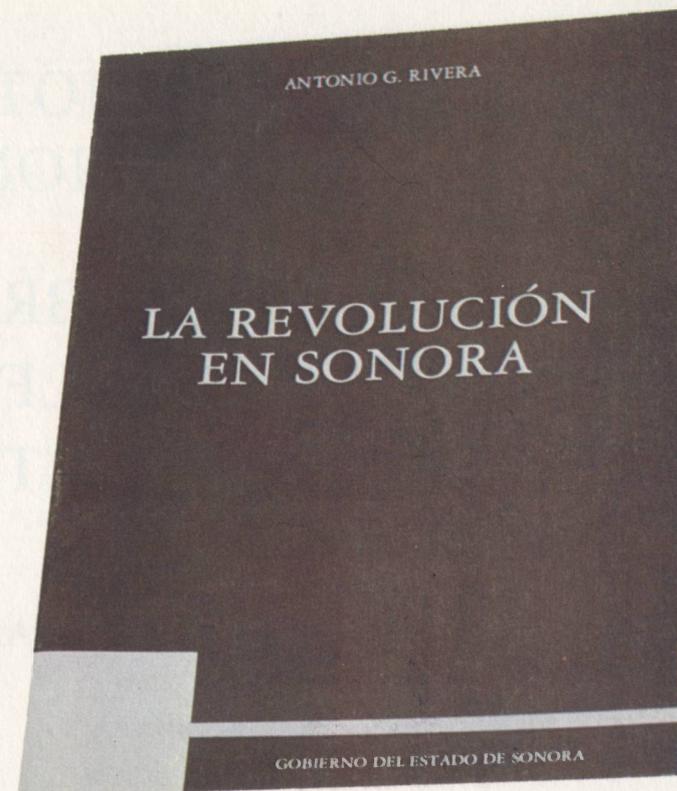
Este no es un defecto del historiador, puesto que no lo empuja a falsear los hechos, sino les da calor y color. Rivera, por otra parte, dio a la luz la primera edición de su obra en 1969, es decir, cuando el paso del tiempo garantizaba la serenidad y el equilibrio de sus juicios, así como el fortalecimiento de sus convicciones revolucionarias, que emergen sin cesar a lo largo de todo el texto.

"La Revolución en Sonora" concluye, para el distinguido periodista de Ures, con el nombramiento, por el Congreso de la Unión, de Adolfo de la Huerta, presidente sustituto de la República. Es una lástima que la muerte le haya impedido realizar, según lo anuncia en las últimas páginas del libro que se comenta, "una obra cuyo contenido sea la historia en detalle del conflicto suscitado por el presidente Carranza para aplastar al Estado de Sonora, y lo que hicieron los hombres de esta entidad en el poder".

Nos habría entregado, sin duda, información y testimonios de primera mano sobre aquellos días que los sonorenses debieron vivir con intensa ansiedad. Pero el solo enunciado de la obra que no pudo concretarse, por cuanto decide de manera terminante la responsabilidad de Carranza en el conflicto, retrata la rotunda franqueza que distinguió a Rivera y, consecuentemente, a su literatura. Fue hombre de un solo grupo, de una sola doctrina, de una sola palabra. Similar es la tesis revolucionaria de su historia: recta, sin desviaciones ni recovecos, sin condicionamientos ni barroquismo.

2ª edición, 1981 (1ª edición, en 1969),
504 pp.

Prólogo Manuel González Ramírez.



EL AUTOR

Político y periodista originario de Ures. Diputado al Congreso Constituyente de Sonora en 1917, diputado federal y titular de diversos cargos administrativos en Baja California Norte, Sonora y el Distrito Federal. Miembro destacado del Bloque Cooperatista. Primer presidente de la Cámara Federal. En 1967, con motivo del cincuentenario de la Constitución Política local, fue declarado "Hijo distinguido de Sonora".

EL QUIJOTE DE LA REVOLUCION.

VIDA Y OBRA DE ADOLFO DE LA HUERTA

CARLOS MONCADA

“¿Cómo pudo un civil, sin más fuerza que sus virtudes, levantarse sobre el mar de rudos militares, exponer sus ideas ante los fusiles, hacerse oír, arrastrar tras de sí adhesiones entusiastas, simpatías y pasiones?”

El autor cuenta, al final de su libro, que se planteó estas preguntas y, en pos de las contestaciones, hurgó en la vida de quien fue gobernador de Sonora, presidente de la República, secretario de Hacienda y Crédito Público, entre otros cargos.

Con el resultado de su investigación, concurrió al concurso nacional que convocó el Gobierno de Sonora para conmemorar el centenario del nacimiento de De la Huerta. Su libro fue declarado ganador

entre las 13 obras que en total se presentaron, lo que lo hizo merecedor a diploma y premio en efectivo.

Moncada inicia su relato el día que don Adolfo de la Huerta protesta como presidente de la República, en mayo de 1920. Pero inmediatamente retrocede a los años mozos del biografiado y habla de sus luchas iniciales, que lo llevaron a diputado local por Guaymas y oficial mayor de Gobernación encargado del despacho en el gobierno del Primer Jefe, y más tarde, a gobernador provisional del Estado, senador, cónsul en los Estados Unidos y demás cargos que se citan arriba.

En la segunda parte, relata su participación en el Plan de Agua Prieta y su elección como titular del Poder Ejecutivo, así como el papel que desempeñó en el régimen del general Obregón, el lanzamiento de su candidatura a la Presidencia y el rompimiento con el grupo de Sonora.

El libro no sólo es una relación de hechos, abrevados en fuentes documentales y literarias, sino también un retrato del hombre. Los últimos lustros de su vida los pasa en el país, terminado el largo exilio en los Estados Unidos impartiendo clases de canto, y vuelve a servir a su patria en cargos modestos, con la honradez y la eficacia que le eran proverbiales.

En septiembre de 1942 aparece en el balcón central de Palacio Nacional junto al jefe de la Nación, general Manuel Avila Cámaco y los demás ex presidentes vivos, para expresar la unidad nacional. Hace periodismo, participa en polémicas y deja sentir el peso de su prestigio en momentos delicados para el país, como cuando apoya a los generales Lázaro Cárdenas y Abelardo L. Rodríguez, que en declaración conjunta se oponen a todo intento reeleccionista (1955).

El estilo del autor —periodista y literato experimentado, con una bibliografía que ya comprendía, al publicarse *El Quijote de la Revolución*, cinco títulos— es correcto y agradable. Buen narrador, sabe llevar a los lectores a conclusiones sólidas por caminos de amenidad.

Se antoja pensar en las dificultades que debió afrontar al escribir esta biografía. Por un lado, la parte agradable y más accesible del estudio era la de dar cuenta y razón de don Adolfo de la Huerta gobernador, diplomático, jefe supremo del ejército, secretario de Hacienda y presidente de la República.

Por otro, estaba el asunto de penetrar y calar en la personalidad histórica del biografiado en tanto y cuanto civil, trazar el perfil de

quien, para algunos, carecía de los dones de los caudillos militaristas y le faltaba la virtud del mando, en donde el mando y la prepotencia se confunden a menudo con la crueldad.

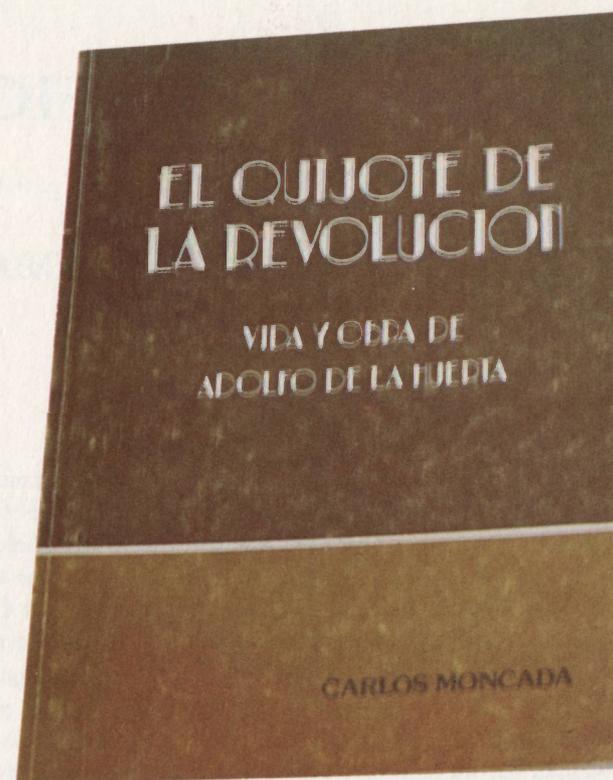
Un Adolfo de la Huerta pacífico, civilista y civilizado fue sin duda el reto a resolver por parte del triunfador del concurso, habida cuenta que el éxito político en ese tiempo era el de la intriga y la rudeza, el estallar de los fusiles y los cañones, más que el poder hacerse oír y obtener adhesiones mediante la razón y los argumentos.

Hombres como don Adolfo de la Huerta, por otra parte, merecen ser recordados en nuestros días por lo que expresan de integridad, modestia y patriotismo. Hombres limpios, para quienes el rencor no fue estilo personal de gobernar ni de conducta privada; que no supieron mancharse ni de sangre ni de oro, ejemplares por su honradez —como la que se puso de manifiesto con motivo de la muerte del sonorense—. Hombres así son enseñanza luminosa y piedra de toque para el ejercicio cabal de la política.

De Quijotes como él —así lo presentó Carlos Moncada— requiere hoy como nunca el país; de personajes nuevos, nobles y valerosos

(Federico Osorio Altúzar en "Novedades")

1ª edición. 1982. 134 pp.



EL AUTOR

Carlos Moncada nació en Ciudad Obregón, Sonora, en 1934. Ha desempeñado, entre otros cargos, la dirección del *Diario del Yaqui*, la jefatura de Prensa del Gobierno del Estado y la dirección del semanario capitalino *Claridades*. Es licenciado en derecho por la Universidad de Sonora. Ha ganado varios concursos literarios, entre ellos el de cuento, convocado por el Gobierno del Estado de Puebla (1971), uno de los certámenes nacionales de mayor tradición. Es autor de varios libros de historia y análisis político.

CRONICAS BIOGRAFICAS

HORACIO SOBARZO

Sonora ha tenido siempre los hombres apropiados a su momento histórico. No es, esta afirmación, una vanidad regionalista. Pruebas de ello las aporta el licenciado Sobarzo, humanista de altos vuelos cuyos méritos por segunda vez cita este catálogo, en el libro que arriba se cita. En él analiza las recias personalidades de José Rafael Campoy, Estevan Coronado, Pedro García Conde, Ignacio R. Alatorre, Carlos R. Ortiz, Adolfo Almada y Francisco Velasco Noriega.

Se nos antoja que la lista podría ser más prolongada, pero son éstos los que ha escogido de paradigmas, y son acaso, los más representativos. Quien los ha seleccionado era hondo conocedor de la historia de Sonora. Por otra parte, los caballeros seleccionados para considerarlos en el marco de una biografía, ofrecen comunes denominadores: se crecieron ante la adversidad y proyectaron el nombre de Sonora más allá de sus fronteras.

Se nos facilitará la tarea de reseñar estos capítulos, y ahorraremos tiempo al lector, si dejamos al margen dos nombres: el de Carlos R. Ortiz y el de Francisco Velasco, no porque tengan menos mérito que los demás, sino por el hecho de que se incluyen en esta serie dos libros de ambos, más una biografía del primero (la que escribió Manuel R. Uruchurtu).

Digamos unas palabras sobre los restantes.

José Rafael Campoy y Adolfo Almada fueron alamenses. Jesuita,

el primero, de vasta erudición cultivada en México, sembró sus enseñanzas en San Luis Potosí y Veracruz. Escribió numerosas obras que se perdieron con motivo de la expulsión de los de su orden. El segundo —nos ilustra Sobarzo y lo ratifica en *Los Almada y Alamos*, Albert Stagg—, presentó el proyecto de primer decreto ante el Congreso local para establecer el salario mínimo, fue diputado federal, jefe de la guardia costera, tesorero estatal y prefecto del Distrito de Alamos.

Estevan Coronado, Pedro García Conde e Ignacio R. Alatorre están emparentados por su esforzado afán de defender el territorio nacional contra quienes han pretendido mutilarlo. Nacido en Valle de Tacupeto, combatió la invasión angloamericana, cuenta Almada, y participó en las batallas de Sacramento y Rosales.

Llegó a ser gobernador de Tamaulipas y fue declarado Hijo Benemérito de Chihuahua. García Conde vio la primera luz en Arizpe, fue diputado, senador y secretario de Guerra. Como Coronado, luchó contra la invasión angloamericana. Alatorre, por su parte, hijo de Guaymas, expuso su vida en Veracruz ante la amenaza de los tres europeos enemigos del régimen liberal y combatió al lado del general Yáñez contra Raousset-Boulbon.

Estos rápidos enunciados no dan siquiera una pálida idea de la grandeza de estos hombres, que irrumpen en las páginas del libro de Sobarzo con enérgica pisada de gigantes. Como el autor es ya bien conocido por los lectores, resulta obvio subrayar que, en su pluma, estas figuras adquieren la dimensión humana necesaria para entenderlas, y se mueven en el contexto histórico cuyas circunstancias el escritor explica con galano estilo.

El ojo entrenado del crítico sin duda se habrá detenido en el enunciado del título: ni crónica ni biografía, sino *Crónicas biográficas*, palabras que comprometen doblemente al autor porque ha de dar a su obra la amable ligereza literaria de un género y la seriedad documental del otro; pero, al mismo tiempo, puesto que cumple con ambos objetivos, ofrece doble satisfacción a los lectores.

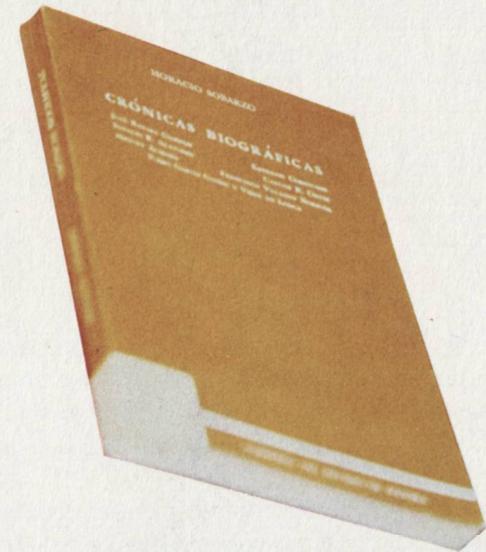
Ahora bien, entre las serenas luminarias que integran esta colección de Sobarzo, uno puede seleccionar a su predilecto. Por lo que toca a nosotros —y es una opinión personalísima—, la figura más apasionante, quizá por el misterio en que han quedado sus obras, tal vez por el objetivo que se propuso: la educación de los jóvenes, acaso por ambas razones, es la de fray Alonso de la Veracruz.

No sólo apasiona su lucha angustiosa, de niño, entre el sometimiento a una disciplina brutal y su amor al conocimiento, sino también el amplio criterio con que se condujo con sus alumnos al solicitarles, contra todo tipo de dogmas, que expusieran con libertad opiniones y criterios particulares. Así compensaba, sin duda, el condicionamiento absurdo que había pretendido aherrojarlo.

Su figura severa, y a la vez simpática, se pierde en la distancia cuando abandona al país junto a sus compañeros jesuitas, para morir años después en Bolonia, lejos de la Patria.

Libro, este de Sobarzo, que le hace a uno sentirse orgulloso de sus raíces por la participación de sus compatriotas en las diversas etapas de la vida de México.

1ª edición. 1949
2ª edición. 1982
174 pp.



EL AUTOR

Se remite al lector a la nota correspondiente a *Crónica de la Aventura de Raoussel Boulbon en Sonora*.

EL VIEJO GUAYMAS

ALFONSO IBERRI

Solamente la magia de la literatura —de la buena literatura— salva al ser humano de quedar sepultado bajo el polvo del tiempo. Cuando los personajes —que todos lo somos, en la vida— hallamos a nuestro autor, para decirlo con frase de Pirandello, hemos vencido a un viejo enemigo.

Lo han vencido todos los guaymenses de quienes se ocupa el poeta Alfonso Ibarra en su hermosa crónica. La vida en el mar, las tiendas de ropa, los grandes barcos que atracaban en el puerto, las comedias de la época, los carnavales y los circos, entre otros muchos acontecimientos, son escenas que quedaron plasmadas para siempre en *El viejo Guaymas*.

Gracias a Ibarra, tenemos noticias de los años mozos de los presidentes Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta. Relata sobre el primero:

“A hora temprana de la noche, Natalia recibía la visita de un joven profesor de instrucción primaria, que vestía traje de dril en el verano, y en el invierno, pantalón de casimir gris claro y saco o jaqué negro.

“Llegaba sin apoyarse en el bastón, colgado al antebrazo; era un tanto encorvado de la espalda y de voz ligeramente cascada; rasgos de que se adueñaron la mordacidad y condición bromista de Toribio García para aplicarle, pero sólo entre seis o siete amigos, el sobrenombre de *La Viejecita*.

“El profesor se llamaba Plutarco Elías Calles; su noviazgo era formal, y el 24 de agosto de 1899, a los veinticinco años de edad, unió sus destinos a los de Natalia, que había cumplido veinte.”

Y sobre el segundo:

“Noches después, en una nueva función, se exhibió otro cuadro de belleza insuperable: la agonía de Chopin. Sentada al piano, de perfil, pero ligeramente vuelto el rostro hacia la sala, apareció María Cárdenas, con elegancia y gentileza tales que arrojaron al concurso todo, mientras cerca de ella el gran músico polaco (Adolfo de la Huerta) comenzaba a desprenderse de la vida, y acudía a auxiliarlo una enfermera (Clarita Orio).”

La “enfermera” llegaría a ser, poco después, la esposa del futuro presidente de México.

Ibarra recrea las fiestas del 13 de julio, aniversario del triunfo del general Yáñez sobre los invasores franceses, y el homenaje que se rendía a los sobrevivientes de la gesta: Wenceslao y José Ibarra, Torcuato de la Huerta, Justo Barrera, Rudecindo Ramírez, Juan Aldama, Librado Irigoyen, Pablo Mexía, Juan Casillas, Jesús Preciado y el chileno Juan Acosta “que se sumó a los defensores de la población”.

Solamente rebasa una vez los límites de Guaymas, pero el dramatismo del episodio lo merece: para contar la muerte del periodista Jesús Z. Moreno, que vivió y publicó un periódico en el puerto, a manos de su rival político, el diputado veracruzano Francisco Tejada Llorca. Los hechos ocurrieron en la ciudad de México pero no culminaron allí. María del Pilar, una jovencita de quince años, hija de Moreno, siguió los pasos del homicida de su padre, en libertad gracias a su fuero, y a su vez le quitó la vida.

Ibarra escribió esta obra entre 1950 y 1951, cuando había pasado de los 70 años y estaba en aptitud de cosechar serenamente la abundante siembra de su vida. Con cariño, buen humor y excelente prosa, va devanando las evocaciones de otros y sus propios recuerdos: la visita de Angela Peralta, que “según cuentan (porque nosotros no estábamos en edad de conocerla) carecía de atractivos físicos”; la publicación de los periódicos *El Domingo* y *El Machete*; los paseos en la plaza: “El sexo masculino marchando en una dirección, y el femenino, en la contraria”.

Muchos lectores hallarán en esta crónica los nombres de abuelos y bisabuelos y comprobarán, atónitos, cuánto han cambiado edificios

y parajes conocidos. Pero tras la anécdota regocijada o el relato dramático —las dolorosas tragedias del mar, por ejemplo, los estragos de la peste bubónica, o la muerte desgraciada del jovencito Refugio Atayde al caer del trapecio— está la habilidad narrativa del maestro Ibarri y la agudeza de su mirada de poeta, que va más allá de las cosas y de las personas.

Libro lleno de curiosidades, éste, si se le ve con frivolidad; de hondo sentimiento si se llega a él con devoción; en cualquier caso, una joya literaria que hace historia con los seres humanos y su entorno.

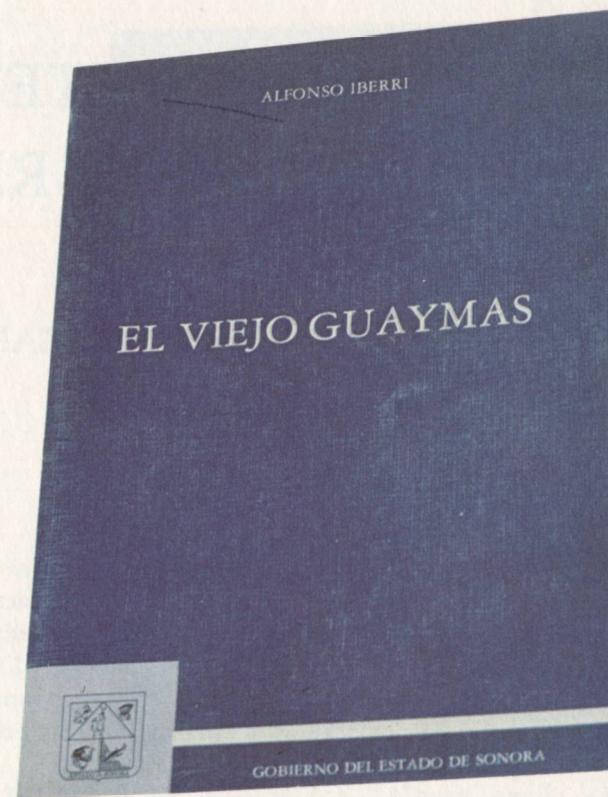
Es justo destacar, en esta edición del Gobierno del Estado, las artísticas ilustraciones a color obtenidas con la cámara de José Alcaraz, conocido vecino de Empalme fallecido hace pocos años.

1ª Ed. Guaymas, 1952;

2ª Ed. Editorial Jus, México, 1962.

"Alfonso Ibarri y el Viejo Guaymas", prólogo del Lic. Horacio Sobarzo. Fotografías de José Alcaraz. 258 pp.

3a. edición, 1982.



EL AUTOR

Nació en Guaymas el 16 de diciembre de 1877. Poeta y periodista destacado, no solamente en Sonora, sino también en la capital del país, donde dirigió *El Heraldo de México* (homónimo del que actualmente se publica), en la República de El Salvador y en varias entidades federativas de la República. Viajero incansable por Europa y América. Restableció su residencia en Guaymas, donde murió. Era director de la Biblioteca Pública Municipal, que hoy lleva su nombre.

LA COHETERA, MI BARRIO

AGUSTIN A. ZAMORA

En 1943, el Departamento del Distrito Federal invitó a todas las entidades federativas del país a participar, el año siguiente, en la IV Feria del Libro, con dos ejemplares de obras sonorenses. Para atender esa invitación, el Gobierno del Estado convocó al Concurso del Libro Sonorense, que se celebró desde entonces anualmente, hasta el siguiente decenio, a fin de escoger los dos mejores libros: uno en la rama pedagógica, y otro en la literaria.

En esta última triunfó *La Cohetera, mi barrio*, de Agustín A. Zamora, que fue editada y enviada a la Feria, donde obtuvo diploma.

La Cohetera es un clásico de la literatura sonorenses. El escenario es el barrio de Hermosillo, desaparecido ya ante el avance urbanístico, donde el autor nació y creció, vertió sus "primeras risas" y sus "últimas lágrimas" al cerrar los ojos de sus queridos padres, según dice en el muy breve prólogo de la primera edición.

Los personajes que desfilan por estas páginas no surgieron de su imaginación. Los condiscípulos y los maestros, los protagonistas de los pleitos entre pandillas, los novios, los jóvenes jugadores de beisbol, la muchacha desdichada que equivocó el camino o la que

pudo rectificarlo al reintegrarse al hogar con su crío, todos son seres de carne y hueso cuya realidad plasmó Zamora con pluma certera y afectuosa.

Hay pasajes de profunda ternura. Cuando habla de su madre, la remembranza se vuelve miel y arreboles.

"Parecía que mi madre trataba de que, como el niño de Belén, fuera yo el salvador de mi propia vida."

Las descripciones son precisas y sobrias: con dos trazos queda listo el retrato de un personaje:

"El dueño es un buen viejo, chaparrito, muy delgado por el abuso del tabaco, pues no apaga cigarro y por ende, sus gruesos bigotes, un tanto caídos estilo mongólico, están amarillentos por la nicotina."

"A eso de las ocho de la noche llega un tipo delgaducho y catrín, luciendo una gallarda rosa roja en la solapa de su americana. Brillan con las luces de las velas y de las lámparas sus zapatos de charol y su cabellera peinada a la melena."

Zamora impartió lecciones, aún no superadas y, por desgracia, rara vez aprendidas, de cómo reproducir el lenguaje del pueblo sonorenses al tiempo que describe las costumbres locales, sin dar la impresión de artificio:

"Por lo general no faltan ahí las trompadas..."

"Después de respirar gordo y asesar algo..."

"Por la mañana Chanito mató cochi para la tamalada y las mujeres de la casa y una que otra vecina acomedida, han estado atareadas en batir la masa..."

El cronista de la ciudad de Hermosillo, Gilberto Escoboza Gámez, que prologa esta edición, escribe:

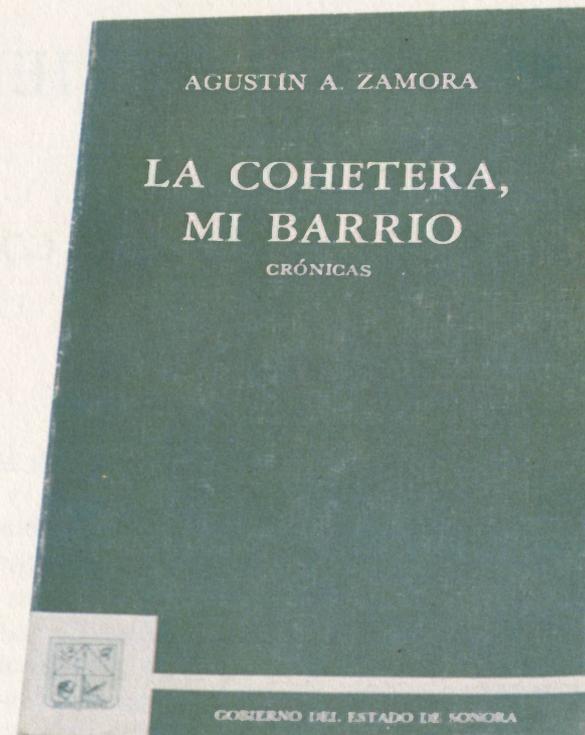
"A quienes nacimos en el viejo Hermosillo, los relatos de Agustín A. Zamora nos despiertan gratos recuerdos de infancia y juventud. Yo nací algunos años después del tiempo en el que ubica el autor sus narraciones, pero hemos de tomar en cuenta que en el barrio de La Cohetera se detuvieron las manecillas del reloj durante muchos años. Aún en 1940, la popular barriada seguía conservando su callejilla angosta, sus casas de adobe con techos de carrizo y 'el perfume de barro de sus bardas mojadas'. A la fecha, el barrio de La Cohetera no existe. La piqueta del progreso arrasó todo lo viejo y se han levantado ahí modernas residencias cuyos moradores han olvidado la ascendencia de la tierra que pisan."

Por su parte, Maribel Armenta Icedo, estudiante de letras de la

Universidad de Sonora, sugiere en un breve estudio un enfoque novedoso de la obra al advertir que "la tradición religiosa es un rasgo que está presente en todo el libro", y anota, como argumentos para sostener su punto de vista, las referencias que Zamora utiliza para señalar fechas: "8 de diciembre, día de la Purísima Concepción..." "Desde San Juan hasta principios de otoño..." También ejemplifica con el "Jesús me ampare" que siempre se halla presente "en boca de las viejas"; la invocación de "María Santísima... San Ramón Nonato... San Expedito...", para que vengan en auxilio de la parturienta, y el chismorreo cotidiano: "Qué grande es mi tata Dios, comadre...! Pero, Jesús, que se me queman los frijoles!"

Pese al realismo de Zamora, hay poesía en su obra, sin duda producto del amor con que vivió aquellos episodios y los plasmó luego en su crónica. Libra, pues, con éxito y gracia, el riesgo de la vulgaridad, y a las veces, de la grosería, que arrostran todos los que incursionan en el género.

2ª edición, 1982 (la 1ª edición, es de 1944). Prólogo de Gilberto Escoboza Gámez. 188 pp.



EL AUTOR

La cohetera mi barrio ganó el primer concurso del Libro Sonorense en 1944. Lamentablemente murió pocos meses después; nació y vivió en el barrio (ya desaparecido) que describe en su obra y estuvo dedicado al servicio público. Produjo algunas colaboraciones periodísticas. Nació el 3 de diciembre de 1900 y falleció el 27 de enero de 1945.

LA SIERRA Y EL VIENTO

GERARDO CORNEJO

El Gobierno del Estado contribuye, con la edición de esta novela, a la difusión de la narrativa sonorensa, sólo conocida, y no lo suficiente, en los límites de la entidad. El tema de la obra, por otra parte, está íntimamente ligado a la evolución sociológica dada en una región específica del Estado: el Valle del Yaqui, a partir del desplazamiento de los habitantes de la sierra hacia la planicie.

“Cornejo... —escribe Martha Elena Munguía, pasante de letras de la Universidad de Sonora— refleja una determinada visión del mundo: se presenta como un crítico liberal de la injusticia social en el país, al narrarnos la tragedia del hombre que se ve obligado a desarraigarse abandonando su tierra para emprender una penosa peregrinación en busca de lugares propicios para desarrollar su fuerza productiva, y sólo encuentra un pedazo de tierra árida, después de años de traumáticos procedimientos para conseguirla. El hombre sucumbe ante la fuerza y aspereza de la naturaleza, abandonado a sus rudimentarios instrumentos, en un mundo tecnificado; y he aquí la indignación de Cornejo: el campesino agota su vigor en aras de la supervivencia y el provecho lo obtienen otros que también tienen la técnica:

Por supuesto que no sería igual para todos, las masas de pobres irían al interior del llano a colonizar y comenzaría una vida

de sufrimientos sin fin que no pueden ser imaginados por los actuales habitantes del valle. Seríamos quienes desafiáramos el inmenso espinal: los que andaríamos descalzos sobre una tierra ardiente entre serpientes venenosas y alimañas intocables; los que quemaríamos amontonamientos de cactus al rayo de un sol de cincuenta grados. Tendríamos por años, que alimentarnos con iguanas y tomar líquido de cactus, atormentados por la sed...

Por su parte, la también pasante de letras, Cecilia Carvajal Burruel, escribe sobre la misma obra:

“El nivel autobiográfico que impera alrededor de la obra genera una linealidad en la narración de la misma; la historia se inicia en un rincón escondido de la Sierra Madre, un mineral cerca del pueblo de Tarachi. El mineral es cegado por incosteabilidad para los propietarios extranjeros, lo cual provocó la migración hacia nuevos horizontes, considerado para los sierreros como un desarraigo con la tierra.

“La linealidad dada en el sentido cronológico y espacial es vislumbrada en el momento de la partida de los personajes. Existe para ellos un presente con pasado inmediato en el que la felicidad es opacada por la forzada partida a la que se ven sometidos y por el aletargamiento en la lucha por la subsistencia.”

Martha Elena Munguía formula observaciones adicionales:

a) El lenguaje “es meramente descriptivo, aunque esto no quiere decir que sea la presentación objetiva de una realidad, sino que está totalmente cargado de connotaciones poéticas y emotivas, sobre todo cuando se detiene en la contemplación extasiada del paisaje”;

b) La novela constituye “un esfuerzo considerable en la historia de la literatura sonorensa para salir del esquema tradicional” aunque “no logra desprenderse totalmente de la tradición romántica”;

c) El “personaje” central de la obra, en torno de quien giran todos los demás, es la naturaleza, que “influye en el hombre, lo presiona, lo conforma y el hombre se enfrenta a ella, a veces la goza y en otras ocasiones lucha contra ella, la domestica para volver al encuentro original y puro”;

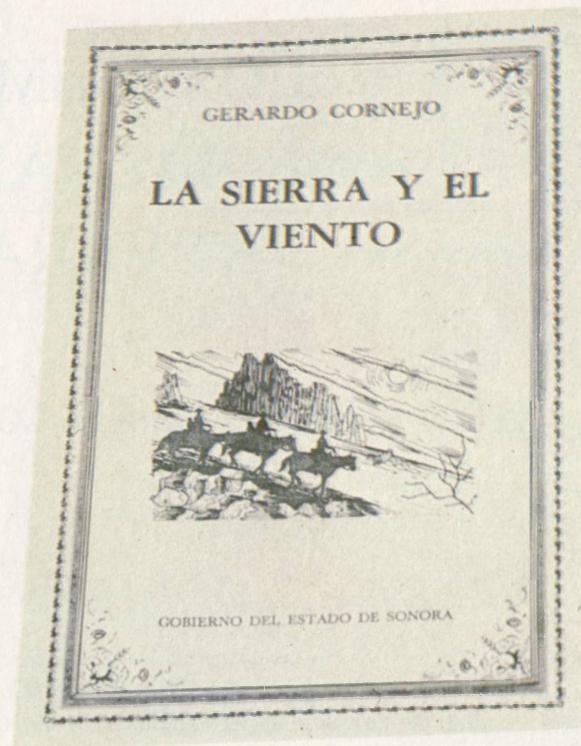
d) Pero los personajes propiamente dichos son “planos, con un solo aspecto mostrado a lo largo de la obra”. La joven crítica se queja de que no se sabe gran cosa de muchos de ellos. “Del padre —dice— nos presenta una visión idealizada, de un hombre recio y seguro que enfrenta a la vida, pero nunca tenemos un indicio de

conflicto psíquico y esto se interpreta como una visión burguesa-romántica de la vida y del ser humano”.

Lo cierto es que la novela alcanzó un éxito inusitado en nuestro medio y ha sido objeto, como se ha visto por los estudios antes citados, de diversos análisis. El Ayuntamiento de Cajeme ordenó una edición conmemorativa, posterior a la que aquí se comenta, así como la grabación de una frase de la obra en el monumento dedicado a los pioneros del Valle del Yaqui.

El mismo novelista, rector del Colegio de Sonora, ha dado su propia interpretación en entrevistas de prensa y radio, para completar la comprensión de este importante hito en la historia de nuestra literatura.

1ª edición, 1977. 2ª edición, 1982.
188 pp.



EL AUTOR

Originario de la sierra sonorense, causa fundamental de sus luchas, Gerardo Cornejo cursó estudios elementales y superiores en Cajeme y Hermosillo, y los completó en la ciudad de México. Ha realizado viajes de estudio por varios países de Europa y Asia. Desde 1982 es rector del Colegio de Sonora, cuya organización le encargó el Gobierno del Estado.

LOS TIEMPOS DE SALVADOR ALVARADO

JUAN ANTONIO RUIBAL CORELLA

Con la seguridad que le da su preparación en las disciplinas históricas, el abogado y notario Juan Antonio Ruibal Corella, autor ya de media docena de libros y un número mayor de ensayos, artículos y discursos especializados en la materia, penetra —y nos hace penetrar— en el mundo de Salvador Alvarado.

Atendiendo la convocatoria del Gobierno del Estado de Yucatán, en 1980, para tomar parte en un certamen sobre la vida y el pensamiento de Alvarado, el licenciado Ruibal produjo esta obra que mereció el primer premio.

Es interesante que el trabajo de un sonorenses —como también se consideraba Alvarado, aunque hubiera nacido en Culiacán, por haberse formado en nuestra entidad— haya cruzado el territorio de la República para ir hasta Mérida a cantar las cualidades singulares del insigne militar, quien viajó, asimismo, a la lejana península, para sembrar sus ideas revolucionarias y levantar una rica cosecha de realizaciones.

La obra aborda, de entrada, la actividad bélica de Alvarado, a las órdenes del general Alvaro Obregón, que alcanzó niveles relativamente modestos. Pero luego, cuando por órdenes de Carranza bate a los infidentes en el sureste, entra a la Ciudad Blanca el 19 de marzo de 1915 y se hace cargo del gobierno de Yucatán, la auténtica personalidad de Alvarado aflora impetuosamente y brilla su hasta entonces desapercibida visión de estadista.

Con justa razón, el autor califica de “reformador de Yucatán” a quien introduce nuevas modalidades en el estilo de gobernar, en la educación —construyó más de mil escuelas y fundó el Ateneo Peninsular, la Escuela Normal, el Conservatorio de Música, entre otras instituciones—, en la legislación —promovió el Primer Congreso Feminista y expidió las leyes Agraria, del Trabajo, Orgánica de los Municipios, de Hacienda y del Catastro— y en la economía —dio una sana orientación a la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén que, junto con la Compañía de Fomento del Sureste de México, S. A., fueron las primeras paraestatales de México.

Prueba clara de cuánto se adelanta a su tiempo Alvarado, es el artículo 94 de la ley que norma la actividad municipal y previene la posibilidad de que dos o más municipios integren consorcios para resolver problemas comunes.

“¡Qué benéfico fuera el llevar a la práctica este sistema, pues a menudo ocurre que en un país con regiones tan pobres como el nuestro se desperdician lastimosamente tiempo, esfuerzos y recursos. .!” Formula este deseo Ruibal Corella, que escribe su obra en 1980, acaso sin imaginar que a fines de 1982 el Poder Ejecutivo Federal promovería la reforma del artículo 115 constitucional e introduciría, entre otras, la norma que comenta.

El historiador divide su libro en “tres tiempos”, que corresponden, respectivamente, a la acción militar de Alvarado, a las profundas huellas que dejó plasmadas en Yucatán y a su ocaso. En este último, pone de relieve las circunstancias ejemplares en que hizo entrega del gobierno, incluyendo un fondo de cinco millones de pesos en monedas de oro; destaca su adhesión al Plan de Agua Prieta y da cuenta de su fin “oscuro y artero” a consecuencia de su participación en la revolución delahuertista.

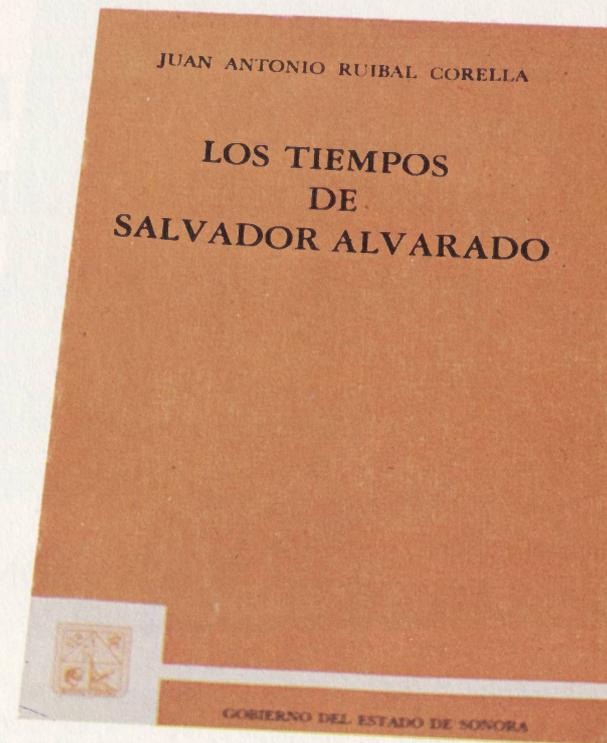
De acuerdo con la estructura que acostumbra dar a sus obras el licenciado Ruibal, dedica el Epílogo a asentar conclusiones a partir de las premisas que ha distribuido en los capítulos precedentes.

Está de acuerdo en que Alvarado practicaba el socialismo utópico, pero subraya que mientras los proyectos de otros seguidores de esa doctrina se quedaron en eso, en proyectos, los del culto general se aplicaron, teñidos de fuerte nacionalismo, en la tierra que le tocó gobernar.

Encomia las virtudes de Alvarado: la honestidad, la justicia y el cumplimiento del deber, y su rechazo a la irresponsabilidad, la incultura, la holgazanería, la falta de solidaridad y, de manera especial, la corrupción. Llegó al extremo, cuenta el autor, de haber impedido que uno de sus hermanos se fuera a radicar a Yucatán para evitar la sospecha de que hacía negocios al amparo del poder que se le había confiado.

Ruibal Corella lamenta que haya estado injustamente postergada la memoria "de este singular sinaloense por nacimiento, sonorenses por formación y yucateco por vocación", y pide, finalmente, que se reivindique "para análisis y provechoso aprendizaje de los jóvenes de hoy"

1ª edición, 1982, 146 pp.



EL AUTOR

Ver la nota correspondiente a Plutarco Elías Calles, estadista y patriota.

LAS GUERRAS CON LAS TRIBUS YAQUI Y MAYO TOMO I

FRANCISCO P. TRONCOSO

Tan sobrio como su título es el contenido de esta obra, publicada en dos tomos, que cubren nada menos que 373 años de la agitada relación gobierno-indígenas yaquis y mayos.

Los integrantes del gobierno cambiaron de rostro varias veces. Por ello, el autor divide su obra en cuatro etapas: el tiempo de la Conquista, de 1529 a 1610; la Colonia, de 1611 a 1821; la Intervención, de 1822 a 1866, y la Moderna, de 1867 a 1902.

Troncoso considera que las guerras habían durado, en realidad, para el año en que cierra su relato, 279 años, si se toma en cuenta que hubo algunos intervalos de paz, el mayor de ellos, de 85 años. El lector contemporáneo sabe ahora que hubo otros episodios de guerra y que la paz verdadera y definitiva se logró hasta el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas. Pero los diversos medios de co-

municación —libros, periódicos, testimonios personales de quienes protagonizaron los hechos y viven aún— facilitan el conocimiento de la historia reciente.

No había sucedido lo mismo con la del pasado, enturbiada a veces por la pasión regionalista que tomaba la defensa de los indígenas o por la que los denigraba en aras del prejuicio. No se encuentra, la crónica de Troncoso, totalmente desprovista de pasiones. A veces afloran éstas aún de manera involuntaria, como cuando cuenta que "en el mes de febrero hubo un incidente que le da su colorido a esta campaña".

El "incidente" fue nada menos que la terrible, inhumana masacre que el 12 de febrero de 1868 hicieron las fuerzas del gobierno en más de 400 yaquis encerrados, inermes, en la iglesia de Bácum, con el pretexto de que algunos habían pretendido fugarse.

Sin embargo, en general, Troncoso conserva la fría objetividad de los partes militares —lo era él mismo—, que le sirven de fuente fundamental para reseñar las acciones de guerra durante las últimas décadas del siglo pasado.

Inicia el primer tomo con una sintetizada descripción geográfica de Sonora, así como de sus tribus, incluidos yaquis y mayos, lo que le permite entrar en materia de acuerdo con el anunciado plan de las cuatro etapas, que desarrolla con riguroso orden cronológico.

Pronto surgen lo que serían tentaciones para historiadores temperamentales: el caso del indio Cajeme y la caída del gobernador Carlos R. Ortiz. Libra Troncoso los dos escollos: el primero, remitiéndose a la biografía del jefe yaqui escrita por el gobernador Ramón Corral (ver *Obras históricas* de Corral, en esta colección); el segundo, mediante la escueta inserción de los mensajes que se cruzaron el general Bernardo Reyes y Ortiz, así como otros documentos alusivos, con lo que invita al lector a que saque sus propias conclusiones.

No se crea, por esto, que nos hallamos ante una fría enumeración de hechos. Del dramatismo propio de éstos se desprende la chispa que hace brotar el interés y lo mantiene en vilo. Las comunicaciones que intercambian el gobernador Ortiz y Reyes, por ejemplo, marcan por sí solas, sin necesidad de comentarios, el ritmo con que se fueron deteriorando las relaciones entre ambos personajes. Así, el respeto ceremonioso con que el general trataba al civil se

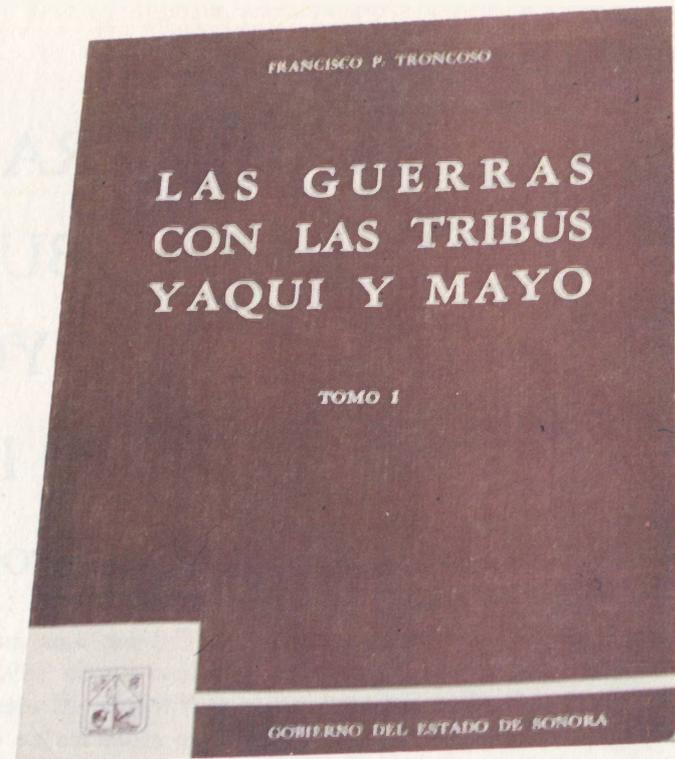
desvanece a lo largo de las cincuenta páginas que ocupa el caso, hasta que Reyes llama a su rival, en una carta al presidente Manuel González, "joven inexperto y vehemente" de "extremada ligereza".

Por otra parte, en los informes de Reyes hay datos que ilustran sobre el origen de las guerras: "Por una parte, el instinto de salvaje independencia, propio de esa raza, y por otra, los innumerables males que la tribu a que hago alusión sufrió del gobierno del señor Ignacio Pesqueira en las diversas correrías que dicho funcionario dispuso se hicieran en su contra".

Inevitablemente, se ocurre pensar que muchos otros jefes, a lo largo de siglos, ocasionaron males a la tribu con sus correrías y fueron exacerbando aquel "instinto de salvaje independencia".

Las guerras transcurren con altas y bajas, convenios de paz y violación de los mismos, movimiento de tropas sofocadas bajo el sol inclemente de verano, indios yaquis y mayos cada vez mejor organizados pero, también, cada vez más diezmados.

El 12 de abril de 1887, el gobernador Luis E. Torres y el general Angel Martínez, que dirigía las fuerzas del gobierno, consideran que han encontrado la llave del triunfo definitivo pues los han



enterado del paradero de Cajeme. Lo atrapan. El 22 sale un vapor de Guaymas hacia el río Yaqui, con el indio Cajeme. El 23 se le comunica al general Martínez que en un punto llamado Tres Cruces, Cajeme intentó huir y, para evitarlo, le dispararon varios tiros que le causaron la muerte.

El soldado que siempre hubo en Troncoso olvidó aquí que seguía la biografía de Corral, para quien no hubo tal intento de fuga, simplemente, Cajeme fue pasado por las armas, y no el 23 de abril, sino el 25.

Este primer tomo, que se cierra en 1890, termina con la aparición de ciertos extraños individuos en la tribu mayo: los santos. Son seguidos por numerosos creyentes, hasta que uno de ellos, o mejor dicho, una, polariza todos los fanatismos y, aparentemente sin proponérselo, invita a los indios a que se levanten contra sus enemigos tradicionales.

LAS GUERRAS CON LAS TRIBUS YAQUI Y MAYO TOMO II

FRANCISCO P. Y TRONCOSO

Surge entonces Teresa Urrea, la Santa de Cabora. Los mayos que se sublevaron con tremendo ímpetu en la primavera de 1892, le lanzan vivas mientras atacan a San Ignacio y Navojoa. El ejército la detiene junto con su padre y, cautivos, aunque rodeados de consideraciones, son llevados primero a Cócorit y luego, a Guaymas. Al mismo tiempo, las rebeliones se aplastan a sangre y fuego.

Para entonces, los yaquis han afinado sus tácticas de lucha. Forman guerrillas que dan golpes aislados, pero constantes, y desaparecen luego. En su búsqueda, los soldados llegan a los ranchos donde, están seguros, se han refugiado los alzados. Pero éstos se confunden con los indios pacíficos y fingen que no han hecho sino trabajar en el campo.

Por su parte, los jefes militares gestionan fuerzas adicionales para impedir que esos indios entren a la sierra y se reorganicen. Simultáneamente, las autoridades civiles comienzan a aplicar lo que a la postre se convertirá en la gran solución al problema: reparten tierras a colonos llegados de otras partes del país y del extranjero, para ir rodeando a los indios.

En 1895 se calculaba que sólo había unos 400 indígenas sobre las armas, pero con su sistema de guerrillas era imposible exterminarlos.

Sin embargo, al año siguiente el sucesor de Cajeme, Juan Maldonado "Tetabiate", da señales de inclinarse a la paz. No hay otro remedio, puesto que la tribu se encuentra en la miseria.

Después de largas negociaciones, durante las cuales se envían víveres a Tetabiate, éste accede a pactar la paz en Estación Ortiz. Pero maniobra hasta el último momento. Aunque el día fijado para la ceremonia, el 14 de mayo de 1897, el gobernador Torres se encuentra puntualmente en el lugar de la cita, Tetabiate no acude. Dice que la ceremonia debe ser en La Misa. Es necesario ir por él pero, al fin, el acta de sumisión se firma el 15. Todo el mundo respira aliviado con un esperanzador: "¡Al fin!"

Empero, la paz no ha sido más que una nueva estrategia de Juan Maldonado, que aprovecha el intervalo para hacer acopio de víveres y ganado en pie, así como armas y municiones. Un brote rebelde en Bácum, que el mismo Tetabiate ayuda a sofocar, lo que aleja de él, momentáneamente, las sospechas, y otro en Vicam, dan la señal de alarma. El 25 de julio de 1899, a veces bajo sol inclemente, a veces marchando en el lodo, las columnas del ejército emprenden nuevas batidas contra los indios. Se aumentan los efectivos de las tropas. De hecho, se emprende una guerra de exterminio, de tal manera que los 900 guerreros indígenas, sublevados al iniciarse el año de 1900, a fines del mismo sólo llegan a 300. No obstante, en 1901 hay levantamientos en los distritos de Ures y Hermosillo. Se les combate, y en julio cae para no levantarse más, en la sierra del Bacatete, el jefe Tetabiate.

Todavía hay sublevaciones a fines de ese año y en el curso del siguiente, pero el autor considera —sin saber, anotábamos, que aún quedaban algunas décadas de lucha— que el problema se ha reducido a unas cuantas partidas de rebeldes.

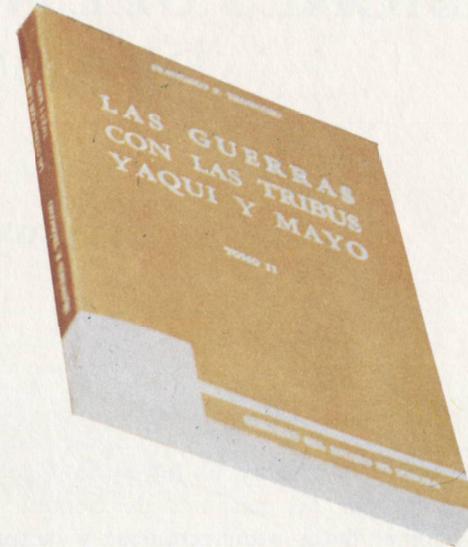
En sus conclusiones finales, observa que se hayan empleado tantos medios halagüeños para meter al orden a los yaquis, sin éxito, pero no las tres verdaderas soluciones del problema:

- 1o. La guerra de exterminio para todos los alzados;
- 2o. La dispersión de la tribu en varias partes del país;
- 3o. La colonización del Yaqui.

Considera que las dos primeras son inhumanas, y que la tercera no ha podido realizarse en vista de la inseguridad causada por las mismas guerras.

Michel Antochiw, que escribe el excelente prólogo de la obra, señala que si se han llevado al cabo las tres medidas, y recuerda que los yaquis llevados a Yucatán eran vendidos a 65 pesos cada uno "para recuperar los gastos de la guerra". Por lo que toca a la tercera, pregunta con amargura: "¿Cuál ha sido la idea de civilización? Es que antes, se había olvidado hacer la diferencia entre el amor a la tierra y el amor al provecho que se saca de ella".

Tercera edición, 1982-83
(1ª Ed. 1905; 2ª Ed. 1977 Instituto Nacional Indigenista). Tercera edición, 1982-83. Prólogo de Michel Antochiw. 1er. Tomo 292 pp. 2º Tomo 268 pp.



EL AUTOR

Francisco P. Troncoso fue un militar de carrera. Participó, con grado de teniente coronel, en la batalla de Puebla, lo que le sirvió, no sólo para probar la habilidad de su espada sino también la de su pluma: escribió entonces el *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla*. Posteriormente recibió el apoyo de la Secretaría de Guerra y Marina para escribir la presente obra y tuvo acceso a las fuentes oficiales fundamentales.

MISIONES DEL NORTE DE SONORA

ARTHUR WOODWARD

En 1935, Arthur Woodward y el fotógrafo George Grant realizaron un recorrido por las misiones de Sonora, con el objetivo principal de "obtener datos arquitectónicos y culturales que pudieran proporcionar bases para una posible restauración de parte del monumento nacional de Tumacácori, una de las edificaciones de la cadena de misiones de Kino, y que permitiera a técnicos y arquitectos de los museos hacer las más exactas exhibiciones para el proyecto del nuevo museo de Tumacácori", según explicación del autor.

Este libro contiene el informe rendido por Woodward y las fotografías de Grant, y se publica casi cincuenta años después.

El recorrido que siguieron fue el siguiente:

San Ignacio de Caborica, Santiago de Cocóspera, Santa María Magdalena, Altar, San Antonio de Oquitoa, San Francisco de Atil, Santa Teresa, Nuestra Señora de la Concepción de Caborca, San Diego Pitiquito, San Juan de Bisani, San Pedro y San Pablo de Tubutama, Los Santos Reyes de Cucurpe.

Como lo señala en el prólogo el reverendo Charles W. Polzer, del Arizona State Museum, hay que tomar con reserva algunas

observaciones de esta obra, puesto que en las décadas recientes se han aclarado algunos que en aquella época eran misterios, tal el paradero de los restos de Kino, entre otras que señala el citado historiador.

Ha cambiado también la situación de abandono en que se encontraban los edificios misionales. "Ahora todo es desolación en Cocóspera —escribe en 1935 Woodward—, las avispas son los únicos seres vivientes que habitan las ruinas. El sitio está envuelto en una manta espinosa de mezquite y cactus. En el ancho valle abajo están los campos y potreros de los rancheros modernos".

En la actualidad, los viajeros que pasan por la carretera Imuris-Cananea contemplan, en lo alto de una colina, a los afanosos técnicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia empeñados en restaurar lo que queda del templo. Es verdad que los restos son aún más pobres que los que Grant captó con su cámara hace cincuenta años, pero sin duda las fotografías tomadas entonces tienen utilidad práctica ahora.

También dice, cuando nos habla de Caborca:

"Ahora la iglesia es una triste ruina. La mitad de la espléndida estructura, que está sólidamente construida de piedra y ladrillo quemado y bien emplastada por dentro y por fuera, tiene una fachada elegante y dos sólidos campanarios que han sido destruidos por el río. La corriente que en cierta época del año espuma hacia abajo la masa arenosa, se ha comido el altar principal y toda la estructura que una vez estuvo en la parte posterior del edificio."

Sin embargo, el templo fue primorosamente restaurado y embellecidos sus alrededores y constituye, como joya arquitectónica y como sitio histórico, un orgullo para los sonorenses.

Woodward describe con precisión su itinerario, el estado de los edificios, los sistemas de construcción e inclusive las peculiaridades de algunos vecinos a quienes se ve obligado a pedir ayuda.

Sin proponerselo, da cuenta de ciertas situaciones conflictivas que aquel año afectaban a la entidad. Así, "cuando estuvimos en Magdalena —cuenta, al referirse a esta escala del viaje—, todos los oficiales que regularmente estaban ahí asignados habían huido del pueblo por temor a los asesinatos. No había presidente ni jefe de policía. Los soldados federales cuidaban la oficina de correos, el telégrafo y la casa municipal".

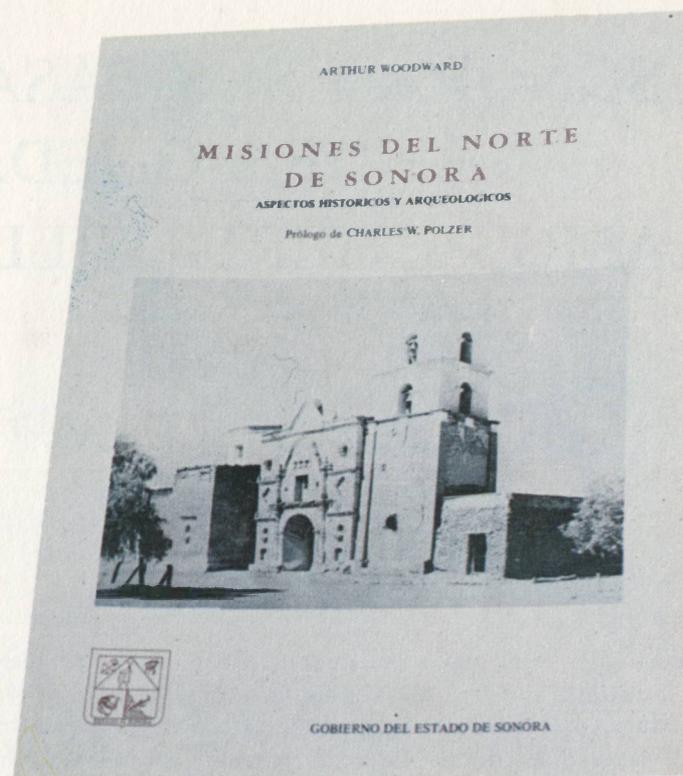
Se había registrado un brote de rebeldía, por motivos políticos, que el ejército controló con cierta facilidad.

Es justo dedicar unas líneas a las fotografías. De hecho, constituyen la mitad del interés que inspira este libro, pues las imágenes refuerzan considerablemente el texto. En algunos casos, Woodward refuerza, a su vez, a las fotografías, con planos y dibujos inspirados en documentos y en sus observaciones directas.

Grant cobró fama y prestigio después de esta excursión, dice el padre Polzer. Y se comprende. Con genio artístico indudable, supo captar la luminosidad de las albas construcciones bajo el vivo sol de Sonora. Algunas de sus fotos, como la de la misión de San Ignacio de Caborica, para nuestro gusto, son excelentes.

Fotos y textos nos hacen recordar, pese a los avances logrados de 1935 a la fecha, que la prehistoria de Sonora guarda aún muchos secretos por develar.

1ª edición, 1983. Prólogo de Charles W. Polzer. Fotos de George Grant. 136 pp.



EL AUTOR

Arqueólogo e historiador norteamericano, vino a Sonora con otros miembros del Servicio de Parques Nacionales del Gobierno de los Estados Unidos para realizar su investigación. Es uno de los expertos extranjeros que más han penetrado en el estudio de la época colonial en Sonora y Arizona.

SONORA Y SUS CASAS DE MONEDA. ALAMOS Y HERMOSILLO

ALBERTO FRANCISCO PRADEAU

De la mano del distinguido guaymense desaparecido en años recientes, humanista a quien se reconoce como el Padre de la Numismática Mexicana, doctor Alberto Francisco Pradeau, penetramos al mundo maravilloso de las casas de moneda: las que el siglo pasado se establecieron en Hermosillo y Alamos.

El autor nos lleva, primero, al vestíbulo de este mundo: las épocas precolonial —la numismática se despereza apenas y asoma sobre las operaciones de trueque—, la Colonia —durante la que se pensó establecer una casa de moneda en Arizpe, si bien no llegó el equipo necesario para concretar el proyecto—, la imperial —hay opiniones en el sentido de que las casas de moneda estuvieron cerradas en esta época, pero el autor demuestra lo contrario—, y la republicana —durante la cual se desarrollan con variada intensidad las tareas de troquelación que se reseñan.

La Casa de Moneda de Hermosillo fue concluida por don Leonardo Santoyo, y entregada con el equipo adecuado el 27 de mayo

de 1835, en cumplimiento del contrato firmado con el gobierno y aprobado por el Congreso el 29 de septiembre de 1831. Se encontraba ubicada "en un terreno al extremo poniente de lo que es hoy la avenida Aquiles Serdán", según datos del autor. Daba frente al norte, sobre la calle a la que prestó su nombre: la Calle de la Moneda; y a la plazuela que por aquel tiempo existía, se le llamó Plaza de la Moneda, aunque de ésta no existen indicios.

Al ser construido el Hotel Arcadia, en los años 1902 y 1903, la parte oeste de la plaza fue cedida para que la ocupase la parte posterior del local. Éste se incendió el 27 de julio de 1924. El terreno se encuentra ocupado hoy por el Hotel San Alberto.

Por lo que toca a la Casa de Moneda de Alamos, "la más prolífica en el Estado", se hallaba en el gran caserón de la calle de las Flores —después llamada Casa del Ángel, no por motivos religiosos sino en homenaje a una bella muchacha que vivía por el rumbo— y el callejón de la Casa de Moneda. El tiempo, el abandono y las lluvias terminaron con este inmueble, que se derrumbó en 1927. En 1947 se inauguró allí la escuela Paulita Verjan, que todavía se encuentra en funciones.

De ambas casas nos cuenta el doctor Pradeau el tipo, valor y otras características de las monedas que acuñaban y los motivos para que se fabricaran en el Estado. Las vías de comunicación eran entonces, si las había, muy deficientes, y tal factor, combinado con los alzamientos de los indios, casi permanentes, ponía en peligro de pérdida el envío de lingotes al centro del país.

Consigna el Padre de la Numismática Mexicana, asimismo, las leyes que autorizaban la acuñación y explica cómo, desde entonces, un tipo determinado de moneda podía causar impactos positivos o negativos en la economía general. Así, las de cobre deterioraron, al presentarse en alud, el nivel económico de la entidad.

El acucioso investigador y coleccionista incluye las fotografías de las monedas fabricadas en Sonora y un apéndice con 42 documentos, fundamentales para el estudio del tema.

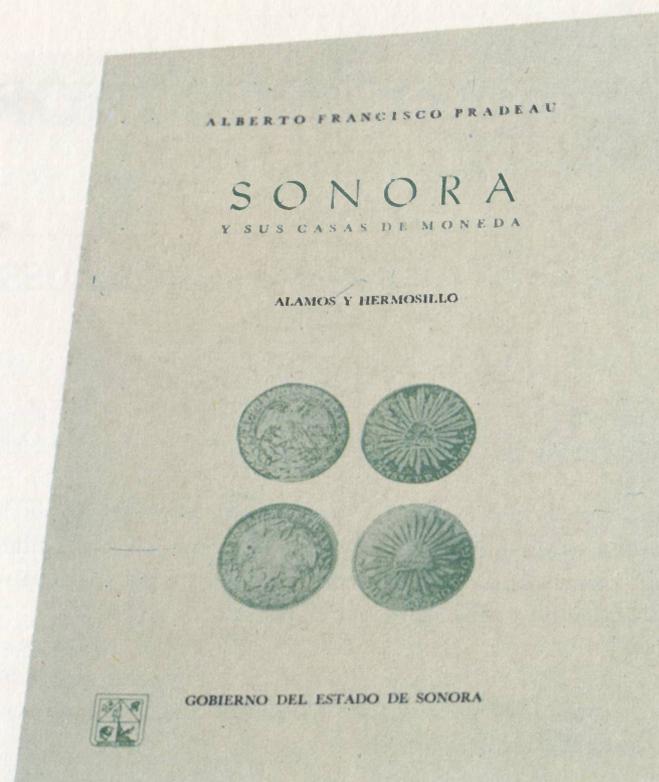
Las fotografías, impresas en papel couché para que no se pierdan los detalles exquisitos de los originales, permiten apreciar los símbolos, fechas, leyendas y valores asignados a las monedas: un octavo de real, una cuartilla, etcétera, tanto en las de cobre como en las de plata. Entre las primeras, se cuenta la única de octavo de

real que se conoce, mostrada en la segunda edición (1971) del *Catálogo sobre monedas mexicanas*, de T. V. Buttrey y Clyde Hubbard.

El libro que intentamos reseñar aquí, en apretada síntesis, fue publicado por vez primera en inglés, en 1934, por The American Numismatic Society, de Nueva York, con el título *The Mexican Mines of Alamos and Hermosillo*. Algunos ejemplares se encuentran en la Colección del Noroeste de la Biblioteca Central de la Universidad de Sonora.

Los editores de la presente versión se han complacido en añadir la fotografía —anverso y reverso— de la medalla conmemorativa, en oro, plata y latón, que la Sociedad Numismática de Sonora, A. C. mandó acuñar a la Casa Laurentius, para honrar la memoria del insigne sonorenses Alberto Francisco Pradeau.

2ª edición en español, 1983. (La 1ª es de 1959). Semblanza del autor, por Carlos Lucero Aja. 226 pp.



EL AUTOR

Nació en Guaymas el 15 de mayo de 1894. Realizó sus estudios elementales en Alamos y Hermosillo. Al estallido de la revolución se incorporó al villismo, y a la derrota de éste, se vio obligado a exiliarse. Cursó estudios universitarios y obtuvo su título de medicina en los Estados Unidos, donde residió desde entonces, aunque entregado siempre a la investigación de la historia y la numismática de su patria. Recibió un testimonio de honor en Sonora, en 1977, y falleció tres años después.

SONORA

JORGE RUSSEK

Este hermoso libro de estupenda impresión, empastado en tela, muestra en una gran serie de fotografías en color —ocasionalmente contrastadas con el sepia que sugiere la nostalgia del pasado—, el rostro contradictorio y polifacético del Estado de Sonora.

Las grandes obras de riego, el desierto, la región volcánica del Pinacate, los campos de trigo y algodón, las misiones, los centros urbanos, los litorales, el paisaje todo de la entidad, han sido captados por la cámara sensitiva de Russek.

El equipo que se integró para llevar al cabo esta obra, localizó antiguos documentos y fotografías de sonorenses distinguidos, que aportaron esfuerzos singulares, no sólo al progreso de la entidad, sino del país entero; tales los casos, entre otros, de don Adolfo de la Huerta y de los generales Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón y Abelardo L. Rodríguez. Los cuatro se encuentran captados en momentos trascendentales que, pese a su fugacidad, adquieren permanencia para siempre en este álbum.

Igualmente se rinde homenaje a los pioneros Eusebio Francisco Kino y Juan Bautista de Anza, que abren los caminos de la civilización, el primero, en la confusión original de las almas; el segundo, en el terreno abrupto de Sonora y Arizona, caminos, aquéllos y éstos, ampliados cada vez más por los sonorenses contemporáneos.

En muchos sentidos, el libro es también un canto al trabajo. Imposible soslayar cuán impresionantes son las imágenes tomadas en las diversas fuentes de actividad en el Estado: la explosión gigantesca que arranca al seno de la tierra la riqueza de sus metales; los vastos campos agrícolas, uno de los cuales, con doradas espigas de trigo, aparece en la cubreportada del libro; las limpias granjas porcícolas y las reses saludables y robustas, así como el charro varonil que intenta someter al bruto y las manos hábiles del que ordeña la leche nutritiva; el pescador curtido por el aire del mar, los barcos surtos en puerto —Guaymas, Peñasco, los principales— y el gran número de mujeres que seleccionan el camarón que habrá de ser exportado; el interminable desfile de aves, en locales acondicionados con los modernos adelantos de la industria, que alcanzan una formidable producción de huevo y carne; en fin, los múltiples atractivos turísticos que desde siempre ofrece al visitante Sonora, con la pesca, las regatas, los días de campo y prácticamente todos los deportes.

Los textos, breves y enjundiosos —de Laura Salinas, Gabriela Becerra y Juan Ignacio Piedras— ilustran sobre los niveles de producción alcanzados en esos rubros, algunos, primeros lugares nacionales, y proporcionan información valiosa para entender la creación y desenvolvimiento de los municipios más importantes.

Se insertan algunos corridos y fragmentos de cantos, en los cuales el alma popular ha plasmado episodios que alientan y fortalecen las tradiciones y que han rebasado a veces, como en el caso del corrido de la Cárcel de Cananea, las fronteras de la entidad.

“El libro —se advierte en las solapas— no pretende agotar la temática de una región tan amplia y diversa. Las notas que acompañan las fotos, sólo aspiran a situarlas en el tiempo histórico y el espacio geográfico, informando sobre la realidad social y económica de una colectividad en pleno desarrollo... No se han escatimado los recursos del arte tipográfico porque, repetimos: éste es un libro de imágenes, para darle vuelo a la imaginación”.

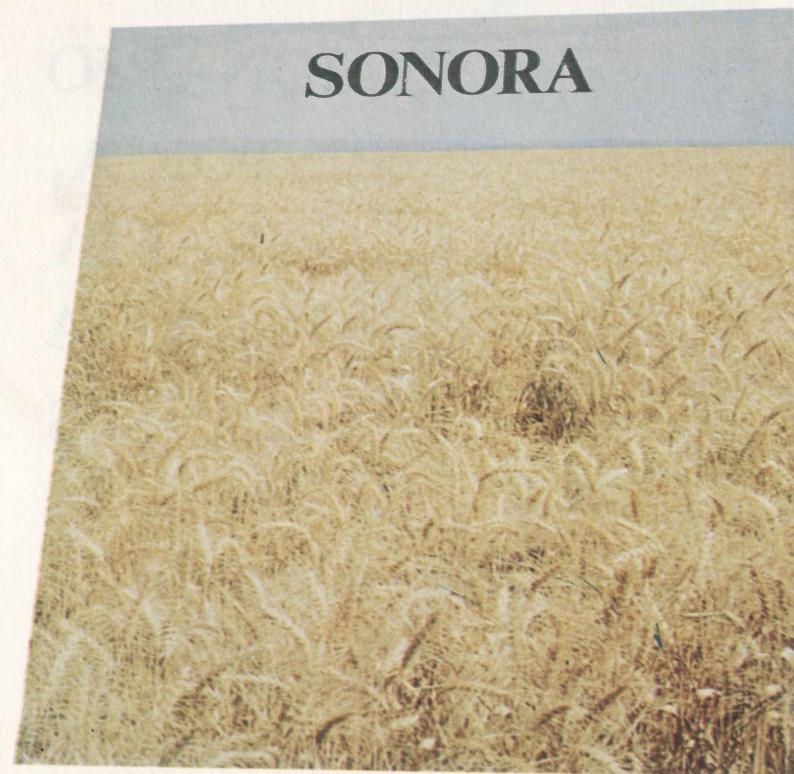
Se incluyen, en las solapas, orientaciones importantes para profesionales y aficionados del arte fotográfico. Russek explica que usa en sus cámaras “películas de baja sensibilidad, rechaza el artificio de los filtros y obtiene los tonos cálidos o fríos, sin alterar la luz natural de los cielos sonorenses”.

En los forros interiores aparece, al principio, un mapa anónimo de principios del siglo xvii (“Nouveau Mexique”), cuando algunos

creían que la California era una gran isla; al final, un mapa, también anónimo, fechado cien años después, en el que se advierten las poblaciones principales del Estado, aunque a muchas se les ha puesto el nombre con que las conocemos en la actualidad, como es el caso de Ciudad Obregón.

Por la calidad de este libro, constituye un orgullo añadirlo a cualquier biblioteca, y utilizarlo como carta de presentación del Estado ante los ojos de quienes no lo conocen todavía.

1ª edición, 1982. 238 pp.



EL AUTOR

Nació en Guaymas en 1932 y trabajó en los ranchos ganaderos de su abuelo. Cursó estudios en The Harvard Military Academy y se dedicó, durante un tiempo, a la siembra de algodón. Inició su carrera cinematográfica en 1950 en la ciudad de México, actividad en la que ha conquistado varios premios. Su convivencia con los técnicos del cine lo llevaron a convertirse en fotógrafo profesional.

DICCIONARIO DE HISTORIA, GEOGRAFIA Y BIOGRAFIA SONORENSES

FRANCISCO R. ALMADA

Francisco R. Almada es un escritor nacido en Chínipas, Chihuahua —aquí, junto a la frontera sonoreña—, gran conocedor de nuestra historia. Vino en 1947 especialmente para realizar la investigación que dio como resultado este libro, prologado en su presente edición por Alfonso Escárcega, cronista de la ciudad de Chihuahua y varias ocasiones presidente de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos.

El *Diccionario* recibe este nombre porque la consignación de los principales hechos históricos, desde el origen de Sonora, las biografías de los personajes, los datos geográficos más destacados de los municipios, la información sobre las actividades productivas, se proporciona por orden alfabético.

Pese a que los métodos de investigación y las ventajas tecnológicas —grabadoras, fotocopias, microfilmes, archivos— que ahora se conocen, no estaban suficientemente desarrolladas a fines de los cuarentas, la obra de don Francisco Almada no ha sido superada. Aunque vive aún en el Estado de Chihuahua y, en teoría, pudo haber actualizado el texto, su edad y su retiro casi total no permitieron considerar esta posibilidad.

Sin embargo, la reedición de este libro, tal como apareció en la fecha ya citada, posee el mérito de mostrar al público contemporáneo la frescura del original.

Humberto Payán Franco, que en 1977 publicó un estudio biográfico sobre don Francisco, ha acertado al llamarlo —y ése es el título de su libro— *testigo del tiempo*. En el breve prólogo se encuentra otro calificativo que también podría haber sido un buen nombre para su biografía: “Esclavo de su vocación”.

En manera alguna sentimos a Francisco R. Almada extraño a Sonora. La proximidad de Chínipas y el amor y la dedicación con que se entregó a su tarea de investigador, en Hermosillo y otros municipios de Sonora, han hecho del suyo un nombre familiar en el Estado. Además, en Sonora aprovechó métodos ya probados cuando vino a realizar su trabajo: había escrito ya el *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense* (1928) y el *Diccionario de Colima* (1939). Por otra parte, había desempeñado, entre otros puestos, el de delegado a la convención de límites de Chihuahua y Sonora en los años de 1934 y 1935, y como consecuencia de ello, se había documentado con profundidad en la historia de nuestra entidad.

En su tiempo, y aún ahora, la obra de Almada ha sido controvertida. El licenciado Antonio Ortiz Mena refuta, en el libro de Juan Antonio Ruibal dedicado al ilustre tío aquel —“Carlos R. Ortiz, el federalista”—, los datos relativos al nacimiento y defunción de su pariente; el profesor Alfonso Acosta, historiador nogalense, lo hace por cuanto al lugar en que vio la luz el ingeniero Ignacio Bonillas —no en Hermosillo, sino en un poblado cercano a Nogales—. Pero los aciertos son considerablemente más numerosos que las objeciones. Lo demostró la rapidez con que se agotó la primera edición de 1952, que en poco tiempo se convirtió en una rareza bibliográfica.

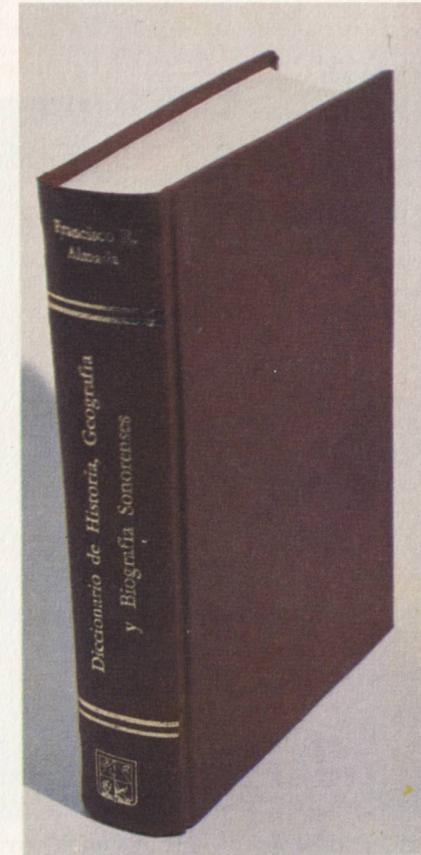
El libro que se comenta posee, además de su valor intrínseco, fundado en su abundante, sistematizada información, la ventaja de

que puede utilizarse como punto de partida para una obra contemporánea que añada, a la lista de personajes destacados del pasado, los que hasta el presente han contribuido a enriquecer la cultura, la política y la economía de la entidad, así como los datos estadísticos y las explicaciones sociológicas necesarias para entender el poderoso desarrollo de esta parte de la República.

“El Diccionario de Almada es un hermoso ejemplo de tenacidad, de paciencia, de un sano y noble interés por conocer la tierra de sus ancestros y por compartir el producto de sus estudios; representa el triunfo de la investigación movida por sólo un interés patrio, frente a la investigación inducida con fines personales, políticos e ideológicos”, sostiene la Sociedad Sonorense de Historia, que con gusto aceptó el honor de firmar la primera página de este volumen.

Hay que subrayar que el libro, si bien fruto de erudición, no ha desembocado en una redacción farragosa, temible para el profano, pues el autor ha tenido el tino de incluir sólo información fundamental matizada con la amenidad que han dado a su pluma muchas batallas libradas en el campo del libro y del periodismo.

2ª edición, septiembre de 1983, 750 pp. Presentación de la Sociedad Sonorense de Historia, A.C. Prólogo de Alfonso Escárcega. Introducción del autor, correspondiente a la 1ª edición.



EL AUTOR

Francisco R. Almada fue presidente municipal de su pueblo natal, Chinipas, diputado local y diputado federal. Además, gobernador interino por elección del Congreso del Estado de Chihuahua, cuando Luis L. León fue llamado a formar parte del gabinete del presidente Pascual Ortiz Rubio. No se calmaban todavía los rencores y los recelos generados por la revuelta escobarista, que tuvo como consecuencia el desconocimiento del gobernador Marcelo Caraveo, y en medio de esas agitadas olas, Almada, político de honestidad intachable, llegó a dirigir la nave de su Estado durante varios meses. Desempeñó luego algunos cargos administrativos pero centró su interés fundamental en la investigación histórica.

PERFILES DE SONORA

PALEMON ZAVALA

El autor no es un historiador profesional, pero sí un maestro que ama profundamente a su tierra y que ha ejercitado la pluma, bien en algunas incursiones en el periodismo, bien durante las apasionantes luchas sindicales del magisterio en las que ha actuado de manera destacada.

Perfiles de Sonora, bien podría haberse titulado "Perfiles de un Hombre", puesto que uno se asoma a la historia y la geografía sonorenses por los ojos del general Marcelo Zavala y Cota, padre del autor, cuya limpia carrera militar constituye la columna vertebral del relato.

En una "carta al lector" con la que abre el profesor Zavala Castro su libro, explica su procedimiento de construcción: "Primero fue el techo, luego los cimientos y después las paredes", pues "primero se tuvo el relato del protagonista... desgranado en la paz hogareña de las tardes tranquilas de sobremesa..."; luego se inicia el relato en publicaciones periodísticas que se titularon "Memorias del general Marcelo Zavala y Cota" y "luego aparecen las paredes de la construcción al hacer el paralelismo de la Historia de la Revolución Mexicana con la historia personal del general Zavala", pues, entonces, "destellan, saltan datos, hechos, enfoques, matices, colores que antes no se percibían".

Paralelamente al desarrollo de la vida azarosa del joven soldado, nacido en San José de Gracia, Sinaloa, pero radicado desde temprana edad y hasta sus 93 años de vida, en tierra sonorenses, da cuenta el autor, en mapas muy interesantes, del avance de los Ferrocarriles en la entidad: en 1880-1896, en 1901-1904 en 1905-1908. Esta es una aportación inicial digna de subrayarse.

Con frecuencia es posible precisar los pasajes que han sido contados por el general Zavala, por el tono coloquial y los giros regionalistas del idioma, frente a las consideraciones históricas que formula el autor, fiel siempre a la línea revolucionaria de su padre. Tal sucede con el capítulo titulado "Los cinco Maytoresas", en donde se encuentran apuntes que debieran utilizar otros investigadores para precisar el papel de este no bien estudiado personaje de la política sonorenses.

Más para llegar a este pasaje, el general Zavala ha tenido que conocer el ambiente social y laboral de su tierra de adopción, desde diferentes ocupaciones: en los ferrocarriles, en las minas, en la Compañía Richardson, deslindadora de la agreste inmensidad del Valle del Yaqui y, desde luego, a través de la carrera militar en la que sigue la huella de Obregón y las órdenes de Lázaro Cárdenas en su época de oficial villista.

Emocionante es, por cierto, la descripción del estado de ánimo de los villistas rendidos —el general Zavala entre ellos—, a punto de ser fusilados; pero también la descripción de los hombres escogidos para el fusilamiento. Una orden telegráfica de Obregón suspende en el último instante la ejecución. Y más tarde son puestos en libertad, excepto los yaquis, con quienes se queda el vencedor de Santa Rosa, incluyendo en éstos a Zavala, a quien Obregón cree yaqui por su físico ("soy bastante alto, 1.92 mts., muy moreno, prieto, con bastante sangre tehuca en mis venas") y porque, al hablarle en lengua yaqui, en lengua yaqui le responde.

Con el triunfo del constitucionalismo viene un paréntesis de calma, que Zavala rompe cuando el "güero" Fructuoso Méndez le habla del Plan de Agua Prieta. Acepta incorporarse a la lucha. Cuando Méndez se marcha: "Queden ustedes con Dios", dice, "Y perdone, señora —agregó dirigiéndose a mi esposa—. Pero usted, se casó con un militar".

El que marcha a filas es ya un veterano. Se ha terminado de foguear contra los indios alzados. Alcanza el grado de capitán. Ha

viajado a otras partes de la República. Los ascensos seguirán llegando ininterrumpidamente. Es mayor cuando estalla la rebelión delahuertista. Verá mucha acción entonces. Y también durante la llamada revolución renovadora. Cuando, mucho después, pasa a Sonora a la reserva de batallones agraristas, en 1938, es coronel.

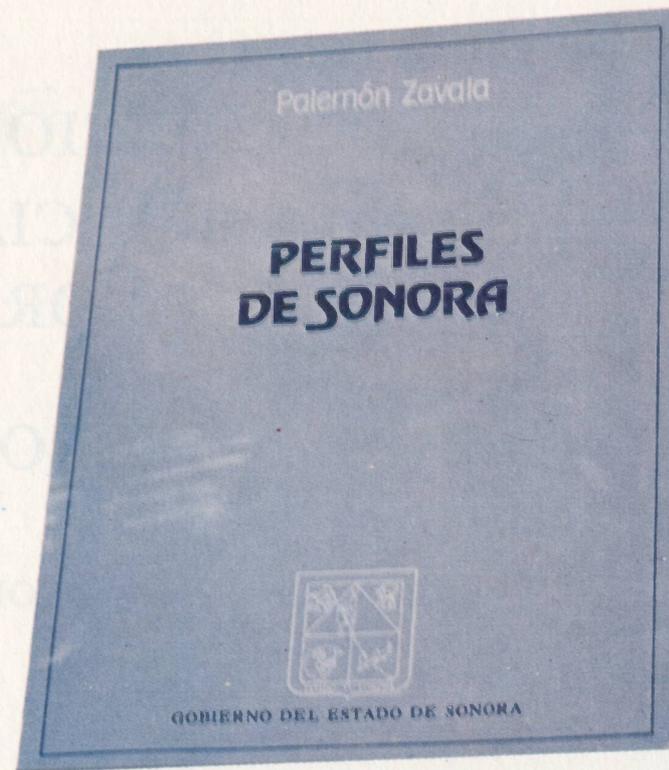
Al llegar al límite de edad, y luego de desempeñar varias comisiones, solicita su retiro, que se le concede con el ascenso al grado inmediato superior: general brigadier retirado, con derecho a una parcela agrícola en la Colonia Agrícola Militar de San Ignacio, Río Muerto.

Tierna es la descripción de su fin:

“El anciano noventañero se movió con toda la precaución posible, al asentar sus pies cansinos. Trataba de avanzar terreno entre su recámara y la cocina de su casa. Unos diez metros de distancia —como si hubieran sido diez kilómetros— que empezó a recorrer con ayuda de su bastón rojo y miradas escrutadoras de reconocimiento de la ruta”.

Cuando cayó en cama, rodeado de hijos, nietos, biznietos, “su corazón, que parece hecho de mezquite”, libró aún batalla de tres días. Pero la perdió al fin la madrugada del 3 de enero de 1978, a los 93 años de edad.

1ª edición, 1984. 298 pp. Fotografías del Gral. Marcelo Zavala. “Carta al lector”, prólogo del autor.



EL AUTOR

El profesor Palemón Zavala Castro es un distinguido luchador sindical en las filas del magisterio sonorense, de lo que ha dejado testimonio en un libro anterior: "Biografía de la Sección 54: Estatal Sonora. Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. SNTE". Ha laborado también en el periodismo. Originario de Sonora, es hijo del general Marcelo Zavala y Cota.

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE SONORA

LIBRO I

IGNACIO PFEFFERKORN

Estamos frente a una obra singular, cuya publicación fue rodeada por circunstancias especiales.

Escrita por un misionero jesuita que estuvo en Atil y Cucurpe siete años, de 1756 a 1767, fue publicada por vez primera en alemán en 1795, esto es, 28 años después de su precipitada salida de la región, víctima, como todos los jesuitas, de la expulsión decretada por la corona española. La traducción al inglés, bajo el patrocinio de The University of New Mexico, vio la luz en 1949, es decir, un siglo y medio más tarde. Y, no obstante la importancia de la obra, transcurrieron más de tres décadas para que pudiéramos leerla en español. Esto se debe al empeño que puso en traducirla —del inglés al español— el ingeniero Armando Hopkins Durazo, distinguido miembro de la Sociedad Sonorense de Historia, A. C.,

en su afán de contribuir al conocimiento más profundo de nuestro pasado.

Ahora bien, el segundo de los dos libros que componen esta obra fue publicado en 1983, y el primero, al año siguiente. El motivo de ello lo explica el mismo ingeniero Hopkins en el Prólogo de 1984; como alude también a la intención esencial que lo llevó a emprender, con éxito por cierto, la apasionante tarea, se transcriben aquí los párrafos relativos:

“El lector se preguntará por qué, yendo contra todo orden, se publicó primero el Libro II y ahora, un año después, el Libro I. La culpa es totalmente mía ya que en ese alrevesado orden hice las traducciones.

“El Libro II es una prolija y muy viva descripción de los seres humanos que estuvieron en contacto con Pfefferkorn durante los once años de labor misional en estas tierras. Es, indiscutiblemente, una riquísima información sobre nuestros antepasados indígenas y españoles que habitaron lo que ahora es el norte del Estado.

“El primer libro, en cambio, es una descripción física del medio en que vivió el autor y en el que vio desarrollarse la actividad de los habitantes de entonces. El conocimiento que nos brinda Pfefferkorn de ese medio nos ayuda grandemente a comprender el comportamiento de ellos.

“Mi intención desde un principio fue traducir y dar a conocer ambos libros, pero temeroso de no cumplir oportunamente con la tarea, me decidí por traducir primero el que aporta más argumentos tendientes a reforzar mi idea de que los sonorenses de hoy, contra todo lo que se cree, debemos mucho en nuestro modo de ser, a los indígenas que habitaban estas tierras a la llegada de los españoles, especialmente a ópatas, eudebes y pimas, que precisamente fueron a quienes mejor conoció Pfefferkorn.

“Los cambios que Sonora experimentó en poco más de dos siglos han sido de una gran magnitud; pocos pueblos en el mundo pueden ufanarse de haber logrado en tan corto lapso, una transformación tan radical e importante.

“Comparar la vida del Sonora de hoy con la que a Pfefferkorn le tocó observar a fines del siglo XVIII es una interesantísima experiencia que nos brinda la lectura de los dos libros de este ignorado autor alemán”.

Ahora bien, ya que nosotros hemos tenido la fortuna de leer la obra en el orden normal, la primera reflexión que se nos ocurre es cuánto debió costar a Hopkins tomar la decisión ya comentada, pues aunque es sólida la razón que esgrime: dar a la publicidad un documento que apuntala su filosofía de la historia del sonorenses, lo cierto es que el primer libro, al margen de la información etnográfica, botánica y zoológica que contiene, está escrito con tan gratisimo candor y soltura que habría sido muy lamentable dejarlo en el limbo de sus versiones extranjeras.

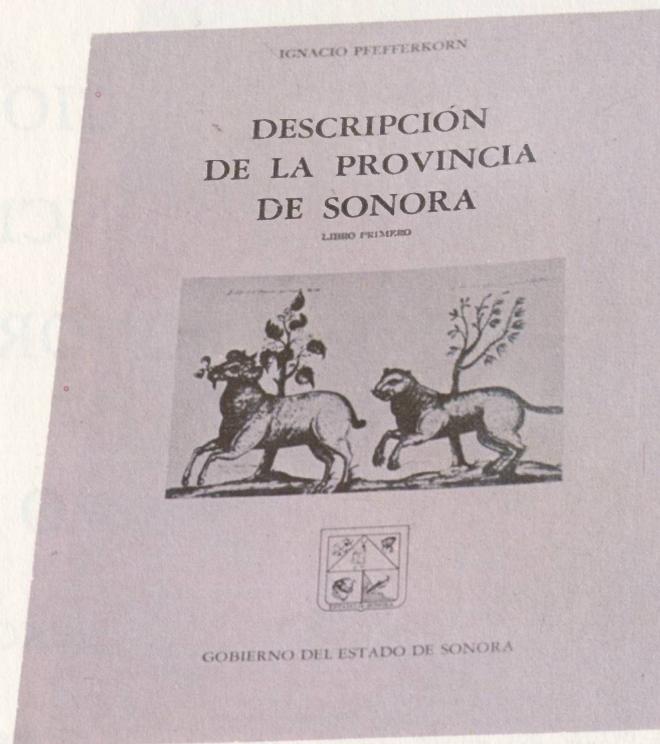
Quizás habrá, inclusive, almas sensibles y criterios regionalistas en exceso que prefieran este primer libro y se regodeen con las observaciones que formula "el alma buena de Pfefferkorn" —frase afortunada de Hopkins— sobre los animales del campo sonorenses o los remedios caseros para combatir este o aquel mal, y experimenten cierta desazón al leer los juicios negativos del teutón hacia los indios y los españoles.

Que lanzara dardos agudos contra estos últimos no es extraño. Estuvo cautivo ocho años en España sin más delito que el de ser jesuita, según nos cuenta en su introducción el doctor Theodore E. Treutlein, traductor del original alemán al inglés. Tenemos abiertas ya las páginas del Libro I, y en las que corresponden a la citada introducción hallamos otro filón: la existencia misma de Pfefferkorn que arroja destellos de interés pese a que se desconocen los detalles, sobre todo porque el tercer libro que completaría la serie, o no se conoce, o no llegó a publicarse (Treutlein se inclina a pensar lo segundo).

Advierte el misionero al lector que no espere "una historia natural muy detallada y completa", pues para haber realizado observaciones exactas habría necesitado robar tiempo al que dedicaba a sus deberes religiosos, además de que fue desprovisto de sus apuntes durante su cautiverio. Sin embargo, cumple a satisfacción los objetivos que se propuso: la localización de Sonora y sus límites, así como la descripción de las tribus, clima, vegetales medicinales, productos mineros y animales de Sonora.

Casi desde el principio, el buen misionero alemán clava el primer alfiler:

"Todos estos pueblos —dice, cuando habla de los diferentes que formaban los indígenas— estaban sujetos a la corona española y



al cristianismo sin el menor costo para el tesoro real, gracias únicamente al infatigable celo y denodada paciencia de los jesuitas".

A lo largo de la obra, los alfileres se volverán a lanzar cuando alude a los españoles, a cuya "codicia y egoísmo" atribuye los tropiezos de la misión civilizadora del padre Kino, pues "estos malandrines" sometieron a los pimas a "cruel opresión".

Son interesantes las características de aquel Sonora indígena que conserva el Sonora contemporáneo. Desde luego, el clima agobiante en verano; "la carne tasajeadada y secada al sol que se mantiene sin

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE SONORA

LIBRO II

IGNACIO PFEFFERKORN

echarse a perder por mucho tiempo"; los productos que llegan a Sonora desde lejanos centros de producción "a un precio altísimo". Pfefferkorn contempla el futuro con visionaria claridad, como cuando habla de lo conveniente que sería ampliar el cultivo del algodón, o cuando se regodea en el pensamiento de lo mucho que harían alemanes, ingleses y franceses si tuvieran bajo su dominio campos tan fértiles. Nunca, ciertamente, los tuvieron, pero sí hubo inmigrantes europeos que contribuyeron a impulsarlos.

El Libro Segundo se ocupa de describir la constitución física, los hábitos, vestido, habitación, utensilios, alimentos, ocupaciones, equipo guerrero, enfermedades, religión, funerales y lenguaje de los indios sonoras; contiene observaciones sobre otras tribus, entre ellas apaches y seris; aporta, asimismo, valiosa información sobre la ad-

ministración interna de las misiones y describe el vestuario, índole y tipo de instrumentos bélicos utilizados por los españoles en estas tierras.

Flojos, cobardes, ingratos e inhumanos es lo menos que de los sonoras dice Pfefferkorn. Nunca se había hablado de los indios con tal dureza y, además, por quien vino con la consigna de amarlos. Alguna luz debió el alemán ver, sin embargo, en los ojos de aquellas criaturas porque, por otro lado, sostiene que "los niños sonoras mostrarían la misma aptitud para aprender y ser cristianos que la que existe en los niños de pueblos más civilizados, si contaran con la misma crianza y educación y se vería que su torpeza no es una deficiencia natural, sino el resultado de una mala enseñanza..."

También reconoce la excelente salud de los indígenas que "no tienen idea de lo que son la gota, la ciática y la apoplejía", ni la sífilis, y no oculta su admiración ante la serenidad con que esperan la muerte. Algunos poseen aptitudes artísticas potenciales. Pfefferkorn descubrió talentos de escultor en un indio que talló nuevo dedo a una estatua y lo pegó a ésta "tan ingeniosamente que era imposible detectar la unión". Y enseñó a tocar violín a tres de los nueve o diez músicos que tenía en su área misional.

Inclusive halla rasgos positivos en los apaches, "los indios más pulcros en la Nueva España" que "son monógamos y aborrecen el adulterio".

Pero si la dura crítica hecha a los indios termina por atenuarse con el reconocimiento de esas cualidades, no sucede lo mismo con los españoles que "son verdaderamente geniales para descansar", pues inclusive "el hecho de que deriven su subsistencia de la agricultura no se debe ciertamente a su trabajo, sino a la extraordinaria fertilidad del suelo".

Quizás para entender estas críticas habría sido necesario estudiar la psicología de Pfefferkorn, que sólo muy de cuando en cuando da la cara. Cuando lo hace, lo pescamos en confesión de que ha llevado una "tediosa y aburrida" existencia en la cual lo más difícil ha sido "tener que vivir entre gente rústica, ignorante e incivilizada".

Mucho más espacio necesitaríamos para comentar las mil facetas de esta obra estupenda, en cuyo Primer Libro hay notas adicionales de Gastón Cano Avila y hermosas fotografías del ingeniero

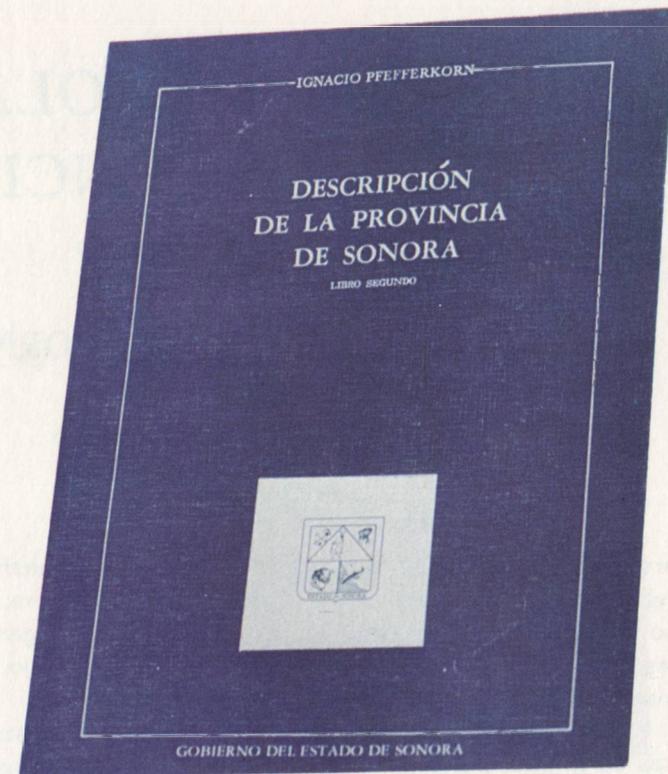
Hopkins. Una frase de éste resulta perfecta, creemos, para cerrar este comentario:

“Lo que hace grande a un pueblo no es un vano orgullo de raza, sino un pleno conocimiento de sí mismo y de sus raíces”.

3ª edición, 1983-84, prefacio del autor; introducción del Dr. Theodore E. Treutlein, en el Libro Primero
Introducción en ambos libros y traducción del Ing. Armando Hopkins Durazo.

Libro Primero, 154 pp.

Libro Segundo, 180 pp.



EL AUTOR

El padre Ignacio Pfefferkorn nació en Mannheim el 31 de julio de 1725. Ingresó a la Compañía de Jesús el 21 de octubre de 1742. De 1756 a 1767 trabajó en Atil y Cucurpe. Estuvo ocho años cautivo en España hasta que gestionó su libertad un alto dignatario alemán. Los dos libros se publicaron en 1794 y 1795, respectivamente, en su idioma natal. No se conoce la fecha de su muerte.

EL SOLAR DE LOS SILENCIOS

GERARDO CORNEJO

Catorce cuentos forman este volumen, con el que incursiona de nuevo el autor de *La sierra y el viento* en la narrativa, en un vigoroso intento por sacar a sus personajes del ámbito regional sin que pierdan, por ello, el lenguaje sonoreense que Cornejo pugna por conservarles.

Una vez más acudimos al auxilio de una avanzada estudiante de Letras de la Universidad de Sonora, en esta ocasión María Rita Plancarte, para conocer —y dar a conocer— la impresión que ha causado la nueva obra de Cornejo.

María Rita sintetiza el argumento de cada uno de los cuentos y trata luego de buscar el tema predominante que es, a su juicio, la injusticia, con “un tono pesimista”. El hombre del campo constituye el personaje principal. Encuentra en los relatos una corriente costumbrista y “una visión romántica, y por lo mismo, idealizada, de la vida del campo”.

“Creemos también que el autor se propone —escribe—, por medio de la inclusión de giros regionales y personajes sonorenses, presentar valores que en alguna medida provoquen la identificación de valores culturales propios. Es por medio de este volver los ojos a

nuestro pueblo, como pretende revalorar sus costumbres e historias, para empezar a creer en una cultura propia. . . Es en este sentido en el que consideramos que ‘El Solar de los Silencios’ constituye una aportación”.

Enumerados en forma rápida, los cuentos del volumen son:

“¡Aquí te vas a quedar!”: un vendedor de aguardiente es salvajemente castigado por un miembro de La Acordada, temido por todos. Al ver sufrir al viejo, los demás olvidan el miedo al verdugo y, aprovechando una oportunidad, lo desatan y lo reaniman. Cuando el de La Acordada viene a asesinar a su víctima, éste lo mata y cobra venganza.

“La sequía”: es la angustia de un hombre de la sierra que, para evitar que sus vacas mueran de hambre, sacrifica algunas a fin de comprar pacas de pastura en el valle; pero luego debe vender algunas de éstas para pagar una avioneta que transporte las restantes a donde se hallan los animales.

“El solar de los silencios”, “El quejido de la otra banda” y “Pateperro” poseen en común el tono anecdótico y, los dos primeros, el final inesperado: entre chusco y trágico “El solar”, pues la risa se apodera de la pandilla que hace ir al panteón de noche, a Evaristo Carabeo, y la asalta luego el remordimiento al ver los efectos de la travesura. En los tres se encuentra el tono de las historias pueblerinas transmitidas oralmente, con el común denominador de la duda ante lo desconocido.

“Tierra de lobos” y “La tarde que le subieron a decir” emplean un recurso con el que siempre se obtienen resultados efectistas: la confusión de los límites que separan el sueño de la realidad, y que vuelve premonición al simple pensamiento. El primero de estos dos es el más breve de todos los relatos, casi una imagen en prosa.

“Por eso estoy aquí”: narra la incompreensión de la sociedad pueblerina para el que es reclamado por inclinaciones homosexuales, aunque halla en la paternidad y en el suicidio, al mismo tiempo, la tabla que lo salva.

“La torre”: un hombre vive, haciendo equilibrio, en la estructura que sostiene los cables de la electricidad, y allí cuenta, en primera persona, cómo fue desposeído de su tierra.

“Noche de arrieros” refleja la crueldad del blanco hacia el indígena, y la venganza de éste, auxiliado por fuerzas superiores.

“El daño de enero” y “Fiebre verde” presentan el encuentro

de dos culturas; mientras que en el primero la civilización es rechazada, en el segundo, el blanco termina por identificarse con la cultura indígena.

"El surco" encarna el arduo trabajo del hombre para hacer producir la tierra, sus sueños y anhelos que se deshacen frente al sistema que lo explota y condena a la miseria.

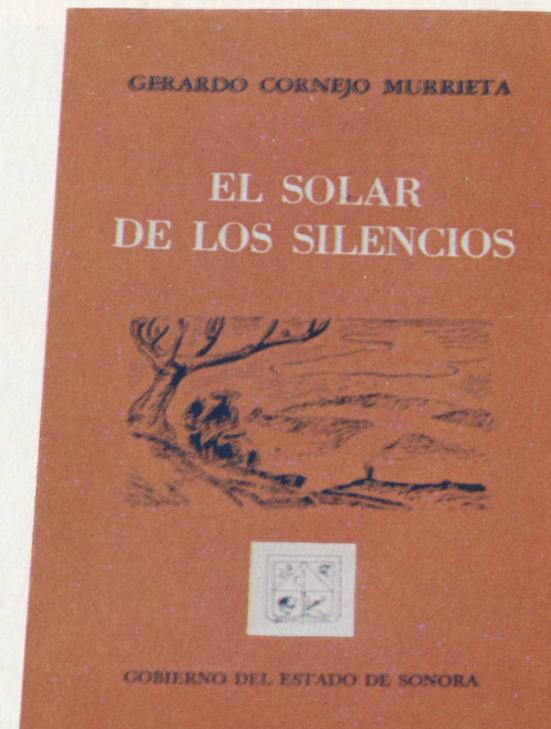
"Cosas de los sueños", de alguna manera reconoce la fragilidad de los hechos del hombre, ante la realidad que abate los ideales que han buscado triunfar sobre el tiempo.

Los objetivos a que aspira Cornejo están concretados en la breve presentación del volumen:

"El costumbrismo sonorenses está siempre presente pero no como disgregación descriptiva, sino como el escenario vivo en el que ocurre cada historia. Hacia el final, este escenario se ensanchará y se convertirá en veracruzano, en chiapaneco, es decir, en mexicano".

Queda a juicio del lector si ha conseguido, con estos cuentos, superar las limitaciones regionales para alcanzar dimensión nacional. Lo que sin duda está fuera de todo cuestionamiento es que Cornejo avanza, con esta obra, a más depurados estadios del oficio de escritor.

1ª edición, 1983, 178 pp.



EL AUTOR

Ver la nota correspondiente a *La sierra y el viento*.

APUNTES HISTORICOS SONORENSES

ROBERTO ACOSTA

Un homenaje a los padres jesuitas, a su juicio los "verdaderos conquistadores y colonizadores" de esta parte del territorio nacional, rinde Roberto Acosta, acucioso investigador, con este libro, que subtitula: "La conquista espiritual y temporal del Yaqui y el Mayo".

En 52 capítulos, todos muy breves, con prosa clara, estilo sobrio y sereno, sin adornos innecesarios, el autor describe a la provincia de Sinaloa y las tribus que la poblaban, y destaca los avances y testimonios de los primeros exploradores: Nuño de Guzmán, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Francisco Vázquez de Coronado, Pedro Castañeda de Nájera, Juan de Jaramillo, Francisco de Ibarra, Diego Martínez de Hurdaide y otros.

No pierde la seriedad equilibrada que caracteriza al relato, cuando llega a episodios cuyo dramatismo intrínseco no requiere adjetivos: la entrada de los primeros españoles a los valles Mayo y Yaqui, el Día de San Francisco de Asís, por ejemplo, o la muerte del capitán don Pedro de Montoya, en emboscada tendida por los indios después de la fundación de la Villa de Sinaloa.

Tampoco soslaya Acosta que la sujeción de yaquis y mayos cos-

tó sangre y fuego, pero se entenece su pluma cuando describe la acción alegre y abnegada de los misioneros. Escribe:

"Con pacientes y prolongados esfuerzos laboraban con tesón para ampliar sus zonas de cultivo, sin abandonar por ello sus labores en el púlpito y en la escuela; transformaban aquellas tribus en conglomerados de hombres civilizados y todavía más, cada vez que se presentaba la ocasión, aquellos santos varones fueron a la vez agricultores, herreros, carpinteros, hortelanos y caso hubo en que un misionero acompañado de varios niños se pusiera a bailar sobre el lodo a fin de batirlo con los pies y fabricar adobes para la iglesia que iban a construir, mientras los indios, que ignoraban la manera de hacerlos, los contemplaban riéndose de lo que ellos creían era una diversión. Su múltiple actividad y su inagotable energía hicieron posible el milagro de hacer surgir de entre bosques cubiertos de chollas y llenos de víboras o entre montañas abruptas, sus misiones, que hoy son pueblos o ciudades grandes y prósperas."

Esta era la parte pastoril y bucólica, podría decirse, de sus actividades. Pero se hallaban, en realidad, rodeados de letales peligros; más que los soldados, pues éstos se defendían con la espada, y los misioneros, sólo con la palabra y, cuando no podían hacerse entender, con el gesto y la mirada. Muchos fueron asesinados, como los padres Julio Pascual y Manuel Martínez; otros se vieron en trance de muerte, tal los franciscanos fray Juan Caballero y fray Juan Ramírez. Pero quienes echaron raíces en una región y reclutaron soldados aborígenes para propagar el Evangelio, formaron oasis de fe en aquella enorme región, inhóspita por el clima y sus naturales, y desbrozaron veredas para los que vendrían.

Uno de ellos fue el padre Eusebio Francisco Kino, el más grande y visionario de todos.

Acosta recuerda lo que a menudo se soslaya: la importancia de las misiones de los ríos Yaqui y Mayo, que a fines del siglo XVII y principios del XVIII constituyeron fuente segura de aprovisionamiento para las misiones de California establecidas por el padre Juan María de Salvatierra. Sin las provisiones que aquéllas les enviaban, éstas difícilmente hubieran podido subsistir.

El levantamiento de los yaquis y mayos hacia 1740 se convirtió en un huracán que barría todo a su paso. Fueron asesinadas familias enteras y se frustraron diversos intentos de paz ante las puñaladas de la traición. Los agresores no se conformaron con el

tributo de sangre: también destruyeron sembradíos, huertos, corrales y demás instalaciones que los misioneros habían levantado a fuerza de tiempo y paciencia. Una cosa quedó a salvo y era la más importante: la semilla de la fe y el ejemplo de tesón que los hombres de Cristo habían prodigado.

Los indígenas habían atisbado, por esas ventanas, un mundo mejor, y fueron reconducidos luego al buen camino. Mas para ello se necesitó mucho tiempo pues "cometieron los crímenes más horribles y los asesinatos más espantosos", especialmente durante la lucha por la independencia nacional.

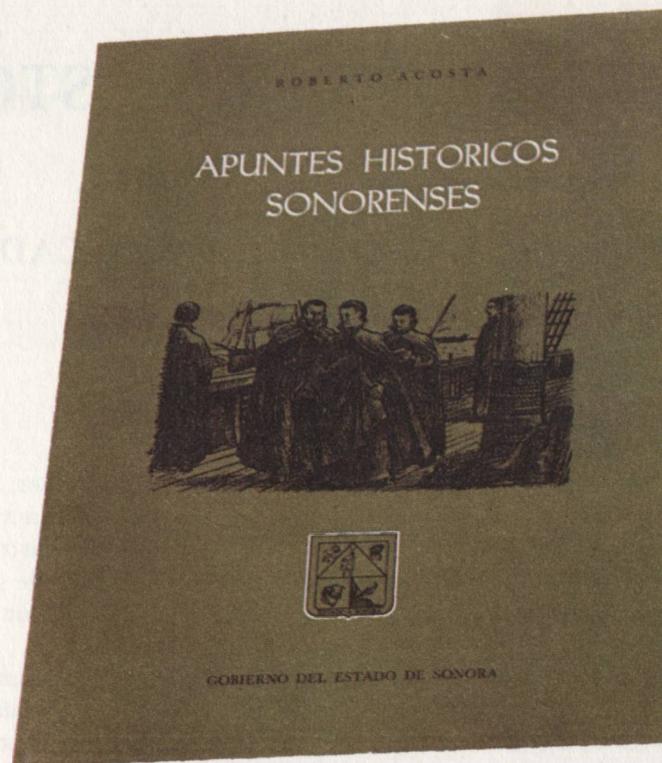
Estos son, débilmente esbozados, algunos de los episodios que hallará el lector en esta obra, apoyados en una bibliografía tan amplia como acreditada, que por sí sola da fe de la envidiable cultura del autor.

1ª edición, 1949.

2ª edición, 1983.

Presentación de José Rómulo Félix.

140 pp.



EL AUTOR

Enamorado de la región del Mayo, de la que es nativo, Roberto Acosta dividió su vida entre dos pasiones: el servicio bancario, en el que hizo carrera, y la investigación de la historia de Sonora, campo en el que realizó importante aportación. Fue pionero en el tema que aquí aborda.

30 AÑOS EN ESTO

CARLOS MONCADA

Lo autobiográfico de esta obra es el pretexto para acomodar, en la línea recta trazada con la cronología de la carrera del autor, observaciones sobre otros periodistas —de Sonora y del Distrito Federal—, datos históricos sobre la fundación y desarrollo de algunos diarios y nociones técnicas para estudiantes de ciencias de la comunicación.

Carlos Moncada es un veterano periodista de curiosidad nunca detenida en la superficie de los objetos de conocimiento. Sus 30 años de ejercicio han cargado su equipaje con un título universitario, viajes a diversos países y el ejercicio incesante de su profesión original, desde el *Diario del Yaqui*, de Cajeme, donde se inició —y ha continuado colaborando, casi sin interrupción, desde cualquier lugar donde se encuentre—, hasta el diario *Unomásuno* y la revista *Impacto*, de los que es articulista de planta.

Abelardo Casanova, otro valor del periodismo sonoreño, considera que las características más relevantes de Moncada son “su laboriosidad y su capacidad de trabajo... una tenaz y sistemática dedicación”, así como “método y rigor igualmente macizo”.

Su rica experiencia, cosechada en tres décadas de tratar a intelectuales, políticos y líderes sociales, 13 años de residencia en la ciudad de México y recorridos por todos los estados de la República, debió acercarlo a la tentación de llenar las páginas de su libro

de anécdotas y reflexiones éticas. Pero supo conservarse sobriamente en los límites de lo fundamental, con estilo claro, preciso y, característica nada frecuente, amenidad.

Rostros de periodistas de prestigio nacional asoman en el curso de la narración: los directores de los grandes diarios capitalinos, Jorge Saldaña, Luis Spota, Agustín Barrios Gómez, Gloria Fuentes, entre ellos. Rinde homenaje a los periodistas de Sonora en las personas de Jesús Corral Ruiz, Bartolomé Delgado de León, Enguerrando Tapia Quijada y Carlos Argüelles, de quienes ofrece retratos psicológicos de trazos firmes y seguros.

La segunda parte del libro parecería, en principio, dedicada a especialistas de la comunicación, pues examina la estructura de la primera plana, el reportaje, la entrevista, la columna, el artículo. Sin embargo, las respuestas son válidas y atractivas para todo el que haya puesto los ojos alguna vez en las páginas de un periódico, vale decir, para todo el mundo.

En estos capítulos, el literato que hay en Moncada toma del brazo al periodista amante de la escueta precisión, y logra frases afortunadas. Así, cuando refuta a los articulistas que se quejan a veces de que no hay tema para su colaboración, escribe:

“En realidad, lo hay siempre, aunque uno no sea capaz de descubrirlo, porque la existencia corre incesantemente, perseguida y asediada por un ejército de hechos” (p. 175).

Igualmente, cuando recomienda:

“Aunque una columna conserve siempre su forma, su estructura y hasta sus giros idiomáticos peculiares, debe parecer siempre nueva, vibrante, sana, segura de sí misma, como si su autor pusiera cada día en manos del lector un bisturí para hacer la vivisección del mundo” (p. 181).

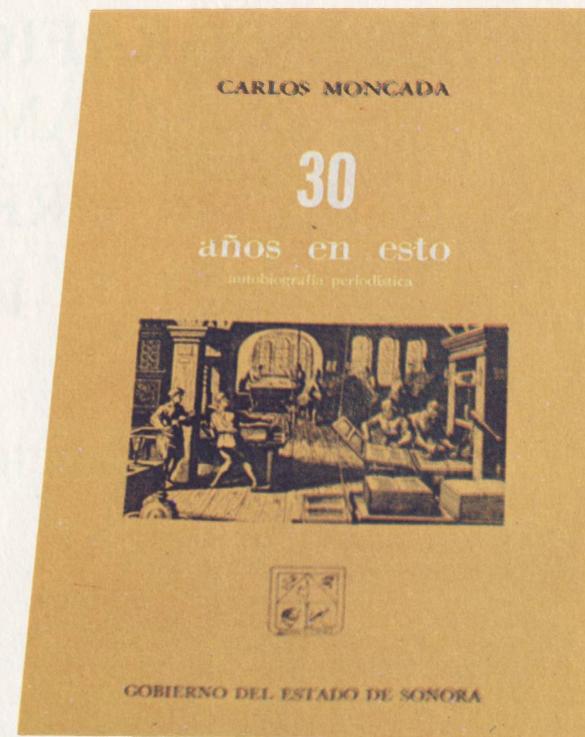
Y, aunque pueden darse otros ejemplos, escogemos el último de las postreras páginas, cuando señala que al lado del periodista “antiguos amigos del barrio y compañeros de escuela escalan puestos políticos o hacen fortuna en el ejercicio de actividades privadas, renuevan sus automóviles, amplían sus residencias, ganan respeto en la sociedad. Ninguno, como el periodista, logra dar a su existencia el matiz apasionante de la aventura. El camino, lleno de baches, curvas cerradas y deslaves, atraviesa un paisaje bello e interesante que no termina uno de gozar mientras vive” (p. 209).

No soslaya el autor los problemas que han inquietado siempre

al público y que a veces lo hacen ver de reojo al profesional de la comunicación: el periodismo y sus relaciones con la ética, el periodismo y la política, el periodismo y la cultura. Igual que los capítulos restantes, se ilustran éstos con bien escogidos ejemplos, que quizás el lector ha encontrado antes sin que se haya detenido a reflexionar sobre ellos.

Una lectura, en fin, fácil, entretenida —características del periodista—, y a la vez correcta y profunda —virtudes del literato—, es la que ofrece este volumen. (Federico Osorio Altúzar, en *Novedades*)

1ª edición, 1984, 216 pp. Prólogo de Abelardo Casanova.



EL AUTOR

Véase la nota correspondiente a *El Quijote de la Revolución, Vida y Obra de Adolfo de la Huerta*.

APUNTES BIOGRAFICOS DE DON RAMON CORRAL (1854-1900)

MANUEL R. URUCHURTU

Aunque esta biografía apareció en su primera edición en 1910, su publicación no perseguía propósitos políticos, señala el autor. La limpieza de su propósito y su anhelo de objetividad se ven con más claridad hoy que los años han transcurrido, y cuando la ubicación política momentánea de los hombres no impide aquilatar sus cualidades.

Ahora sabemos que Ramón Corral fue un sonorenses valioso, de envidiable preparación intelectual y aguda habilidad de hombre de Estado, cuyo prestigio como gobernador llegó a las más altas esferas nacionales, lo que le valió conquistar la Vicepresidencia de la República. Esto no borra, claro es, las fallas del sistema político de la época, pero las atenúa. A tal conclusión se llega al doblar la última página de esta biografía que prácticamente se inicia cuando asoma el fin de otro sonorenses que fue grande en la esfera de sus actividades: el general Ignacio Pesqueira.

Corral inició su vida pública como diputado suplente por el Distrito de Alamos, pero desde sus primeras actuaciones en la Cámara, dio pruebas de su reciedumbre de criterio. Con efecto, no mostró titubeos al ponerse al frente de los legisladores opositoristas a Vicente Mariscal, mandatario enviado a Sonora por la Federación, que a juicio de los diputados se había excedido en sus atribuciones.

Vuelta la entidad al orden bajo el gobierno de Serna, Corral asume la Secretaría de Gobierno y exhibe sus dotes administrativas. Su desempeño como diputado al Congreso de la Unión le da oportunidad de forjar relaciones políticas importantes y de defender los intereses de la entidad —lo que hizo el diputado alamense en encendidos debates—: tal fue el caso de la harina sonorenses, a la que se pretendía cerrar las fronteras de Sinaloa para beneficiar a comerciantes extranjeros.

Vuelve Corral a la Secretaría de Estado a la caída del gobernador Carlos R. Ortiz y continúa en el puesto con el general Luis E. Torres. Los tiempos son difíciles. Tres plagas aparecen casi simultáneamente: el vómito negro, que hace docenas de víctimas en el centro del Estado, las incursiones de los apaches en el norte y la repentina guerra del Yaqui en el sur. El señor Corral participa en ésta activamente, sin que tal haya sido su deber específico; pero en su celo por comprobar que los demás cumplen los suyos, llega a arriesgar su vida.

Todas sus tareas políticas, administrativas y sociales no interrumpen su constante ejercicio del periodismo. Así como batió en *La Constitución* al general Mariscal, utiliza esta tribuna para dar a conocer sus investigaciones sobre los núcleos indígenas del Estado y, a la muerte del general Pesqueira, la vida de éste (*Obras Históricas*, publicada con el número 10 en esta serie del Gobierno del Estado).

Al acercarse el final del periodo del general Luis E. Torres, el señor Corral vuelve a afilar la pluma para responder a la intensa campaña de prensa de oposición alentada, entre otros, por don José María Maytorena, padre de quien llegaría a la gubernatura el siguiente siglo. Por lo pronto, los corralistas retuvieron el poder en 1887, y aunque al ilustre biografiado correspondió, otra vez, la Secretaría de Gobierno, fue quien en realidad llevó el timón de la entidad durante el cuatrienio, ya que el titular, don Lorenzo Torres, solicitó licencia de inmediato.

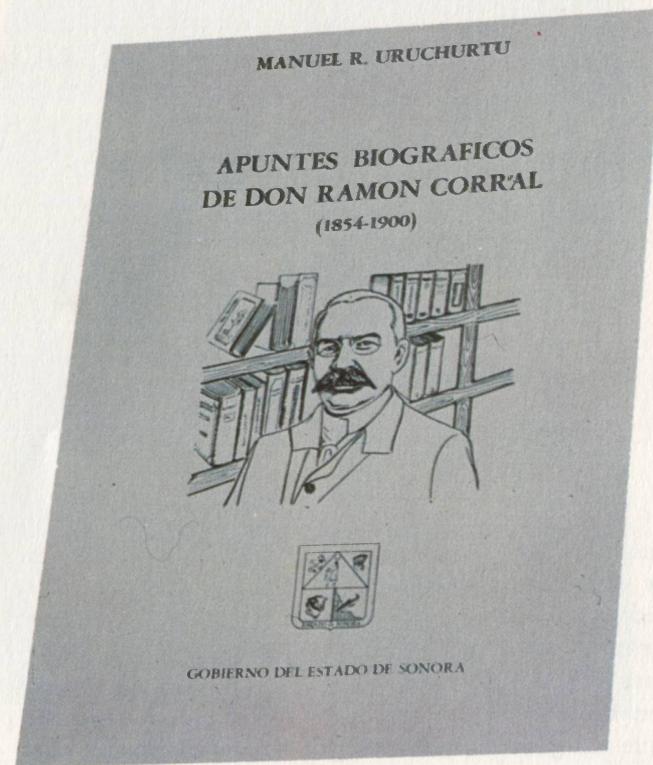
A partir de entonces, se dan las realizaciones más relevantes del señor Corral: el impulso a la educación primaria y secundaria, la fundación del Colegio Sonora, las comunicaciones, la creación de una Biblioteca, la continuación de la guerra contra los yaquis, en la que cae Cajeme —cuya biografía escribe don Ramón—, el fortalecimiento económico de los municipios y, en fin, el inicio de la colonización del Valle del Yaqui como medida para incorporar esa región a la ley.

El señor Corral fue electo gobernador constitucional para el siguiente periodo y continuó sus tareas constructivas, reconocidas a nivel nacional, entre las que destacan el alumbrado eléctrico de Hermosillo y la fundación del Banco de Sonora.

La biografía se detiene al final de este periodo de gobierno y en el comienzo del viaje que hace el señor Corral a la ciudad de México para declinar un ofrecimiento: el de gobernador del Distrito Federal. Aún agrega el autor algunas páginas para formular aclaraciones pertinentes, sentar conclusiones y aportar documentos que redondean la obra, especialmente discursos memorables del señor Corral, fragmentos de su último informe, un balance del Banco de Sonora practicado en enero de 1910, que enseña que el esfuerzo ha fructificado.

Por esta breve reseña, el lector entenderá que en esta obra es posible encontrar datos muy valiosos de Sonora y brújulas orientadoras para los investigadores.

2ª edición, 1984 (1ª edición, en 1910), 192 pp. Nota al lector e introducción, del autor.



EL AUTOR

Nacido en Hermosillo en 1874, fue magistrado del Supremo Tribunal de Justicia y diputado federal por el 1er. Distrito de Sinaloa. Formó parte del equipo mexicano que estudió el juicio arbitral sobre El Chamizal. Amigo personal de don Ramón Corral, dio a conocer su obra en 1910 con la rotunda aclaración de que no llevaba intenciones políticas. Perekó en el naufragio de "El Titanic".

CRONICAS, CUENTOS Y LEYENDAS

GILBERTO ESCOBOSA GAMEZ

El Cronista de la ciudad de Hermosillo —que tal título tiene el autor de esta obra, desde 1981— es ducho en el manejo de la pluma, agudo observador de la existencia citadina y humorista de réplica vivaz.

En este volumen ofrece una síntesis de esas aptitudes, especialmente en las 27 crónicas que ocupan el mayor número de páginas.

Aunque los géneros literarios que complementan el libro —anécdotas familiares, cuentos, leyendas— poseen diferencias específicas muy claras con la crónica— que en el caso se respetan escrupulosamente—, Escobosa está preparado para abordarlos ya que su gusto por la narrativa se denuncia, como bien lo sabemos quienes hemos tenido oportunidad de escucharlo, en la sabrosa charla cotidiana.

Vamos a centrar, sin embargo, esta breve reseña, en el género que mejor domina, esto es, la crónica.

Las inicia el autor con una que compendia los acontecimientos más interesantes del periodo 1828-1881 y avanza luego hacia los días del Imperio; se apoya siempre en la solidez del dato histórico pero arroja la luz más intensa de su pintura en los detalles humanos que, en su momento, fueron comentados por la voz popular.

Así, al hablar de las drásticas medidas tomadas para combatir la fiebre amarilla, en 1883, apunta:

“Durante mucho tiempo se comentó que algunos ebrios que al amanecer dormían la mona bajo la bóveda celeste, eran trasladados al cementerio y enterrados vivos.”

Algunas crónicas rezuman el orgullo de ser sonorenses, como “Recordemos al gran caballero hermosillense”, alusiva a la acción generosa del abogado Manuel R. Uruchurtu, pasajero del “Titanic”, que cedió su lugar, en el bote que lo hubiera salvado de la muerte, a una dama.

Hay hechos ligados a antiguos edificios de la ciudad: el Hotel Arcadia, desaparecido en un incendio, tan importante en los anales políticos de la ciudad por la categoría de los personajes que allí se hospedaron; la construcción del cuartel, que ocuparon hasta hace poco las fuerzas armadas, en el corazón de Hermosillo; el origen del Palacio de Gobierno, centro vital del movimiento sonorenses, y los detalles sobre el incendio que destruyó su torre a fines de los cuarenta.

Muy interesantes e ilustrativos son los bocetos —así los califica Escobosa— de varones distinguidos del Estado: el profesor don Alberto Gutiérrez, diputado en su juventud, maestro insigne, director general de Educación hasta poco antes de su muerte; los gobernadores Abelardo L. Rodríguez, Ramón Corral, Adolfo de la Huerta y Juan Nóperi. Destaca los avances fundamentales que logró Sonora bajo el gobierno de Rodríguez, Corral y De la Huerta; para nuestro gusto, sobresale el apunte biográfico sobre el segundo, a quien sigue desde sus modestos comienzos profesionales hasta su muerte, en París, después de haber conquistado posiciones que lo colocaron a un paso de la Presidencia de la República.

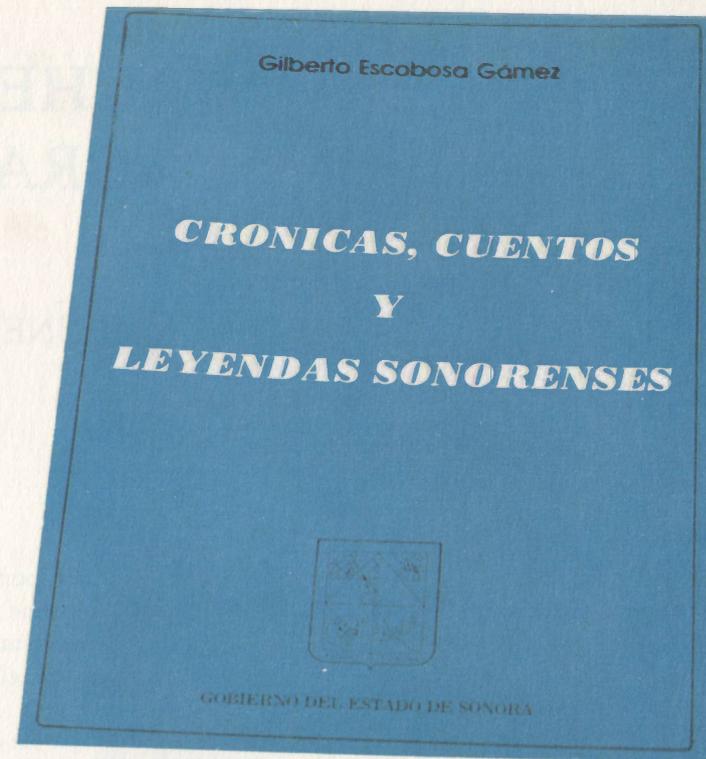
Juan Nóperi no fue, desde luego, gobernador, pero no desmerece su figura al lado de los mandatarios citados, según las fuertes pinceladas con que pinta Escobosa su retrato. En una conmovedora crónica, cuenta que Juan Nóperi era un viejo revolucionario yaqui que ningún bien material había obtenido de la lucha, y que detuvo, carabina en mano, al cuerpo de ingenieros y obreros que abrían el camino de Estación Vicam al pueblo de Vicam, en el sexenio de Ignacio Soto. Así impidió que derribaran su muy humilde vivienda.

Pero Escobosa, a quien tocó parlamentar con el antiguo soldado, que ni siquiera percibía pensión, comunicó los hechos al gobernador.

Éste hizo una visita a Juan y descubrió que era invidente. Tocado en sus sentimientos más íntimos, dispuso que lo llevaran a la ciudad de México, donde los cirujanos le devolvieron la vista. Ciertamente, al final, el progreso hizo desaparecer la vivienda, pero el mandatario tuvo cuidado de que lo indemnizaran de manera adecuada, lo que le permitió construir una nueva.

Gilberto Escobosa tiene, desde hace tiempo, un crecido número de lectores, gracias a sus frecuentes colaboraciones periodísticas y a la difusión de su primer libro, *Granitos de sal inglesa*. El presente contribuirá a aumentarlos ya que, como hábil cultivador del género costumbrista, es dueño de las condiciones que para ello fija en el prólogo el licenciado Juan Antonio Ruibal Corella: "Inmenso amor al terruño, sencillez, fidelidad crónica y en ocasiones fecundidad imaginativa, para —sin rayar en la exageración— conducir al lector por medio de la fantasía, en caso de ausencia de testimonios".

1ª edición, 1984. Prólogo de J. A. Ruibal. 202 pp.



EL AUTOR

Nació y ha vivido siempre en la ciudad de Hermosillo, dedicado al servicio público y a la amorosa recolección de datos sobre el origen y devenir de la existencia hermosillense. Comenzó a entrenar su pluma en colaboraciones para la prensa local. Ha presentado varios trabajos en los simposios de la Sociedad Sonorense de Historia.

LA GUERRA APACHE EN SONORA

LOUIS LEJEUNE

Precedida por una "Breve historia de la nación apache", que por sí sola merece un comentario y que escribió el traductor de Lejeune, Michel Antochiw, el gobierno del Estado ha rescatado la realista descripción de regiones y pueblos de Sonora, tal como los vio el autor, a fines del siglo pasado.

Con efecto, Louis Lejeune viajó por varios estados de la República, pero en forma señalada por el nuestro, en busca de minas y aventuras. Al regresar a su país publicó su diario de viajes bajo la firma editorial de la Librería M. Guillot, con distribuidores en París y México.

Tenemos a la vista la segunda edición, en francés, fechada en 1912, que por afortunado azar encontramos en los puestos "de viejo" que se instalan los domingos en La Lagunilla, de la capital del país. Comprende, bajo el título general de *Terres Mexicaines*, cuatro partes: Tierras del Norte, Tierras del Sur, La Cuestión Agraria y Minas Mexicanas. La primera, que cubre 252 de las 400 páginas, da contenido al volumen que aquí se comenta. Lugares llenos de significado histórico para el sonorenses contemporáneo —Bacerac, Bavispe, Nogales, Cocóspera, Cuitaca, Bacanuchi, Ariz-

pe—, aparecen ante el lector con la belleza pura, natural, de sus orígenes.

Obligados a acampar, a veces, bajo la luz de las estrellas, Lejeune explica con encantadora sencillez cómo construir en el suelo la cavidad que dará base al rústico lecho, recomienda el menú que puede elaborarse con las frutas y verduras de la región y, obsesionado, acumula datos sobre los movimientos de los apaches, amenaza temible entonces para viajeros y vecinos.

Uno participa de la zozobra que debió poseer al explorador cuando, camino de Bacoachi, fue objeto de una emboscada por parte de los indios. Relata que entre los tupidos girasoles, "altos como el maíz maduro", advierte movimientos. Y se pregunta, receloso:

"¿Coyotes o pumas? ¿Dos animales que se alejan o dos indios que se arrastran? Disparo delante del surco más lejano. Nadie se mueve. Los animales hubieran corrido; son indios. Disparo varias veces allí donde supongo se esconden. Algunos tallos caen pero ninguno se sacude". Poco después, cinco caballos salen a descubierto y parten al galope para esperar al viajero en el camino al pueblo. Pero Lejeune viaja a lomos de un pura sangre que toma la delantera. "Hacia las once, llego a Bacoachi", anuncia con alivio.

Por cuanto a la información que proporciona este autor, sobre acontecimientos y usos de la época, el libro constituye un documento histórico; pero es, además, por la sobria elegancia de su estilo, una obra poética cuyo hálito ha sido fielmente conservado por el traductor.

En la época de su publicación, posiblemente haya despertado inquietudes entre los gambusinos por algunos misteriosos datos que se hallan a pie de página. Cuando habla, por ejemplo, de "un valle azul... un valle de cobre", donde lo hay "más que en Nacozari, más que en la Cananea", explica que por vez primera ha cambiado direcciones y nombres de lugares para no entregar, a los "reyes del cobre" (Cole, Ryan, William Rockefeller), "información precisa sobre la ubicación de un depósito más poderoso sin duda, que aquellos que el trust explota en Butre y en la Cananea".

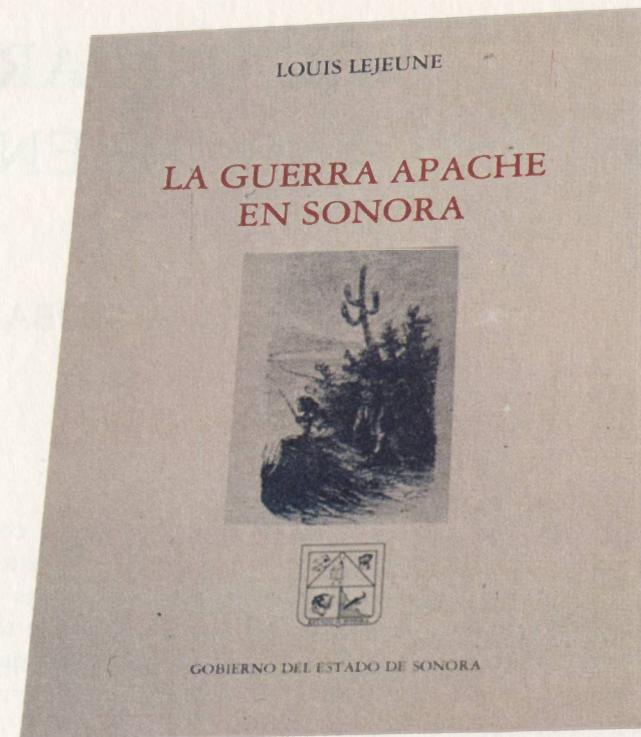
El prólogo de Antochiw, en cuarenta páginas de apretado texto, relata las incursiones de los apaches por el norte y las maniobras encaminadas a neutralizarlos: intrigas para que riñan entre sí y extensión del consumo del alcohol, entre otras. Apoyado en una rica bibliografía, desemboca en el apaciguamiento completo de los

bravos indígenas y constituye el núcleo de lo que puede llegar a ser una obra más amplia y profunda sobre el tema.

Vitorio, Gerónimo, Mangas, Chato y otros jefes cuyos nombres han sido tan difundidos por el cinematógrafo como falseadas sus personalidades por los argumentistas, surgen de estas páginas con su sobria autenticidad humana, y los vemos apagarse en el declive de una política injusta que busca extinguir a la tribu en lugar de resolverle sus problemas.

“Las familias fueron separadas y muchos niños murieron de tuberculosis en los distintos lugares donde fueron ubicados. En los campamentos, como el de Mount Vernon Barracks, en Alabama, muchos murieron de enfermedad y de hambre. Mientras los políticos discutían qué hacer con los apaches, éstos morían en condiciones inhumanas”. Muchos, agregamos, llevaban en los ojos los paisajes de Sonora que hoy en día acarician los nuestros.

1ª edición en español, 1984. Como “Antecedentes”, el citado prólogo de Michel Antochiw. 186 pp.



EL AUTOR

Louis Lejeune, viajero prospector de minas, de avezado espíritu aventurero, observó los últimos momentos de la guerra apache en Sonora durante los años de 1885 y 1886, la cual terminó con la rendición de Gerónimo.

VOCABULARIO SONORENSE

HORACIO SOBARZO

El esfuerzo del Gobierno del Estado por precisar un concepto de *lo sonorenses* no se ha limitado a la difusión de la historia de los hechos bélicos y políticos, mediante el rescate de obras que se habían convertido ya en rarezas bibliográficas. Se extiende también a la enseñanza y comprensión de fenómenos culturales que son, al mismo tiempo, fuente y producto de aquellos hechos y, desde luego, parte inseparable de la historia de Sonora.

Aludimos, como ya sugiere al lector el título del libro en turno, al lenguaje.

Según ha escrito el distinguido etnólogo Claude Lévi-Strauss, "el lenguaje se me manifiesta como el hecho cultural por excelencia, y esto por varias razones; en primer lugar, porque el lenguaje es una parte de la cultura, una de esas actitudes o hábitos que recibimos de la tradición externa; en segundo lugar, porque el lenguaje es el instrumento esencial, el medio privilegiado por el cual asimilamos la cultura de nuestro grupo..." (*Arte, lenguaje, etnología*, FCE).

De acuerdo con estos autorizados conceptos, es indudable la importancia de esta obra en la que Sobarzo consigna, por riguroso orden alfabético, varios centenares de las palabras utilizadas por

el pueblo sonorenses, algunas de ellas singularmente pintorescas: *amasijo*, *apachangar*, *arremedar*, *batarete*, *bebeleche*, *changüia*, *espichado* ("se quedó muy *espichadito*"), *fachoso*, *guari*, *chipili*, *bi-chicori*, etcétera.

Incluye Sobarzo algunas palabras de uso cotidiano adoptadas del inglés, como *troca*, de *truck*; *puchar*, de *to push*, empujar; *ponchar*, de *to punch*, horadar, entre otras. Con ello consigue una descripción completa del habla popular contemporánea, pues la cercanía de los Estados Unidos nos ha impelido a adoptar un curioso lenguaje en el que se mezclan indigenismos y anglicismos.

El autor se extiende en explicaciones históricas en los casos que considera auxiliarán a la comprensión del devenir sonorenses, como cuando se refiere a los nombres de las tribus que han habitado nuestra tierra: apaches, ópatas, yaquis, pápagos y demás grupos étnicos.

Es muy atinada la clasificación gramatical de todos y cada uno de los términos, con el añadido de que las definiciones que pudieran dar pie a confusión, se encuentran ilustradas con ejemplos de oraciones en las que se aplica la palabra en cuestión, de tal manera que se aclare por completo el menor asomo de duda. Estas oraciones han sido tomadas de autores mexicanos de reconocida autoridad lingüística, y especialmente de sonorenses: Armando Chávez Camacho, por ejemplo, contribuye con su novela *Cajeme* a ilustrar la palabra *lochi*; y Moisés Zamora, con *La Cohetera* (editada en esta colección), enseña la voz *lulu*.

Algunos ejemplos han sido tomados también de documentos oficiales, digamos, de algunas sentencias expedidas por el Supremo Tribunal de Justicia de Sonora. Otros se utilizan como términos de comparación respecto de expresiones usadas en otras entidades federativas.

El lector que haya leído las obras de Sobarzo publicadas anteriormente por el Gobierno del Estado (*Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora*, *Crónicas Biográficas*) sabrá que el distinguido humanista sonorenses posee la cultura y erudición suficientes para haber dado cima a este trabajo, tan singular en nuestro medio como arduo. A fines de los cincuenta tuvimos oportunidad de escucharle, en una reunión celebrada en el Instituto Tecnológico de Sonora (del Noroeste, en aquella época), algunas primicias de este libro, a la sazón aún no publicado.

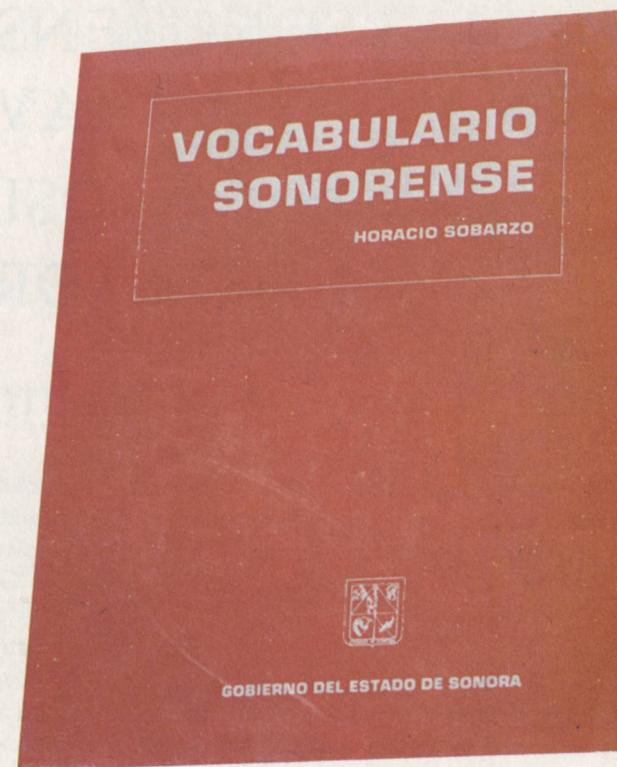
Pero algo más que cultura y erudición se han requerido para concretar este proyecto: un tesonero afán de acumular la información suficiente y un entrañable amor a Sonora.

Puesto que toda obra humana es perfectible y la evolución del lenguaje es incesante, es probable que el lector contemporáneo conozca algunas voces no incluidas en este diccionario. No serán muchas, estamos seguros, pero su estudio servirá para que el estudio advierta cómo, pese al desfile de los años, la expresión popular permanece inalterable en su esencia, lo cual debe interpretarse como fidelidad del sonorense a su historia y a su propia naturaleza.

Sólo se apuntan estas reflexiones. Muchas más aflorarán a la conciencia del lector en cuanto pase las hojas iniciales de este volumen, que de inmediato atraparán su atención.

1ª edición. 1966.

2ª edición. 1984. 262 pp.



EL AUTOR

Ver la nota correspondiente a la reseña de *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora*.

TEMAS SONORENSES A TRAVES DE LOS SIMPOSIOS DE HISTORIA

VARIOS AUTORES

Una labor sólida y consistente ha realizado la Sociedad Sonorense de Historia A. C. en diez simposios desarrollados ininterrumpidamente, a partir de 1975, en Hermosillo, bajo los auspicios académicos de la Universidad de Sonora y con el apoyo del Gobierno del Estado.

Los trabajos que se incluyen en este volumen constituyen un muestrario de las varias docenas dadas a conocer en nueve simposios —la edición apareció en los días que se celebraba el décimo—, pero es, como se indica en las páginas de presentación, una "antología mínima". Sin duda, ha sido tarea muy ardua realizar la selección en más de 4 000 páginas que ocupan ya las investigaciones de los miembros de la Sociedad y sus invitados —algunos de la ciudad de México, otros, del sur de los Estados Unidos.

En el índice de este volumen, hallará el lector los siguientes títulos, correspondientes, en su orden, uno a cada simposio, excepto los tres últimos, tomados del noveno:

"La insurrección maderista en Sonora, noviembre 1910 - junio 1911", Héctor Aguilar Camín;

"Los seris, quintaesencia del folklore sonorenses", Gastón Cano Ávila;

"Los aborígenes de Sonora a la llegada de los españoles", Armando Hopkins Durazo;

"El avión Sonora y el primer ataque aéreo mundial sobre buque de guerra, 1913", Alberto Francisco Pradeau;

"José Vasconcelos en Sonora", John Skirius;

"La nacionalidad de Joaquín Murrieta", James E. Officer;

"Teresa Urrea, la santa de Cabora", Brianda Domecq de Rodríguez;

"Carlos R. Ortiz, extraordinario legislador estatal y federal, 1877-1881", Juan Antonio Ruibal;

"Génesis de Ramón Corral (Sonora 1822-1893)", Ramón Eduardo Ruiz;

"La Revolución en Sonora y sus historiadores, una visión historiográfica", Cynthia Radding;

"Una muerte llamada Gerónimo", Héctor Pesqueira.

Aunque es arduo, en espacio tan limitado como éste, formular juicios acerca de un libro en el que concurren diversas plumas, podemos señalar como indicio de la calidad del volumen, el prestigio nacional de dos autores: Héctor Aguilar Camín y Brianda Domecq, si bien esta dama es más conocida como "novelista en busca de un personaje", según se autodefine.

Los lectores de las obras contenidas en este catálogo, tendrán noticia también de Armando Hopkins, Alberto Francisco Pradeau y Juan Antonio Ruibal Corella, que firman volúmenes aparecidos bajo el sello de esta colección. El tema que trata el último de los tres fue desarrollado posteriormente, y apareció como libro, editado por Porrúa.

Digamos, pues, breves palabras sobre los restantes.

Gastón Cano ha sido estudioso de la historia indígena desde siempre; sus conocimientos se funden en investigaciones de campo que, de hecho, nunca han sido interrumpidas.

Los trabajos de Skirius y Officer se refieren a personajes específicos: Vasconcelos y Joaquín Murrieta; respecto de este último, personaje casi de leyenda, Officer plantea la cuestión de su nacionalidad para el efecto de que se le envíe información.

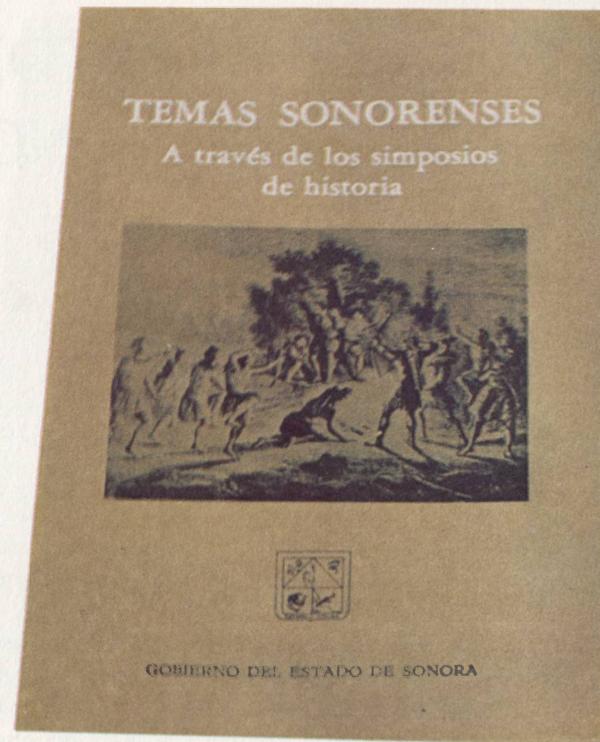
Los trabajos de Ruiz y Pesqueira explotan filones singularmente ricos para el historiador: la personalidad de Ramón Corral, cuya trayectoria positiva se reconoce ya sin reticencias, pese a que haya gobernado en la época de la dictadura porfirista; y la guerra

de los apaches, "tema para estudios muy especializados y poco conocidos, debido a que esta información ha quedado entre las exageraciones alienantes de la cinematografía u ocultas en los anaqueles secretos del más puro genocidio, cayendo por razones subsecuentes en el terreno de las ignorancias o antipatías autorales".

Hemos dejado para lo último el ensayo de Cynthia Radding que hubiera quizás merecido, si la antología no hubiera acatado el orden cronológico en que se presentaron los trabajos, encabezar a todos los demás, a manera de introducción. Esto, en virtud de que la autora realiza un acertado resumen de lo que se ha escrito y de quienes han escrito en torno a la Revolución en Sonora, con algunas valiosas conclusiones, entre ellas, la falta de estudios sobre los hechos que han ocurrido después de los veintes.

En sí mismos, estos once trabajos son singularmente valiosos; y lo son también como obra parcial representativa de la acción de la Sociedad Sonorense de Historia.

1ª edición, 1984, 264 pp.



HISTORIA DEL ESTADO DE SONORA

EDUARDO W. VILLA

He aquí la tercera edición de un clásico de la literatura sonorense, que era ya difícil de localizar, dado el tiempo transcurrido desde las dos anteriores impresiones.

El emérito profesor Villa, hijo distinguido de Baviácora, realizó profundas y pacientes indagaciones y estudios en un tiempo en que ni la ordenación técnica de los archivos ni la metodología de la investigación habían alcanzado el adelanto actual; no obstante, su libro, equilibrado y sólido, conserva su calidad de obligado texto de consulta.

El volumen comprende 26 capítulos, desde los orígenes del hombre en América y en Sonora, hasta los cambios revolucionarios impresos en la entidad por los gobiernos constitucionalistas, inclusive el inicio del régimen de don Ignacio Soto, época en que apareció la segunda edición. Cada vez que lo considera necesario para reafirmar la consistencia de sus juicios, el profesor Villa traza un gran marco nacional que sirve para dar profundidad y sustentación al relato de los acontecimientos ocurridos en Sonora. Lo hace con el señorío y aplomo de quien llegó a ser autoridad en la materia.

El libro está ilustrado con numerosas fotografías de edificios,

paisajes, monumentos y personalidades políticas, indispensables para entender el devenir de esta entidad federativa, así como algunos dibujos que captan momentos de trascendencia, mapas y portadas de periódicos publicados en el pasado.

Algunas de esas ilustraciones son tanto más útiles cuanto que no existe ya lo que representan; así, la fotografía, tomada a principios del siglo, de "La Corrección", el gran edificio construido en Ures en 1862, sede efímera de los jefes del Segundo Imperio en Sonora. Este inmueble no existe ya. Funcionarios sin visión ordenaron que fuera demolido para levantar allí una escuela. De ahí la singularidad de este documento.

El profesor Villa deja constancia, en el Proemio, de su reconocimiento al general Cárdenas, presidente de la República, por haber contribuido, en 1938, a la edición inicial. Que a ésta se halle unido el nombre del divisionario michoacano es garantía de la línea revolucionaria del autor.

El libro fue conocido y elogiado en medios nacionales. El arrebatado polemista, discutido político Vito Alessio Robles, lo elogió en un artículo publicado en *Excelsior* (16/VI/1938), que consideró la obra "bien escrita, hecha con método impecable, apuntalada en copiosa y excelente documentación..."

Luego de leer la crítica del escritor y político de Coahuila, el periodista y poeta guaymense Alfonso Iberri escribió, a su vez: "A nosotros, como al ingeniero Alessio, nos parece que el profesor Villa anduvo con modestia suma al darle el título de 'compendio' a su libro de historia, el más acabado, el más completo de cuantos de ese género se han escrito ahora sobre nuestro Estado."

Entre los muchos aspectos que de este libro importa destacar, no debe dejarse al margen los vocabularios de las diversas lenguas indígenas que se hablaron —se hablan aún, por lo que atañe a unas cuantas— en Sonora, ya que esta información, al tiempo que ofrece pistas estimulantes al investigador contemporáneo, historiador o lingüista, constituye un homenaje a los antiguos pobladores de esta porción de la República y un acto de veneración del autor al pasado de su tierra.

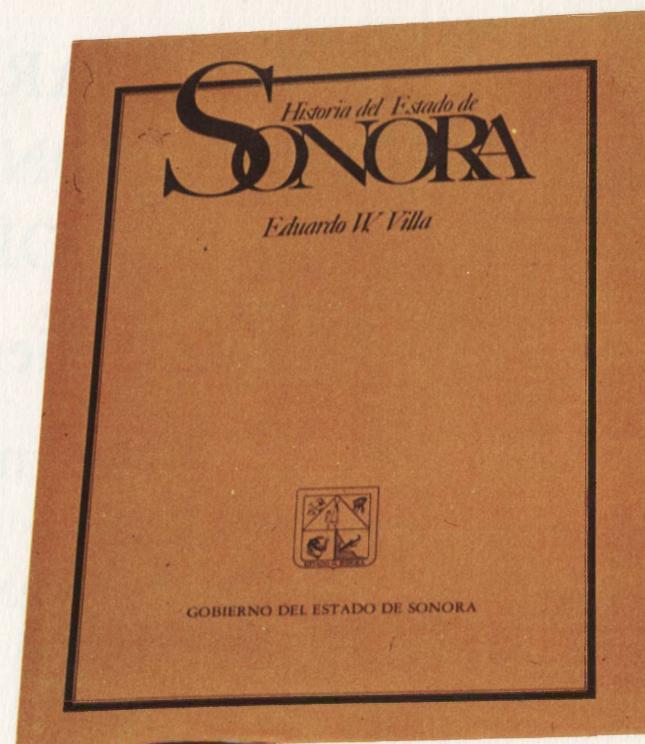
Como todos los libros importantes, la aparición de éste fue recibida con polémicas, a las que nunca, dicho sea de paso, rehuía el escritor de Baviácora. Las seguirá inspirando siempre el profesor Villa, que nunca supo expresar sus convicciones íntimas sino de

manera directa y clara. Botón de muestra: al referirse a la paz firmada con los yaquis en Estación Ortiz, el 15 de mayo de 1897, escribe que, "no obstante la solemnidad con que fue pactada, (la) vulneraron dos años después los mal agradecidos indios".

Con estilo sobrio, ameno, en periodos breves que facilitan la lectura, sin la abundancia de citas que algunos historiografos contemporáneos llevan a la farragosidad, la obra del profesor Villa transcurre con fluidez de principio a fin. Culmina en dos capítulos muy sintetizados: uno sobre los albores de la Revolución de 1910 y los primeros hombres que asomaban al campo de la historia, y el postrero, sobre el triunfo de esa Revolución y el distanciamiento del grupo sonorense y Carranza, así como un rápido examen de los gobernantes de Sonora en la etapa constitucionalista.

La historia del profesor Villa constituye, en resumen, un sólido peldaño en el que se puede pisar con firmeza, para ascender a otros estadios de la investigación.

3ª edición, empastada en tela, 1984 (1ª y 2ª ediciones, en 1938 y 1951). Premio del autor, Vito Alessio Robles, José G. Rocha y Alfonso Iberri, 446 pp.



Nacido el 26 de octubre de 1888, se tituló profesor normalista en Ures y realizó estudios superiores en Los Angeles. Fue director general de Educación y director del Departamento de Investigaciones Históricas, fundado a su iniciativa. Es autor de otras importantes obras históricas y de numerosos artículos sobre la materia publicados en periódicos de Sonora y otras entidades.

DIARIO DE LAS EXPLORACIONES EN SONORA / Luz de tierra incógnita

JUAN MATEO MANGE

Un investigador acucioso podría reconstruir, con un mapa de Sonora y el presente libro a la mano, el itinerario que siguieron en Sonora Kino y los exploradores de su tiempo. El capitán Juan Mateo Mange acompañó al insigne civilizador en sus viajes por las tierras entonces desconocidas, y anotó con precisión fechas de cada uno, tiempo de estancia en cada pueblo, número de habitantes, incidentes varios y, en fin, observaciones sobre costumbres de los indígenas y procedimientos —homicidas, con frecuencia— con que eran reprimidas las rebeldías.

El estilo literario del capitán Mange es el que imperaba en el siglo XVII en España: periodos excesivamente largos con expli-

caciones prolijas que hoy se pondrían entre guiones o paréntesis, o darían pie para formar una nueva cláusula. Baste señalar como ejemplo, que no hay un solo punto en la primera página del "Prólogo e introducción" con que se inicia la obra.

Pero si el lector contemporáneo, no acostumbrado a la lectura de este tipo de documentos, se desconcierta un poco al trasegar con ellos, pronto hallará recompensa en el interés del contenido, y en pasajes que conservan la frescura de lo que en su momento fue novedad, pensará haber hallado al Bernal Díaz del Castillo de estas tierras incógnitas.

El relato se inicia el 18 de julio de 1692, cuando el capitán Mange se embarcó en Cádiz hacia las Indias Occidentales. Lo hizo casi en el segundo aniversario de la partida de Colón. ¿Qué lo llevó a emprender la aventura? Lo explica directamente en el inicio del segundo capítulo:

"Dice Séneca el filósofo, que la naturaleza nos crió para orar y contemplar, y que imprimió en nuestras almas natural deseo de saber las cosas secretas con curioso entendimiento para buscar las más incógnitas y celebrar la hermosura de ellas, penetrando los muros del cielo y dificultades de la tierra. Este anhelo y apetencia de saber y descubrir tierras, climas, ríos y naciones me estimuló el incentivo, abandonando trabajos, sed, necesidades y riesgos que los longiuos caminos e ignotos traen consigo".

Al apasionamiento que despierta la contemplación de aquel mundo a través de la narración de Juan Mateo Mange, se une el azoro cuando asiste uno a las numerosas muertes de seres humanos: bien las de indígenas, que el soldado-escritor refiere con cierto desparpajo, bien las de misioneros, ante las cuales surge el sentimiento piadoso del español. Entre estas últimas, es particularmente dramática la del padre Francisco Javier Saeta:

"Salió el padre que según la hora estaba en oración, a los gritos, y viendo lo que ejecutaban aquellos bárbaros, les dijo con notable mansedumbre, ¿que por qué mataban a aquellos pobres?, la respuesta fue dispararle flechas que casi a un mismo tiempo le atravesaron los costados; hincóse luego de rodillas a ofrecerse en suave holocausto y poco después se retiró a un pobre aposento que era toda su vivienda, siguiéronle los matadores y sentándole en su humilde lecho, hicieron con él mil crueldades, hasta que a los golpes de sus macanas acompañados de 22 flechas como se presume, por 22 que

fueron las que se recogieron en la casa, rindió la vida para entrar triunfante en la gloria a celebrar el triunfo de Cristo..."

Los admiradores del padre Kino leerán sus acciones en estas páginas, descritas por quien vivió a su lado los más trascendentales episodios del jesuita, desde la contemplación atónita de las Casas Grandes, su incredulidad ante el lino producido en tierra sonorense y su obstinación para seguir adelante, pese a estar "debilitado y con desmayos", hasta su muerte, ocurrida "como había vivido y con suma humildad", en su cama, formada "por dos cueros de carnero por colchón, dos frazadillas de las que usan los indios para el abrigo, y un aparejo por cabecera".

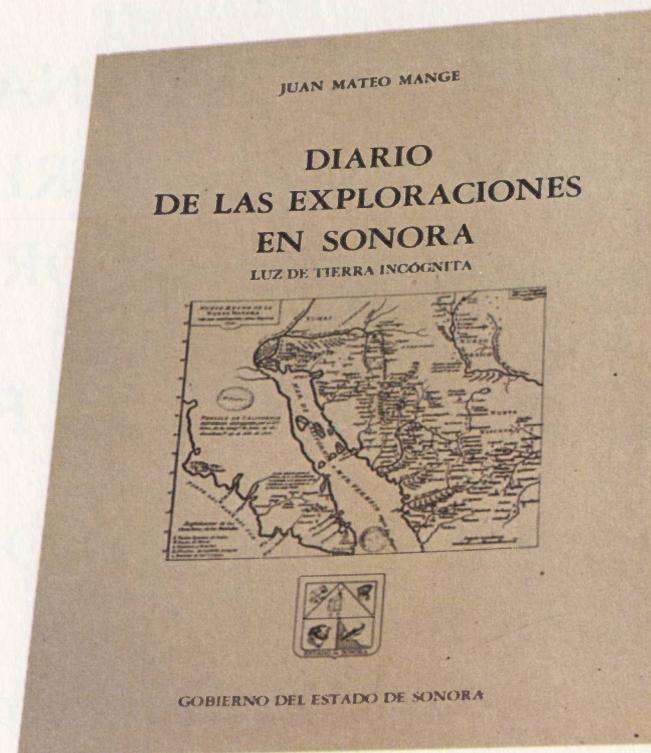
El juicio del cronista Mange llega a los límites de la ternura, quizás por única vez en toda la obra, cuando lo aplica a Kino, cuya comida "siempre era sin sal y con misiones de yerbas, la hacía más desabrida... y era tan cierto que no usaba vino sino para celebrar... ni más que dos camisas gruesas porque todo lo daba de limosna a los indios".

Hasta 1716 llega la relación de hechos de este volumen cuyo original, se advierte en las páginas postreras, se encuentra en el Archivo General de la Nación, si bien se añade un suplemento de una segunda pluma para rematar el *Diario*.

A más de tres siglos de distancia, una de las observaciones del capitán Mange conserva su validez: "Lo cierto es que hay mucho incógnito por esta América septentrional, ánimos faltan y ayudas de los que pudieran y aún debieran darlas y más cuando se propusieran medios muy proporcionados para lograrlo todo".

(1ª edición, 1956; 2ª ed. 1926).

3ª edición, 1985. Introducción de los editores. 164 pp.



EL AUTOR

Nació en la provincia de Aragón, España, en 1670. Ocupó diversos puestos, hasta llegar al de alcalde mayor de la Provincia de Sonora. Fundó los pueblos de El Pópulo y El Pitic. Vivió algunos años en Arizpe. Su muerte ocurrió en Sonora en 1717.

PAGINAS
PARA LA HISTORIA
DE SONORA

Triunfos de Nuestra Santa Fe

TOMO I

ANDRES PEREZ DE RIVAS

En el empeño de informar al lector el propósito y objetivos de esta obra, editada en dos tomos, el reseñista avanzará un considerable tramo si transcribe el texto de la portada de la primera edición, cuyo facsímil se encuentra al abrir el volumen:

HISTORIA
de los
TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE

entre gentes de las más bárbaras
y fieras del nuevo Orbe; conseguidos por los soldados
de la Milicia de la Compañía de Jesús en las Misiones
de la Provincia de Nueva España.

REFIÉRENSE ASIMISMO LAS COSTUMBRES,
ritos y supersticiones que usaban estas gentes: sus puestos y
temples: las victorias que de algunas de ellas alcanzaron con
las armas los Católicos españoles, cuando les obligaron a to-
marlas: y las dichosas muertes de veinte religiosos de la Com-
pañía, que en varios puestos y a manos de varias Naciones,
dieron sus vidas por la predicación del Santo Evangelio.

DEDICADA
A LA MUY CATÓLICA Magestad
DEL REY N.S. FELIPE CUARTO

Escrita por el Padre Andrés Pérez de Rivas,
Provincial en la Nueva España, natural de Córdoba

Año J.H.S. 1645
CON PRIVILEGIO

Como advierte en su prólogo Manuel Robles Ortiz, se colocó al original puntuación con sentido moderno para facilitar la lectura y comprensión del texto.

Por otra parte, varios capítulos del primer volumen se dedican a las actividades de misioneros y soldados españoles en la provincia de Sinaloa, ligada íntimamente con Sonora pues, desde luego, estaba lejos el tiempo en que iban a separarse. Es muy importante partir de allí para estudiar las vicisitudes de los extranjeros colonizadores, pues en el curso de las mismas van aprendiendo la forma y manera de penetrar en un mundo totalmente desconocido para ellos.

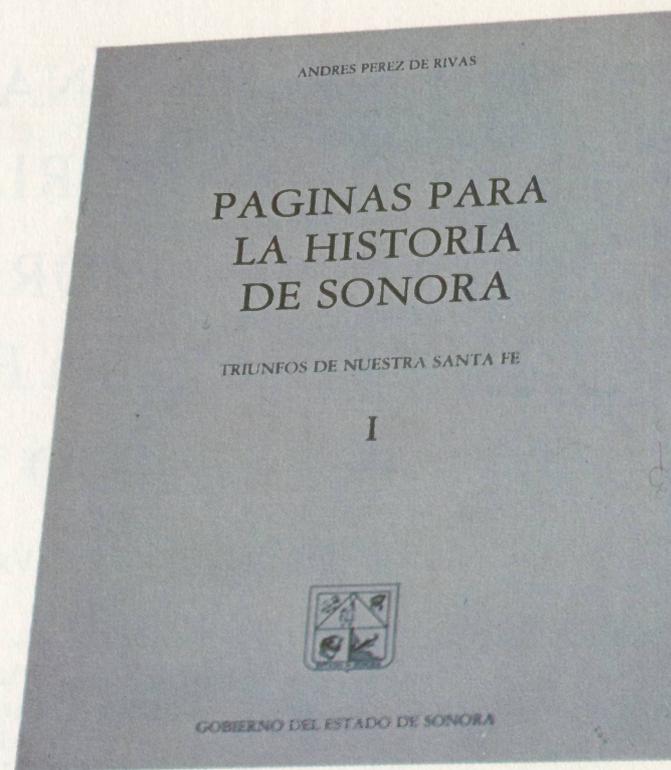
Por cierto, para nuestra mentalidad moderna, que por muchos conceptos ha idealizado a los aborígenes de esta región del país, suena ruda la franqueza con que pinta el autor a los habitantes originales de estas tierras:

“Las naciones de Sinaloa estaban en su gentilismo, todas sepultadas en sus vicios y costumbres bárbaras. Era Sinaloa una selva de fieras y una cueva de los demonios, donde habitaban millares de hechiceros. Era un monte espeso de breñas, un eriazó donde no nacía planta que diese fruto, sino espinas y abrojos”.

Era, sin duda, en pocas palabras, una tierra de salvajes. Y no se recata Pérez de Rivas para aportar pruebas, algunas estremeedoras: tal el asesinato cometido en la persona del padre Gonzalo de Tapia, cuyo brazo “se supo que lo pusieron (los indios) sobre brasas para asado comérselo: pero no permitió nuestro señor que aquella carne de su santo siervo se convirtiese en la de aquellos endemoniados. Porque puesto a asar en barbacoa (invención de que ya dijimos que usaban para asar la carne del animal que matan) con todo, usando de este artificio aquellos bárbaros por tres veces, para comerse el brazo asado, siempre salía tan fresco como lo habían puesto”.

Entre los muchos campos de la historia del noroeste generalmente oscuros para los lectores que no son profesionales de la investigación, figura la cuestión de los presidios militares construidos y sostenidos estratégicamente en las tierras de conquista. El libro que se comenta detalla cómo y por qué se instalaron, sin eludir la aparente contradicción de que soldados y armas se conjugaran con la predicación del Evangelio, que por naturaleza debió estar enteramente divorciada de todo signo de violencia. Aborda también el problema de lo que costaba el sostenimiento de estos presidios; y aquí asoma su idiosincrasia española, fiel a la corona, pues considera que “a no contener en paz estas naciones los presidios, imposible fuera el poderse labrar muchos reales de minas que están en sus comarcas o en sus fronteras; ni descubrirse las que cada día se van hallando en sus tierras”.

De la fresca luminosidad de estas páginas, escritas con el estilo de la época: largos periodos integrados por varias cláusulas, con detalladas descripciones del objeto de estudio, surge un rostro bien conocido por los lectores de historia sonorenses: Diego Martínez de Hurdaide. El autor difícilmente oculta la admiración que le despierta este arrojado capitán que reta una y otra vez, con buen éxito, a la muerte, y abre el camino a los propagadores de la fe. Destacan entre éstos el ya mencionado Gonzalo de Tapia y Juan Bautista de Velasco, muertos con lujo de crueldad a manos de las criaturas



que pretendían salvar para la vida eterna. En su elogio, la pluma de Pérez de Rivas se extiende sin fatiga a lo largo de páginas y más páginas, como si quisiera asegurar la inmortalidad para sus compañeros de aventura.

En el segundo volumen llegan las espadas y las cruces hispanas a las fronteras de lo que hoy es Sonora, donde se encuentran los mayos, de ordinario “más acometidos que acometedores”. Para entonces el salvoconducto para atravesar por las regiones dominadas era sencillo; bastaba decir: “Soy bautizado”. Pero ya era evidente que la nación a vencer eran los yaquis.

PAGINAS PARA LA HISTORIA DE SONORA

Triunfos de Nuestra Santa Fe

TOMO II

ANDRES PEREZ DE RIVAS

Con éstos hallaron los misioneros grandes dificultades pues por ser "nación tan populosa, belicosa y arrogante, que jamás había tenido comercio ni amistad con españoles, ni con las demás naciones, no estaban en disposición de recibir la doctrina del Evangelio".

Hubo circunstancias, sin embargo, que lo permitieron, y hallará placer en leerlas quien se interese de manera especial por el tema.

A nosotros nos interesa destacar cómo encontraron los españoles a la nación yaqui. Lo que primero llamó la atención de los recién llegados fue su río, "de los mayores que corren por la provincia de Sinaloa, viene a ser casi tan caudaloso como el de Guadalquivir en Andalucía". En las últimas doce leguas del río, "está poblada la famosa nación de yaquis, que goza de muchos valles, alamedas y tierras de sementeras, las cuales cuando el río trae sus avenidas y crecientes, que son ordinarias casi cada año, las deja regadas y humedecidas para poderse sembrar de verano, sin que tengan necesidad de lluvias para sazonarse y gozarse sus abundantes frutos".

Sus alimentos principales eran, por tanto, el maíz, el frijol, la calabaza, y el fruto de árboles tepeguajes o mezquites, "unas al-

garrovillas, que molidas en mosteros grandes de palo, su harina es algo dulce y sabrosa, y de que se sirven para bebida y comida". A estos alimentos añadían los obtenidos en la caza y la pesca.

Los yaquis se agrupaban en rancherías a lo largo del río y junto a sus sementeras, "y el número destas rancherías sería de ochenta, en que había treinta mil almas".

Pérez de Rivas hace un elogio de la valentía de los yaquis y llama en su auxilio la opinión de Diego Martínez de Hurdaide "que no había hallado en otras muchas naciones con quienes había combatido tal coraje en pelear como el de los yaquis".

Eran éstos "generalmente de más alta estatura que los de otras naciones y más bien agestados en hablar alto y con brio y grandemente arrogantes".

El investigador no profesional llegará a deleitarse tanto con las narraciones del padre Pérez de Rivas, que en algún momento de distracción tomará su contenido por un puñado de aventuras, tal es su amenidad. Pero adquieren intenso dramatismo cuando describe las muertes de los misioneros que no llegaron a ver la culminación de su intenso trabajo.

Hay también, en las últimas páginas del volumen segundo, quejas personales no disfrazadas lo suficiente con la dulzura de la prudencia. Así, cuando responde a "un hereje destes tiempos" que hizo una publicación contra la Compañía de Jesús acusando a sus miembros de buscar a los hijos de la misma "entre gentes y repúblicas de lustre, ricas y poderosas"; asimismo, reprueba "las calumnias con que procuran perseguir a la Compañía de Jesús, como a la que tienen por escuadra y batallón que resiste y desbarata sus intentos (en los que) emplean todas sus diligencias, sus lenguas y plumas, en desacreditarlos en el mundo".

El misionero se complace en describir los progresos que los indígenas han realizado gracias a la acción religiosa: rechazan a todas sus mujeres, menos a una, con la que contraen matrimonio; mejoran sus hábitos; se visten con mayor decencia y se alejan del alcohol; repudian a los antiguos ídolos; inclusive, y en ello son ejemplo los yaquis, se organizan socialmente para autogobernarse.

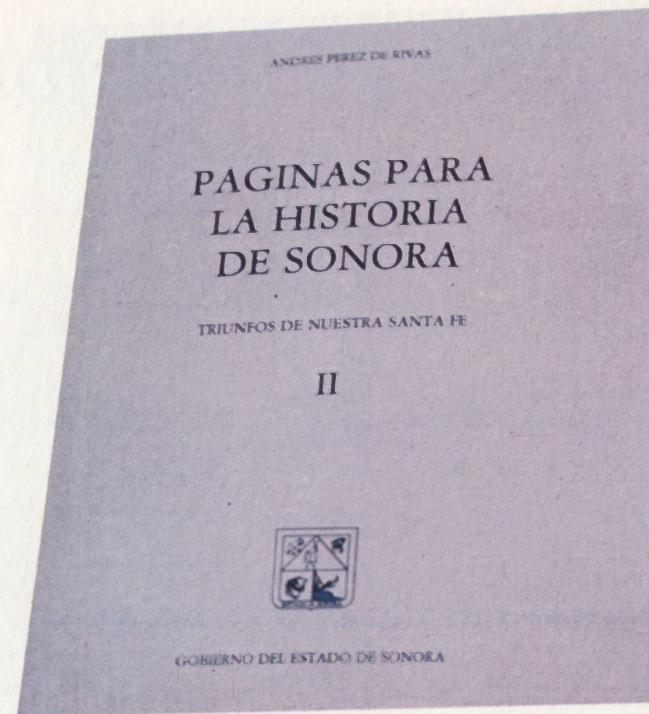
Pero el libro no interesa al lector sólo por su contenido, sino también por su autor, y de manera especial, por las respuestas personales de éste ante el ambiente que pretende modificar. De hecho, ha sido una vieja inquietud conocer, no sólo cómo reacciona-

ban los indígenas ante los extranjeros recién llegados, sino también éstos ante el medio.

Pérez de Rivas formula su propia confesión. Asevera que se diferencian mucho las naciones salvajes de las sociedades políticas y opulentas, "porque en éstas se halla trato y conversación humana, habitaciones de hombres, edificios, casas y adorno de ellas; y finalmente, el ministro que entra a predicarles halla abrigo y comunicación de hombres", mientras que vivir entre tribus salvajes "viene a ser un perpetuo destierro".

Pronto sus lamentaciones de hombre de carne y hueso son aplacadas por sus deberes de religioso y el recuerdo de que quienes se emplean en reducir, en nombre de Cristo, naciones bárbaras, "quedarán coronados de premio y gloria por estar libres de los respetos humanos que tienen más lugar tratando con las políticas".

3ª edición, 1985; Prólogo de Manuel Robles Ortiz. Tomo I, 402 pp; Tomo II, 366 pp.
(1ª ed., 1645; 2ª ed., 1944).



EL AUTOR

Andrés Pérez de Rivas nació en Córdoba, provincia de Andalucía, España, en 1575. En 1602 llegó a la Nueva España como novicio de la Compañía de Jesús. Durante muchos años participó en la civilización y adoctrinamiento de las provincias de Sinaloa y Sonora. Murió en la ciudad de México en 1655.

CUENTOS Y LEYENDAS

ENRIQUETA DE PARODI

Era obligado incluir en la relación de autores sonorenses que el Gobierno del Estado ha publicado en el presente sexenio, el nombre de doña Enriqueta de Parodi. Fue pionera de la promoción editorial y contribuyó a la creación del Concurso del Libro Sonorense, ya desaparecido, en 1944. De entonces a 1955, lapso en que ocupó la Dirección General de Organización Social y Cultural, salieron a la luz diez obras. Asimismo, orientó con su consejo a muchos jóvenes que trataban de precisar su vocación literaria.

Para dejar constancia de este reconocimiento, entre sus numerosos libros se ha escogido "Cuentos y Leyendas", con 21 relatos representativos del estilo directo y sencillo de doña Enriqueta, enemiga de rebuscamientos y florituras. La narración sigue una línea recta, lo que hace pensar que la autora deseaba ponerlo al alcance del mayor número de lectores.

Algunos cuentos se encuentran intimamente ligados a las tradiciones sonorenses, como "La dinastía de Coyote Iguana", basado en el secuestro de Lola Casanova, hermosa joven blanca, por el jefe seri, o "El reino de Quivira", que habla de las riquezas misteriosas y legendarias que los españoles jamás pudieron encontrar.

Hay leyendas ubicadas en poblaciones determinadas de la enti-

dad, lo que aprovecha la escritora para destacar las características de las mismas.

"Ciudad Obregón —escribe en "Flor de Guayacán"— es en el Estado de Sonora una de las ciudades más importantes por su riqueza agrícola primero, y por su importancia comercial después.

"Viví cerca de dos años en ese lugar y me gustaban más sus alrededores, que la propia ciudad polvorienta y en formación; encontraba en muchos de sus campos, jardines admirablemente cuidados, y más lejos, vegetación riquísima y paisajes bellísimos".

Y más adelante en "En otra vida":

"Hace cuarenta años conocí Tepache; era como ahora, una calle larga, dividida en dos por el arroyo; pero en el Tepache de abajo, hacia la derecha, existían entonces cañaverales y trapiches que hacían más productiva la región".

En "Calleja del coche fantasma", su literatura es casi pedagógica:

"Durante muchos años, Moctezuma había sido la cabecera del Distrito del mismo nombre; era población alegre, pintoresca, semilevítica, apenas modificada por la efervescencia revolucionaria. El pueblo está situado al sur de Cumpas, otra población fundada también por ópatas..."

La vena poética de doña Enriqueta aflora con frecuencia en sus narraciones:

"Flota en la vida de provincia un halo de romanticismo y de misterio; hay siempre en los pueblos viejos y alejados de las ciudades una leyenda a flor de labio, una conseja donde hay aparecidos y donde el milagro es como rosa extraña y sugerente" ("Cita de ultratumba").

"Eran las primeras horas de la mañana; sobre la tierra, flotaba un vaho perfumado de resinas y de flores silvestres" ("Sonot, la princesa ópata").

En la tercera edición de este libro, que salió a la luz con el sello de Costa Amic, el distinguido escritor y periodista José Muñoz Cota, que era amigo entrañable de la señora de Parodi, le dice en una carta:

"Estos cuentos son gajos de la pugna cotidiana; quizá los *anti* los detesten; pero a los hombres —seres humanos que viven no en abstracto sino en concreto— les van a interesar y, a lo mejor, piensan que ya los vivieron y que pueden vivirlos. ¡No sé por qué la lite-

ratura tiene miedo a la vida! ¡Ni siquiera la poesía escapa a la vida!"

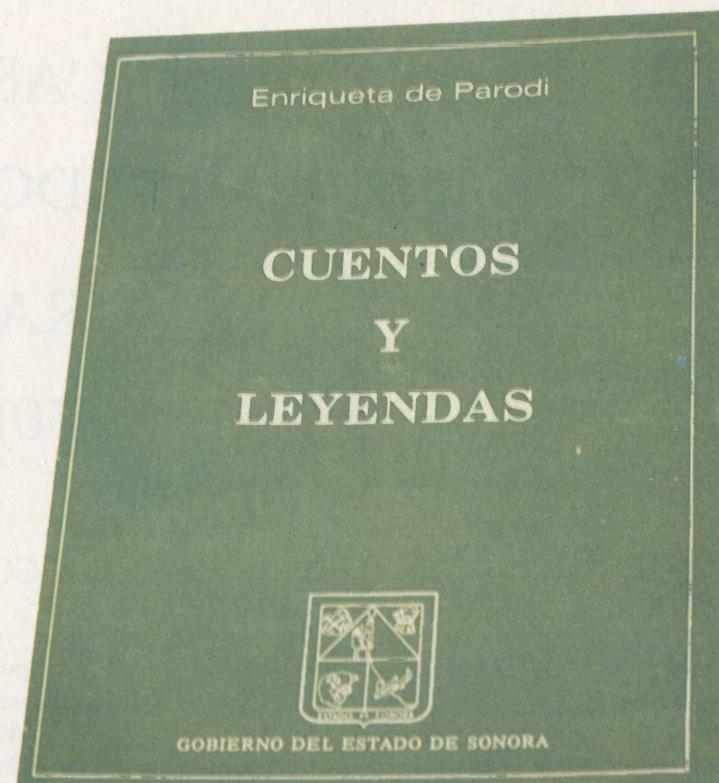
Y Leonor Llach, en el prólogo respectivo, opina

"Enriqueta de Parodi no sólo es escritora, sino que sabe utilizar el don maravilloso de que ha sido dotada para defender principios de justicia que han de hacer en el porvenir la vida más armónica y más consciente. Ella ha hablado por aquellos cuya voz nunca será oída..."

El lector formulará su propio juicio literario al terminar la lectura de estas páginas, y podrá coincidir o diferir de los ya expresados. Pero, en concreto, podemos asegurar a los amantes de las historias de fantasmas y aparecidos, entierros, coincidencias extra-terrestres y visiones de pueblos centenarios, que hallarán en este volumen un tesoro suficiente para saciar su curiosidad.

(1ª edición. 1944; 2ª ed.. 1954; 3ª ed. 1966).

4ª edición. 1984. 172 pp.



LA AUTORA

Nacida en Cumpas, Sonora, dividió su vida entre el hogar, la literatura y el servicio público. Escribió una veintena de libros: novela, biografía, cuento, poesía, prosa breve. Fundó numerosas bibliotecas en la entidad. En los postreros años de su vida fue diputada local por Hermosillo.

NOTICIAS ESTADISTICAS DEL ESTADO DE SONORA (1850)

JOSE FRANCISCO VELASCO

Quien abra las páginas de este libro, escrito y publicado por primera vez hace más de cien años, no quedará defraudado si busca enterarse de cómo era nuestro Estado en la fecha que indica el título. Pero nadie espere encontrar sistematizada la información de acuerdo con las técnicas ahora conocidas, que permiten expresar en gráficas y porcentajes las características económicas, culturales y sociales, en general, de una comunidad en un momento dado. Ni la estadística había avanzado entonces, ni los medios de comunicación permitían lograr los resultados que ahora es posible obtener con un buen censo.

Como quiera que sea, y aunque el término era entonces desconocido, hay que señalar que se encuentran en esta obra algunas *proyecciones* singulares, digamos, cuando el autor calcula, con base en su conocimiento sobre Guaymas, que "más adelante, pobladas nuestras fronteras, puede hacerse un puerto de interés para los negociantes, porque será el más próximo a las nuevas poblaciones"

Cada vez que le es posible, Velasco hace comparaciones. Así, la población de Hermosillo, en 1822, arrojó un padrón de 5 000 almas, mientras que el de 1840, que sirve de base al autor, arroja un saldo de 13 655 "incluyendo por cálculo dos mil indígenas yaquis que no fue posible empadronar". Considera Velasco que deben agregarse 3 000 más en 1943, año en que suponemos comenzó a escribir su obra.

Entre los muchos, muy interesantes temas que estudia —asuntos administrativos, problemas de seguridad pública, siembras que se realizaban en Hermosillo, tipo de minas y su ubicación en el Estado, características de las tribus, descripción de los presidios militares, el problema de los apaches, etcétera—, uno de los que nos parece más impresionante es la emigración de familias sonorense hacia California, en parte atraídas por la fiebre del oro y otros incentivos, en parte presionadas por el peligro de los apaches.

"...los Pavías, los Félix, los Romeros, los Estradas, los Masones, etcétera, que después de haber apurado en Sonora su actividad en hacer la diligencia, no ya para adquirir capital, sino quizá los más para salir de sus compromisos, se fueron a la bonanza y han vuelto a su país desahogados, y desengañados de que en él, considerando la triste posición que guardan todos sus ramos, jamás habían conseguido ese suspiro consolador, no porque se carezca de elementos de prosperidad y de riqueza, sino porque no presentando garantías, el hombre, por más honrado e industrial que sea, se encuentra aislado y sin recursos".

Lo peor es que muchos de los que vuelven con ánimos de quedarse aquí, a los pocos días reniegan de su regreso, y además contagian a otros, de tal manera que "la emigración próxima será mucho más numerosa".

Los temas enunciados en los ocho capítulos son, respectivamente: "Topografía del Estado de Sonora, así conocido comúnmente, antes de su división en dos"; "Situación, extensión o límites del Estado de Sonora"; "Administración Pública del Estado"; "Población"; "Presidios en lo general y particular" (aquí incluye observaciones sobre los seris, pimas, ópatas y pápagos); "Minería". Además, se ocupa de los apaches, de las "Jornadas de don José Elias para la Alta California, desde la Villa de Guadalupe o El Altar", y termina con "Sonora. Placeres de oro y plata".

Velasco no se dedicó a la escueta descripción de su entorno.

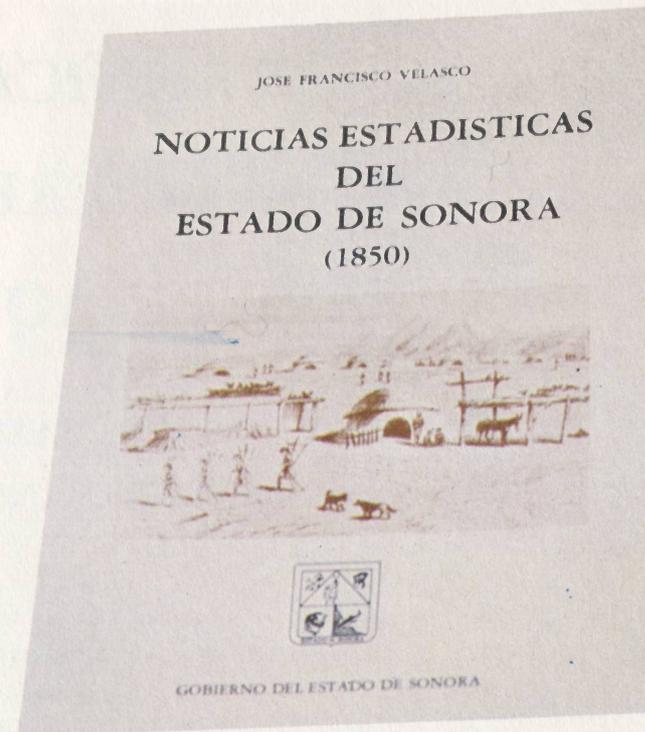
También libró luchas por mejorar la situación de la entidad, y hay pruebas de ello, tanto en el mismo libro que aquí se comenta, como en algunos periódicos que publicaron sus colaboraciones.

El presente volumen remata, precisamente, con uno de los artículos que vio la luz en *El Siglo XIX* de la ciudad de México, en el que propone con energía la necesidad de integrar una fuerza armada que brinde garantías a los habitantes de estas regiones contra los ataques de los indios. Con amargura crítica al gobierno mexicano, que nunca se cuidó de promover empresas que aprovecharan las riquezas de California, cuando nos pertenecía, hasta que vinieron los norteamericanos "alentados en codicia por nuestra debilidad y estupidez".

En cuanto al problema de los apaches, es el temor a éstos lo que impide aprovechar las riquezas mineras. Y Velasco se adelanta a la réplica: "Se nos dirá que los gobiernos no tienen culpa en esto; pero nosotros responderemos que la tienen, y muy grande, puesto que de ellos depende allanar los principales obstáculos que se oponen a las grandes empresas".

1ª edición, 1860.

2ª edición, 1985. Introducción de los editores, 202 pp.



EL AUTOR

Nació en Sonora en 1790. Fue secretario de la Comandancia General de Provincias Internas, presidente del primer Ayuntamiento de Hermosillo en 1821, diputado al Primer Congreso General de 1822, diputado a los Congresos Constituyentes del Estado de Occidente en 1824 y de Sonora en 1831. También fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

CRONICAS DE LA GUERRA DEL YAQUI

MANUEL BALBAS
FORTUNATO HERNANDEZ

Dos obras en un volumen, ambas de testigos activos de las legendarias batallas del ejército porfiriano contra los yaquis indomables, más sendos prólogos sobre la personalidad y ubicación política de quienes las escribieron, nos entrega en esta edición el Gobierno del Estado.

Se trata de *Recuerdos del Yaqui*, del doctor Manuel Balbás, y *La Guerra del Yaqui*, de Fortunato Hernández.

La primera describe con crudeza las penalidades del Ejército Mexicano durante sus incursiones en las tierras de los yaquis, en pleno julio, cuando la insolación hacía más estragos que las balas de los indígenas. Balbás era médico militar que, por su cargo, no sólo pudo presenciar la preparación de los encuentros, el desarrollo de la estrategia y el desenlace de las diversas batallas, sino además obtener testimonios de los heridos.

Su relato es vivo y, sobre todo por lo que toca a los artículos que había escrito para periódicos de la época, y que injerta con tino en su obra, a veces lírico y literario.

Poco a poco fueron apareciendo en el cielo los celajes que, como kaleidoscopios de oro y fuego, brillan con intensidad deslumbrante al alborear el día", escribe.

Sin embargo, los ángulos más interesantes de esta narración, como lo advierte en su vigoroso ensayo el prologuista Michel Antochiw, se descubren en la transformación que muestra Balbás en cuanto a sus opiniones sobre los yaquis, en las primeras páginas, reprobatorias; en otras, escandalizadas ante el estoicismo y el valor suicida de la raza; y, en las últimas, pletóricas de involuntaria admiración.

De hecho, termina por aseverar que los yaquis tenían la razón al oponerse a la invasión de los españoles pues actuaban en defensa de su patria. Mas para llegar a esta conclusión, ha tenido que luchar entre el reconocimiento de los hechos objetivos y la solidaridad que lo compromete con los suyos, "soldados abnegados y valientes, que jamás vacilaban un instante siquiera en el cumplimiento de sus deberes".

Pero la contemplación directa de los acontecimientos y la frecuencia de los actos heroicos de los yaquis, hombres y mujeres, niños y adultos, va penetrando la conciencia del médico militar hasta que se aviva su sentido crítico:

"El gobierno federal, por razones de política, trataba de ocultar la importancia de la campaña, siendo esta circunstancia motivo para que la abnegación y los sacrificios del ejército pasaran completamente desapercibidos para la nación".

Por otra parte, los indígenas muestran planos y títulos para legitimar su posesión, y aunque el autor se siente incapaz de precisar su validez, asienta que "si el derecho de posesión por varios siglos, constituye un título legítimo, la tribu yaqui es la dueña de estas tierras".

Después de la narración militar, Balbás reflexiona en las medidas intentadas para resolver el problema yaqui, entre ellas la deportación en masa, que califica como "la más cruel de todas". Piensa que el procedimiento armado, pero "enérgico, decidido, rápido", combinado con el reconocimiento de los derechos de la tribu sobre "la mayor extensión posible de terreno" constituiría una buena fórmula. Pero finalmente triunfa sobre sus dudas la conciencia del hombre justo, y mientras grita "¡Escuelas!, ¡escuelas!", asienta:

“Los gobiernos que sólo procuren exterminar con las armas a las tribus indígenas que se sublevan en el país, acabarán por extinguir la nacionalidad mexicana”.

La obra de Fortunato Hernández está precedida por un estudio histórico y geográfico de esta región del noroeste que sirvió de marco a las guerras del Yaqui. La parte medular del libro la sostiene la personalidad de Cajeme, de quien habla el autor con fundamento en la entrevista que con el jefe indio tuvo el gobernador Ramón Corral.

Hernández continúa con Tetabiate, cuya rebelión sigue paso a paso la relación del teniente coronel Gil Manuel. En este capítulo se comenta el aleccionamiento de los niños yaquis a manos de abuelos y madres que les inculcaban el odio a los yoris.

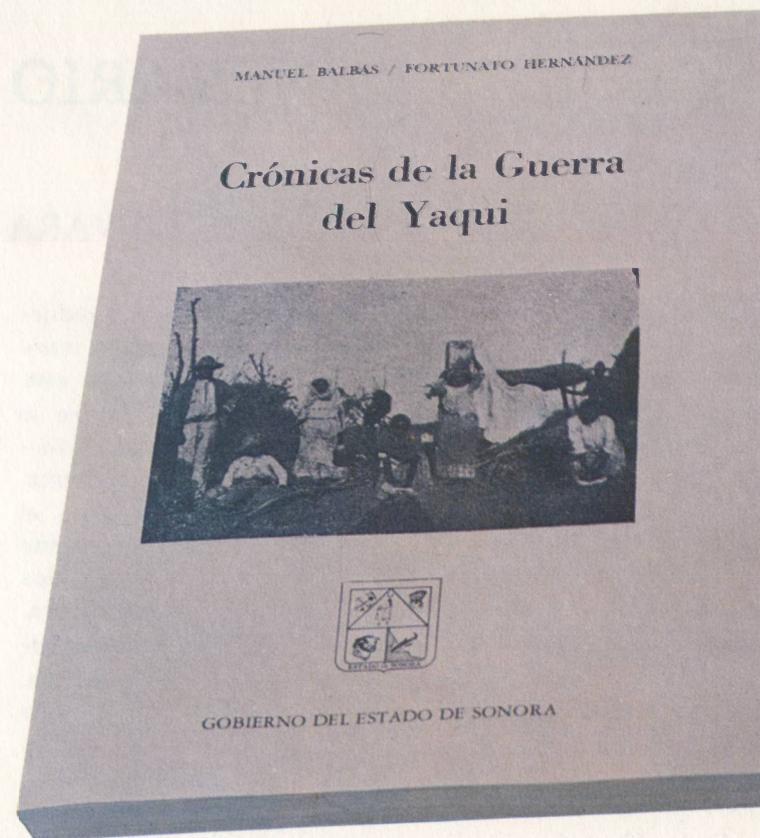
Los juicios del autor son siempre favorables a los agresores, mientras que el villano de la película, que cuenta amenamente, hay que reconocerlo, es siempre el indígena: fiel a esa tesitura, asegura que el “altruista general Porfirio Díaz... hubiera indudablemente evitado esta campaña, a no estar de por medio el honor de las armas nacionales, ultrajado por la insolencia de una tribu salvaje y levantisca”.

Esta doble publicación enriquece el conocimiento de las guerras yaquis, que habíamos abrevado en obras publicadas con antelación, especialmente porque es posible comparar los puntos de vista de dos contemporáneos, ambos al servicio del régimen porfiriano.

Recuerdos del Yaqui, 1ª edición, 1927; 2ª edición, 1985; 108 pp.

La Guerra del Yaqui, 1ª edición, 1092; 2ª edición, 1985, 148 pp.

Prólogo de Michel Antochiw



LOS AUTORES

Manuel Balbás era médico y quedó incorporado a las fuerzas armadas que vinieron a Sonora a combatir a los yaquis. Fortunato Hernández, médico también, estaba más comprometido con el general Porfirio Díaz, en cuyo nombre realizó un recorrido por los Estados Unidos para contrarrestar las críticas de la prensa que simpatizaba con Madero. Antochiw considera que su obra es pionera de la etnología mexicana.

ITINERARIO

ARMIDA DE LA VARA

Una delicada y muy representativa muestra de la rica producción literaria de Armida de la Vara, originaria de Opodepe, residente en la ciudad de México desde hace algunos años, es este libro que nos lleva, según palabras de Gerardo Cornejo, que lo prologa, a través de una obra que arranca desde el lejano y tímido poema de juventud hasta la evolucionada obra de la madurez.

Poemas de *Canto rodado*, el libro con que Armida ganó el Concurso del Libro Sonorense en 1948, comentados brevemente por el poeta Alfonso Iberri, encabezan este volumen, seguidos de breves prosas que también formaron parte de aquella obra. Unos y otras son sencillas y transparentes, como la juventud de la joven maestra que iniciaba así una promisoriosa y sólida carrera. Es evidente aún, en esta fase de su vida, la influencia de doña Enriqueta de Parodi, que alentó a toda una generación de escritores.

Casi cien páginas cubre *La creciente*, una narración en la que Armida de la Vara es ya ella misma, manejadora diestra del idioma que continúa sencillo y directo en la forma, pero adquiere significados profundos y ritmo propio. En *La creciente*, la autora demuestra qué hondo caló en su espíritu el medio ambiente en que se formó, pues no parece, cuando recrea los paisajes pueblerinos, el ambiente hogareño y las modalidades singulares del habla sonorense, sino que está allí, libreta en mano, o más bien, cámara fotográfica y grabadora listas, copiando los elementos que tan bien funde, aprovecha y devuelve convertidos en una prosa suave y sedosa.

El interesante *Itinerario* muestra el rótulo de la siguiente esta-

ción: Josefa Ortiz de Domínguez. Se trata de una bonita biografía de la distinguida matrona con la enumeración de sus aportaciones a la independencia de la patria, su adolescencia en el convento, su matrimonio con el corregidor de Querétaro, la meritoria combinación de la madre de familia (catorce hijos dio a la patria) con la luchadora por la libertad de los suyos, el valor con que sobrellevó varios años de prisión y la rectitud e integridad de que dio muestras ante todos los problemas.

En estas páginas encontramos a la escritora culta, dueña de una disciplina que combina, con felices resultados, su amor a la poesía y el celo constante por la investigación. Así, ofrece una armoniosa combinación de la prosa que teje con la información abrevada en las fuentes históricas, y la letra de los romances que, fieles a su modo, aportan datos cuya validez es innegable ya que provienen de la tradición popular. Esta biografía llena espacios que no habían sido ocupados por la ligereza y pobre fundamentación bibliográfica de las obras de quienes lo habían intentado.

Mis amigos los pájaros son breves relatos en los que confluyen Armida de la Vara maestra y Armida de la Vara literata; están escritos para los libros escolares editados por el gobierno federal y cumplen el múltiple propósito de ofrecer a los niños lecturas sencillas y de calidad, ejemplos claros de bien escribir y amenidad que permita mantenerlos atados a la lectura con el imán del interés.

Amable y de buen humor es el cuento *El tornaviaje*, que cierra el volumen con *Sonora, vientos prósperos sobre el desierto*, relato de un vuelo imaginario realizado por la autora en los lomos de una enorme águila. Vuelve aquí, como en la biografía de la Corregidora, a reunir lirismo y conocimientos científicos, para dibujar regiones sonorenses particularmente atractivas.

En este recorrido, Armida nos lleva a conocer (o reconocer, según el caso) los ríos y los desiertos, los volcanes y los valles, la frontera y los montes; y en ellos, a estudiar los diversos grupos indígenas que han escrito la historia de Sonora y que condicionan, por muchas razones, la manera de ser y de existir de los actuales sonorenses.

De cuando en cuando, igual que en *La creciente*, vuelve a hablar con la gentil entonación de los nativos de esta entidad:

“Ya ve, nosotros vivimos aquí en la sierra desde que tengo memoria. Con unas cuantas vacas y ese pedacito de tierra nos mantenemos. Aquí no sabemos de lujos ni tenemos grandes necesidades. Eso sí, trato de que mi familia coma como es debido: leche, huevos, frijoles y tortillas no nos faltan. Si no todos los días, por lo menos una vez a la semana comemos carne machaca. Hay veces que alguna vaca se desbarranca por ahí y la aprovechamos de todo a todo.”

La autora sube en su vuelo de águila hasta lo más alto del desierto de Altar y luego baja a lo largo de toda la costa, describiendo cada una de las poblaciones que sobre el litoral se encuentran.

Su descripción de la hazaña de los colonos en el Valle del Yaqui es tan enérgica y rotunda como la acción que refiere:

“Y lo que siguió fue una hazaña de bravura y valor. Aquello no era sino un terrible páramo desértico salpicado de chaparral espinoso que consumía hombres y bestias de carga sin piedad. Cada hectárea exigía tres meses de duro trabajo, porque había que arrancar los mezquites desde la raíz y tumbar las pitahayas, echándose a correr después de cada hachazo para no ser alcanzados por las espinas que saltaban como avispas al impacto.”

El final del vuelo es también el final del itinerario que hemos seguido de la mano de Armida:

“Aún queda mucho para realizar y mejorar —escribe—. Cuidar de la naturaleza y aprovecharla sabiamente, para que nos brinde sus frutos. Y aunar esfuerzos para que todos los sonorenses tengan trabajo, alimentos, educación, servicios médicos, electricidad, agua potable, drenaje, protección social y diversiones.”

Las dos líneas postreras pudieran aplicarse también a la trayectoria de la autora:

“Al mirar atrás, nos queda la certeza de que el empeño demostrado continuará.”

Un volumen encantador, en resumen, que contribuirá a la luz que de por sí tiene cualquier biblioteca.

1ª edición, 1985

Prólogo de Gerardo Cornejo
288 pp.



LA AUTORA

Originaria de Opodepe, Sonora, maestra normalista, en 1948 ganó el Concurso del Libro Sonorense. A mediados de los cincuenta trasladó su residencia a la ciudad de México, donde contrajo matrimonio. Ha realizado investigaciones históricas importantes, sin dejar de cultivar la literatura. Colaboró activamente en la creación de los textos gratuitos para las escuelas de México.

POESIA SONORENSE CONTEMPORANEA

1930-1985

ALONSO VIDAL

Este es uno de los libros más hermosos de los publicados en esta serie, porque contiene lo más auténtico de la literatura sonorenses de nuestros días: la poesía.

Es una realidad, en primer término, gracias a la meticulosa devoción con que Alonso Vidal ha observado, analizado, coleccionado, a lo largo de los años, desde que él mismo plasmó su pie adolescente en el camino de la poesía, la obra de sus hermanos de vocación.

Pero, naturalmente, no hubiera bastado para elaborar este libro la simple acumulación de materiales, si no se hubiera contado, además, con el profundo amor y la sensibilidad con que los ha ordenado Alonso.

Como resultado de su ambicioso trabajo, nos ofrece los mejores poemas de las generaciones 1930, 1940, 1950, 1960, 1970 y 1980, desde Alfonso Iberri, el insigne cronista de Guaymas que enarboló su pluma en Centroamérica y la capital de la República, nacido en 1877, hasta Manuel Murrieta Saldívar, obregonense de 26 años.

La relación incluye, con acierto, a algunos escritores que, aunque nacieron fuera de Sonora, vivieron aquí la mayor parte y la más importante de sus vidas, como Leopoldo Ramos y José Gómez García, en Guaymas; Bartolomé Delgado de León y Juan E. Guerra, en Cajeme.

Son bien conocidas las dificultades que siempre han encontrado los poetas para publicar sus libros. Sin embargo, Alonso Vidal no se conforma con acudir los pocos editados para presentarnos la selección; abreva también en plaquetas, revistas y páginas literarias de periódicos —ha sido creador e impulsor de algunas, *Bogavante*, la más señalada— de manera que no deja claros en el jardín de versos que ha reunido.

No se trata, en rigor, de una antología.

Alonso orienta con los datos biográficos de cada poeta y también con su personalísima interpretación del poema. Por añadidura, formula observaciones sobre características y momentos estelares de cada generación y señala puntos de referencia culturales y políticos que sirven de marco al quehacer literario y ayuda a comprenderlo

Es singular, a este respecto, su juicio sobre la *Antología de poetas sonorenses* de 1950, muy discutida en su época, después de la cual no se ha registrado un segundo intento. "Contar con ella —dice Alonso, después de disparar los proyectiles de su crítica—, ya es algo, por lo mismo, sirve de antecedente".

Aunque en el índice el lector encontrará sólo 35 nombres de poetas, mojoneras que deslindan el camino principal, muchos otros asoman en senderos colaterales, que se abren cada vez que se mencionan grupos y publicaciones —"Germen", "Brecha", "Acequia", "Plaxio", "La Poesía en Sonora" de la Unison, los poetas de Ciudad Obregón.

En varias ocasiones, el amoroso cosechador de versos se vale de opiniones de terceros para convalidar sus propios juicios o darles nueva luz; pero se trata siempre de poetas, o críticos autorizados, pues hasta en ello ha tenido el cuidado de que no hollen plantas profanas el mundo exclusivo que ha forjado.

Si fuera válido hablar de la utilidad de un libro de poesía, señalaríamos aquí un aspecto que siempre nos ha preocupado: el alejamiento en que, por lo general, han permanecido los poetas de los diversos municipios de la entidad; la falta de encuentros a nivel

estatal que permitan el intercambio de experiencias, el conocimiento recíproco de autores y de obra.

La *Poesía sonorense contemporánea* servirá, en este sentido, de puente de plata para que vayan los poetas del Valle del Yaqui, espiritualmente siquiera, en busca de sus pares de la frontera nogalense, o de quienes viven en Hermosillo o en Guaymas, o de quienes han escapado al centro de la República, y para que todos ellos hagan, a la inversa, el mismo recorrido.

Será útil, en una palabra, para unir a quienes se encuentran desperdigados.

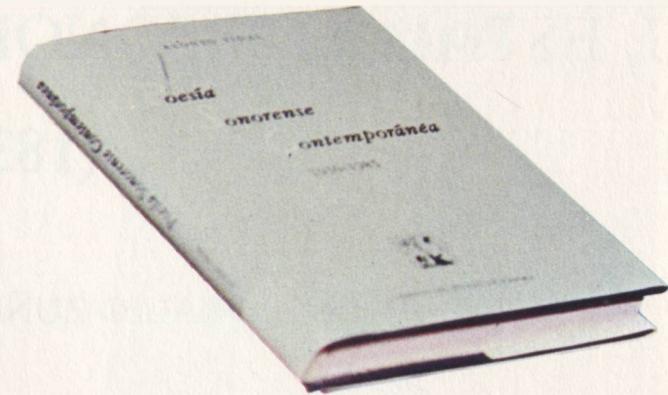
Alonso Vidal cierra su trabajo sin predicciones. Es, él mismo, poeta en plenitud de producción y suele calificar a sus iguales, pero no predecir el futuro. Este se halla abierto y cada vez se antoja más anchuroso.

“Los que se quedaron —dice en una breve introducción, y se refiere a los poetas que no emigraron de Sonora— redoblaron su fe y no dieron tregua al desencanto. Estaba ahí también la hora de dar la batalla. Y así fue como han ido apareciendo a la luz, las obras de los más esforzados, los que de algún modo pretenden dejar su testimonio, su palabra florecida.

“Ahora el panorama es otro. Casi podría decirse que ha llegado el tiempo de la reconciliación, del darse cuenta, valdría decir, de la resurrección y la nacencia.

“Y lógicamente que esto ha sido consecuencia de la terquedad de los protagonistas de este fenómeno cultural, de los que tienen iluminación, ojos, boca y manos, pero ante todo vocación, para es-tallar y darse a la poesía a manos llenas.

“No ha sido esto un milagro actuante, sino que ahora es un milagro a secas, porque sí y porque debía ser así”.



EL AUTOR

Alonso Vidal nace en Hermosillo en 1942, aunque realiza sus estudios en Nogales. Dirigió la Librería Universitaria y los cafés literarios de los sábados. Ha creado varias revistas y páginas culturales en los diarios, en las cuales ha dado a conocer a numerosos poetas jóvenes. Es autor del libro de poemas *Del amor y otros incendios*. Ha incursionado también en el periodismo.

RAPIDA OJEADA AL ESTADO DE SONORA (1835)

IGNACIO ZUÑIGA

En el esforzado intento que durante el sexenio se emprendió por precisar los principios del Estado de Sonora, este libro constituye un preciado y singular eslabón. Obra breve, se lee de un tirón con sumo gusto no sólo por el valor de la información que contiene sino también por la amenidad de la prosa y el estilo directo.

El lector se entera, en la introducción, de cuán rara muestra bibliográfica había sido hasta hoy esta obra: un catálogo de 1949 ofrecía un solo ejemplar. En consecuencia, había permanecido punto menos que desconocida para los investigadores. Esta misma introducción contiene datos escasamente considerados cuando se estudian los antecedentes de nuestro Estado, como lo son los relativos al expansionismo ruso, que a fines del siglo XVIII se acercaba peligrosamente a estas latitudes. Era una época en que imperialismos de diversas nacionalidades trazaban planes para apoderarse de las tierras sin colonizar. Por ello, Zúñiga busca los medios para con-

solidar una frontera que se oponga, desde Nuevo México a California, al avance de las ambiciones.

Nós adelantamos al anunciar esta conclusión.

La obra de este sonorenses comandante de presidios, se inicia con un capítulo de "Generalidades" en el que explica los diversos problemas que significa, para el desarrollo del Estado, el descuido en que se encuentra por parte del gobierno del centro. Este hecho es provocado, en buena medida, por su lejanía. Apunta sin titubear la plaga número uno: los apaches, y reconoce la barrera que contra sus ataques han constituido ópatas y pimas. Describe la alegría de los yaquis en la guerra, así como el característico paisaje sonorenses, y completa, en fin, el marco en que ha de ocuparse de los fundamentales problemas de la época.

Uno de los fundamentales es, sin duda, la decadencia de los presidios:

"... me confirmo en la opinión de que la guerra de los apaches no es ni ha sido la causa de la ruina y abandono de las interesantes poblaciones de la frontera: al contrario, la guerra es resultado del abandono y decadencia de los presidios" sostiene.

Según preveían los reglamentos, debía atraerse gente que formara poblaciones en y en torno de los presidios, con lo cual se aseguraba la circulación de dinero y la producción de bienes. Pero el retraso en el pago de los haberes a los soldados sembró el desencanto y alentó la corrupción. Aquellas posiciones tan importantes para afianzar el avance de la civilización, decayeron. Comenzó la emigración; los ranchos se despoblaron y los misioneros no encontraron caminos para venir a predicar su apostolado.

Zúñiga estudia a los yaquis. El lector decidirá si tal como los pinta el cronista son ahora estos indios, o así eran en el pasado, de "carácter vivaz, alegre y activo", a lo que contribuye "el cielo siempre diáfano, y el risueño aspecto de sus campiñas y de los ríos que las riegan" Profético, Zúñiga anuncia que "es necesario al presente algunos afanes y sacrificios para restablecer la paz y la armonía en el Yaqui; pero mucho mayores y más costosos serán, si se deja de hacerlo cuando todavía se pueden ahorrar males a la humanidad y a esos desgraciados pueblos". No se atendió a esta voz ni a otras que hablarían luego en el mismo tono, y las consecuencias son bien conocidas: cien años más tardaría México en apaciguar a los temibles yaquis.

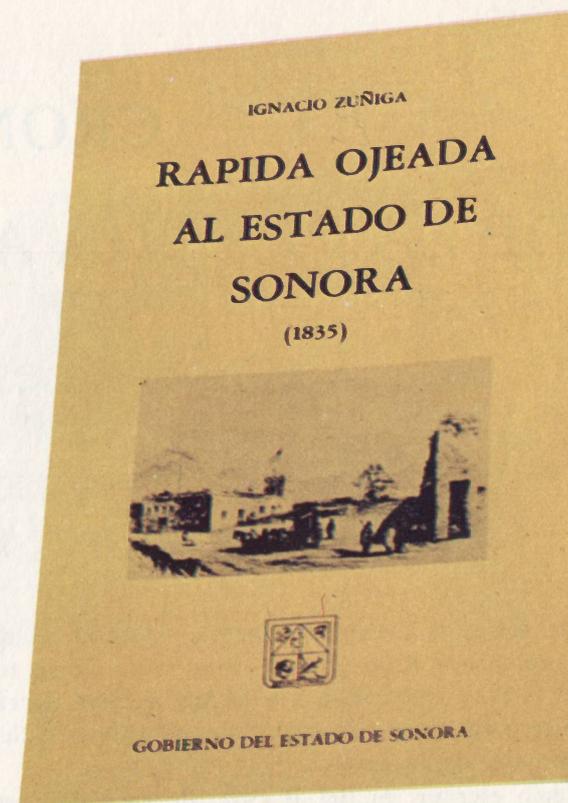
Agudo es el cronista al analizar a los ópatas y a los pimas. No se han dado cuenta de que la independencia se ha logrado, anota, pero hay razón para ello: viven en la miseria y la abyección de antes. Los ópatas constituyeron la barrera natural contra los apaches pero su actividad guerrera, con todo y ser útil al gobierno del centro, los ha diezclado al punto de hacer temer a Zúñiga —otra profecía— la desaparición de la tribu. Propone entonces una medida revolucionaria: que algunos jóvenes ópatas sean llevados a estudiar para que vuelvan al seno de sus hermanos y apliquen, en beneficio de éstos, lo que han aprendido.

El escritor militar no se conforma con describir con objetividad; propone, además, medidas concretas y realistas. Quiere que se establezca una colonia militar en los ríos Gila y Colorado "para formar una barrera armada que contenga y enfrene los avances de dos grandes colosos que habrán de apoderarse de ellos (de los terrenos que se intenta proteger) si se les deja en el abandono en que están".

Concluye con la expresión de una esperanza: "El bien de mi país y de mis compatriotas será mi mayor ventura, sin codiciar de ser yo el que se lo haga. Esta es la causa única del presente escrito desnudo de mérito...".

El libro es la prueba: desde siempre ha habido sonorenses que luchan por engrandecer a su tierra.

1ª edición, 1835,
2ª edición, 1948,
3ª edición, 1985, 144 pp.



EL AUTOR

Militar sonorenses, comandante, sucesivamente, de los presidios de Tucson, El Pitic y Horcasitas. Desempeñó numerosos cargos, entre ellos: senador por el Estado de Occidente, interventor de la aduana en Guaymas, comandante militar de Bacoachi y Hermosillo, diputado al Congreso de la Unión.

CRONICA DE LA PIMERIA ALTA

Favores celestiales

EUSEBIO FRANCISCO KINO

Para el estudio de la historia de Sonora y para el estudio de la personalidad del padre Kino, esta obra es vital. Como todas las que escribió el insigne civilizador, vio la luz muchos decenios después de su muerte pero, como su propia vida, contribuye a iluminar zonas poco exploradas de la época.

Kino, como escritor, es fiel al estilo de su siglo: detallista, parsimonioso, forjador de largos periodos explicativos; como que había en estas latitudes todo el tiempo del mundo para escribir. La versión que aquí se nos ofrece, aunque fiel al original, presenta actualizada la ortografía. El prologuista, Michel Antochiw, quien ha entregado a esta colección varios importantes trabajos, ha tenido la acuciosidad de ofrecer al lector un resumen de cada capítulo a fin de que puedan, lo mismo el investigador que el simple curioso, localizar con rapidez la información que requiere.

El original se titula *Favores Celestiales de Jesús y de María Santísima y del Gloriosísimo Apóstol de las Indias San Francisco Xavier, Experimentados en las Nuevas Conquistas y Nuevas Conversaciones del Nuevo Reino de la Nueva Navarra, de esta América*

Septentrional Incógnita por Tierra a la California en 35 Grados de Altura, con Nuevo Mapa Cosmográfico de estas Nuevas y Dilatadas Tierras que hasta ahora habian sido Incógnitas. Dedicados a la Real Magestad de Felipe V, muy Católico Rey y Gran Monarca de las Españas y de las Indias.

Está dividido en cinco partes, y cada una de éstas, en libros y capítulos.

Kino relata su llegada y recorridos por la Pimeria Alta, sus exploraciones hasta los ríos Gila y Grande, las vicisitudes y altibajas que arrostró para inspirar a los indígenas confianza, primero, y luego, afecto.

Entre los muchos personajes que aparecen en su narración, surge el capitán Juan Mateo Mange, autor de *Luz de Tierra Incógnita*, publicada también en esta colección, con quien divirgió de criterio en el sentido de que la California era una isla; el jesuita sostuvo y comprobó, con pacientes exploraciones, que se trataba de una península.

Pese a que el estilo y las formas literarias de la época no se prestaban a efectismos, muchos pasajes resultan, por la sola presentación de los hechos, dramáticos. Tal sucede con el viaje que emprendió Kino de México, para volver a la Pimeria; amparado por la suerte, no se agrega al capitán Cristóbal de León y su gente, que debían escoltarlo, y que son emboscados y asesinados por los jocomes, cerca de Óputo.

Emociona la defensa que Kino hace de los pimas, y la eficacia con que estos se oponen al vandalismo de los apaches, destructores de Cocóspera y Santa Cruz. Con la misma emoción con que leíamos la descripción de los duelos individuales en la Edad Media, asistimos al encuentro de diez indios de Quiburi contra diez apaches, encabezados por el temible Capotaori, que concluye con la victoria completa de los nativos sonorenses.

Nombres de poblaciones que hoy nos son familiares tienen dibujada la huella promisoria de Kino: Santa Clara (Golfo de Santa Clara), San Marcelo de Sonoidag (Sonoita), Tubutama, San Luis, Caborca, entre otras.

Kino descubre las ventajas de Sonoita como tierra de futuro, explora la sierra del Pinacate, cruza el río Colorado. En sus sueños,

que en gran medida hizo realidad, ve a la nao de China y a los galeones de Filipinas llegando a las costas de California y de Sonora para estimular el naciente comercio de ese territorio. Concibe todo en grande. Lo que hoy conocemos por la Pimería es su principal centro de acción, pero según sus cálculos debe buscarse el desarrollo de toda la región comprendida entre la Nueva Vizcaya (Durango), la Nueva Galicia (Jalisco) y la California.

Una y otra vez insiste, ante cuanto funcionario puede escucharlo, en la importancia del territorio y el número de indígenas a quienes hay que civilizar.

Especialmente rica es la descripción que hace, para la corona, de las ventajas de atender con misioneros y colonizadores esta parte de la Nueva España, por "las muy pingües y fértiles tierras de muchos trigos, maíz y frijol, buenos ríos, arboledas, etcétera".

La enumeración de esas ventajas incluye el ganado mayor y menor, las caballadas, "muy buenas huertas y viñas para vino de misas", los minerales, la emistad leal de los pimas que han logrado continuadas victorias contra los apaches, la pesca y, sobre todo esto, el argumento fundamental: que los indios viajan hasta 150 leguas para pedir el bautizo y los padres que "los vayan a asistir, cuidar y administrar"

Una joya, en resumen, atnto para investigadores profesionales como para lectores que buscan amenidad pues obtendrán, de paso, sólida información sobre nuestros orígenes sonorenses.

Prólogo de Michel Antochiw.
1ª edición, 1920, 224 pp.
2ª edición, 1985.



EL AUTOR

Nacido en Segno, provincia de Trento, Italia, en agosto de 1645. Llegó a Veracruz el 3 de mayo de 1681 para iniciar las tareas misionales que le encomendó la Compañía de Jesús. Es autor de varias obras, todas publicadas mucho después de su muerte, que ocurrió en la Misión de Santa María de la Magdalena, el 15 de marzo de 1711.

HISTORIA GENERAL DE SONORA

Salvo el caso de la *Enciclopedia yucatanense*, publicada hace ya varias décadas, bajo la responsabilidad del sociólogo Carlos A. Echánove Trujillo, hoy desaparecido, no conocemos otra obra como la presente; con ella, el Gobierno del Estado 1979-1985 culmina brillantemente su programa editorial.

Desde luego, y sin temor a que se nos acuse de regionalistas, la *Historia general de Sonora* es superior a la *Enciclopedia*, por razones de estricta lógica: la metodología de la investigación y los recursos tipográficos son ahora mucho más avanzados; además, el concurso de cuatro instituciones de sólido prestigio académico garantizó de antemano la excelente calidad de los frutos.

Estas instituciones son: la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Sonora, que colaboraron a través de sus respectivos Institutos de Investigaciones Históricas; el Centro Regional del Noroeste del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Colegio de Sonora.

Las cuatro aportaron, al objetivo común, el esfuerzo sin precedentes de un nutrido grupo de investigadores en las más diversas ramas de la ciencia: arqueólogos, antropólogos, economistas, historiadores, juristas, sociólogos, etcétera, que en un lapso inusitado —tres años, a partir de la iniciación del proyecto— dieron cima a la obra, impresa en cinco tomos.

El primero, a cargo del INAH, corresponde al periodo prehistórico y prehispánico; el segundo, asignado a la UNAM, estudia el periodo colonial; el tercero, que se ocupa de Sonora en el México independiente (1831-1883) fue responsabilidad de la Universidad de Sonora; el cuarto, también del INAH, da luz sobre el periodo

del porfiriato y la Revolución; del quinto, sobre historia contemporánea, se ocupó el Colegio de Sonora.

Como lo señala el gobernador Samuel Ocaña García en la presentación de esta obra trascendental, el propósito esencial de ésta es "reconstruir nuestro pasado para robustecer los nexos espirituales entre los sonorenses de hoy, creando, al mismo tiempo, atmósfera propicia para el desarrollo de la capacidad creativa de nuestra sociedad".

Ha sido una fortuna para Sonora que en 1979 llegara al poder un gobernante preocupado por hurgar en las raíces del pasado de la entidad, sabedor de que sólo así se consolidan los avances del presente y el futuro. Pero, aunque las diversas partes de este ambicioso proyecto comenzaban a tomar su sitio desde entonces en las reflexiones del mandatario, hasta septiembre de 1981 encargó oficialmente su realización a la Sociedad Sonorense de Historia. El ingeniero Armando Hopkins Durazo, presidente a la sazón de ese organismo, relata en el Prólogo los mil problemas que el Comité Administrativo del Proyecto *Historia general de Sonora*, con personalidad jurídica y patrimonio propios, por decreto del 14 de junio de 1982, tuvo que superar.

Sin embargo, después de un apasionante intercambio y discusión de ideas, se concretaron los objetivos del proyecto en los términos siguientes:

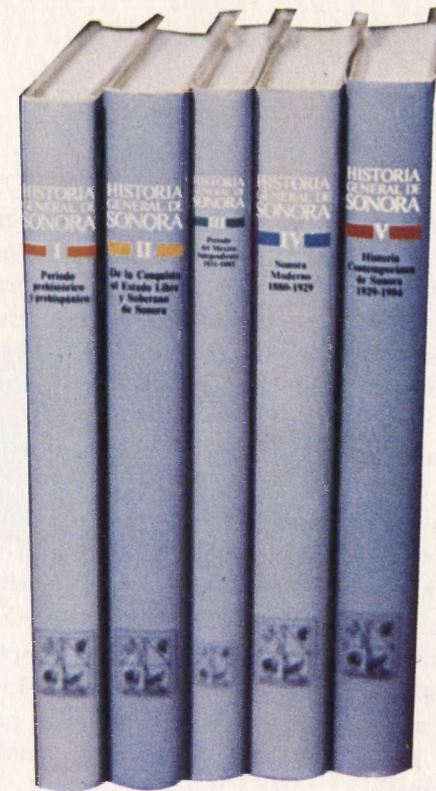
"1. Investigar los procesos económicos, políticos y sociales que constituyen la Historia de Sonora y las causas que los generaron para entender y explicar su realidad actual.

"2. Difundir el producto de esta investigación para satisfacer la manifiesta avidez existente entre los sonorenses por el conocimiento histórico.

"3. Responder en lo posible a la interrogante: ¿Qué es Sonora, quién es el hombre que la habita y cuál es su relación con el contexto regional, nacional e internacional?"

Basta recorrer el índice de los diversos volúmenes para adquirir la convicción de que dichos objetivos fueron alcanzados a plenitud.

El rector del Colegio de Sonora, licenciado Gerardo Cornejo Murrieta, autor de la introducción, explica en ésta la metodología que se siguió en las investigaciones, y que puede colocarse sobre



un comun denominador: la libertad de criterios, según lo anticipa el hecho de que los autores firman los diversos capítulos de cada tomo.

Fue ésta la orientación filosófica recomendada por el doctor Ocaña García:

“La *Historia general de Sonora* de ninguna manera es una historia oficial —escribe—, sino un amplio reencuentro de la trayectoria humana, social y política recorrida por nuestro pueblo en el marco de su conformación física y geográfica”.

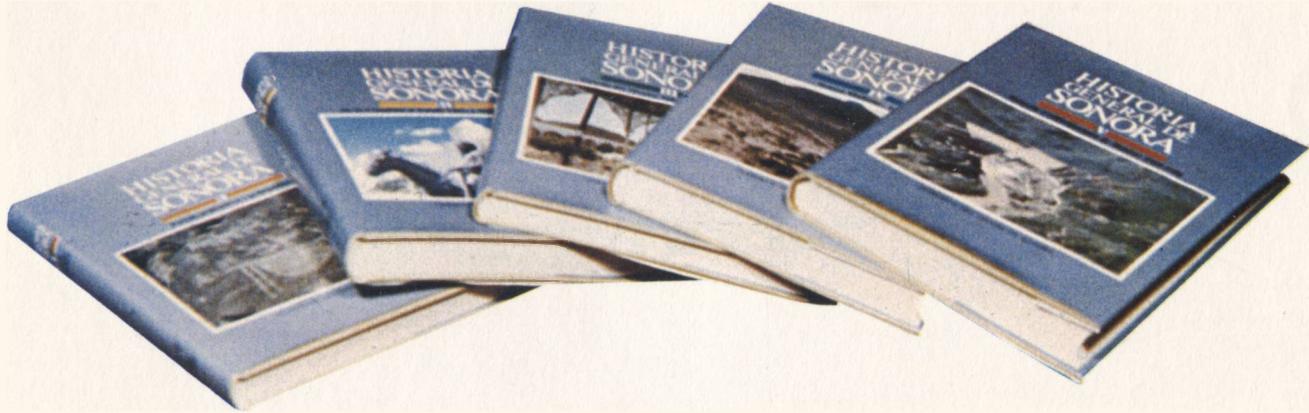
La única recomendación formulada a los redactores de la obra fue que eliminaran en lo posible los tecnicismos, sin menoscabo de la seriedad científica, a fin de lograr textos comprensibles para lectores de nivel medio, con lo cual se alcanzaría un loable propósito didáctico.

Por ello, la diversidad de estilos salta de inmediato a la percepción del observador, pero constituye un mérito para quien busca amenidad.

Los casi dos millares de páginas se encuentran profusamente ilustrados con fotografías, dibujos, mapas y gráficas, algunas de estas ilustraciones a color, que además de reforzar el conocimiento, embellecen tipográficamente los volúmenes. Empastados en tela, con sobrecubierta llamativa, excelente impresión y moderna formación en interiores, estos cinco tomos son, en sí mismos, historia, pues marcan la frontera de un esfuerzo solamente equiparable a los que habían realizado —y realizan cada año— los sonorenses en el campo de la producción de satisfactores materiales. De hecho hace mucho tiempo México esperaba que Sonora, campeón en la producción agrícola, ganadera pesquera, minera, etcétera, se presentara ante el país como campeón, también, de la cultura.

Al hacerlo realidad, Sonora no desea disfrutar ella sola de este trabajo; lo somete a la consideración de la opinión pública nacional con la esperanza —citamos a Armando Hopkins— de que “en la República sea seguido por otras entidades para que pronto tengamos en el país las muchas historias regionales de que se compone la nacional”.

1a. edición, 1985.
Presentación del Dr. Samuel
Ocaña García.
Prólogo del Ing. Armando Hop-
kins Durazo.
Introducción del Lic. Gerardo
Cornejo Murrieta.
5 tomos con un total de 1700
páginas.



Catálogo de Publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora 1979-1985, se terminó de imprimir el día 25 de agosto de 1985, en los Talleres de IMPRESOS CHÁVEZ. Se imprimieron 2 000 ejemplares, la coordinación técnica estuvo a cargo de Servando Morales.



1979-1985